ANTONI GRONOWICZ

CHOPIN



COLECCIÓN "CLIO"

15 de Noviembre 1149 Buenos Aires

ANTONI GRONOWICZ,
132 E. 82 St.
New York 28, N. Y.

BIBLIOTECA



NUEVA

BIBLIOTECA

NUEVA



CHOPIN

Antoni Gronowicz, wybitny poeta i powieściopisarz, którego dzieła są już tłumaczone na siedem języków, jest autorem następujących książek w języku angielskim:

Wydane przez
Thomas Nelson & Sons:

BOLEK $3.00
PADEREWSKI $3.00
CHOPIN $3.00
TCHAIKOVSKY $3.00

Wydane przez
Paramount Pub. Co.:

HITLER'S WIFE $3.00

Wydane przez E. P. Dutton:

RACHMANINOFF $3.00

Wydane przez
Charles Scribner's Sons:

FOUR FROM THE
OLD TOWN $3.00
THE PIASTS OF POLAND $3.00
GALLANT GENERAL $3.00

ANTONI GRONOWICZ

CHOPIN

Traducción de
ARNOLDO L. SVANASCINI

Dibujos de
JORGE AVISON

BIBLIOTECA NUEVA

Director: HÉCTOR F. MIRI

15 de Noviembre 1149 **Buenos Aires**

Derechos adquiridos Ley 11.723
Copyright by BIBLIOTECA NUEVA

PUBLICIDAD ATENEO
Publicidad "ATENEO" * Biblioteca "NUEVA"
Indalecio Angulo e Hijo
DIRECTORES PROPIETARIOS
Agentes en Toda la República - Representantes en Todas las Principales Ciudades del Mundo
Escritorio y Venta:
15 de Noviembre 1149 (R. 88)
U. T. 23 - 2474 BUENOS AIRES
BIBLIOTECA NUEVA

INSTYTUT FRYDERYKA CHOPINA 276
276
NARODOWY INSTYTUT FRYDERYKA CHOPINA
sygn. 276
akc. br. 1.1.1948
NARODOWY INSTYTUT FRYDERYKA CHOPINA BIBLIOTEKA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINE



Federico Chopin a la edad de 25 años. De un retrato pintado por Ary Scheffer en 1835



I

ZELAZOWA WOLA

Cierto día de febrero, de repente descubrí que Varsovia me oprimía y mi trabajo sobre el escritorio me resultaba tedioso.

Yo quería ver la comarca blanca de nieve. Quería mirar hacia arriba, dentro del firmamento azul claro del invierno y no hallarlo cubierto de humo; quería volver mis ojos hacia un horizonte distante, con un monte oscuro de árboles. El deseo era tan fuerte que sin pensar en las asignaturas que tenía que completar, cerré mi escritorio y fuí en busca de un periodista americano que estaba en Varsovia. ¿Pasearía él conmigo en Sochaczew? Sí, él iría. Entonces saldríamos en seguida, mientras el sol estaba brillante y el aire fresco y límpido.

El trineo que escogimos en la cuadra tenía un cajón profundo con unas almohadillas abrigadas de paja y mantas. Las mantas eran de gruesa piel de oso y nuestros caballos un equipo de zainos de fuertes pescuezos y anchas ancas.

Sus crines y sus colas eran largas y al ventear en la brisa, parecían acrecentar la velocidad de sus seguras patas. Las millas se deslizaban como melodía de cencerros. La ciudad de edificios disformes, carros, ómnibus y peatones apresurados, desapareció. Tan pronto como las calles rezagadas de los suburbios se fueron y nuestro mundo se convirtió en rítmico, apacible, suave andar de los caballos, la vasta expansión de la pradera apareció cubierta de nieve, bordeada por un horizonte oscuro de árboles siempre verdes y una fina y vacilante caída de suave velo de copos de nieve. Al mirar con atención esos puñados de nieve se me hacía presente la caída de maná desde el cielo. Eso era el maná para mí, y mi compañero murmuró una soñolienta conformidad.

Luego vino el viento. Había sido liviano y suave como un céfiro de verano, pero comenzó a bramar. Los copos de nieve cesaron de caer con precisión constante y se convirtieron en traviesos duendes danzantes, encabritando y escarchando nuestras caras. El trineo perdió su ritmo y chocaba sobre la huella, fuera de ella y en sus bordes. Las campanillas del trineo cesaron de proporcionar sonido apacible, descargando cencerreos y su melodía se transformó en gemidos agudos y persistentes, entremezclados con cortos y silenciosos resuellos. Los caballos que iban a un paso uniforme, ahora se encabritaban, después trotaban y muy frecuentemente hasta se paraban sobre sus patas traseras. Nuestro cochero, hombre de grandes bigotes, que había estado tan quieto como una aldea, se rió estrepitosamente y exclamó que ésta era su vida constituída por su amado viento y la golpeante nieve.

"Ven, grisácea oscuridad", gritó él con profunda satisfacción "y podremos oír los aullidos de los lobos. ¡Oh, sí, con seguridad un hato completo de lobos!"

Mi compañero se incorporó repentinamente y me miró con una mezcla de duda y de temor en su rostro. Yo meneé la cabeza y murmuré: "Es un chiste. A él le gusta asustar a los de la ciudad."

El viento se calmó un poco y nosotros, completamente despiertos de nuestra somnolencia, comenzamos a hablar.

"Éste es un día en que realmente añoro a mi familia". dijo mi compañero. "¡Me hubiera gustado estar hoy en mi casa, en América!"

"¿Hoy?", pregunté, "pero hoy no es el Día de Acción de Gracias." No era Navidad ni Año Nuevo. ¿Era una fiesta nacional o un aniversario de familia? Yo no pregunté, pero el señor Sinclair en seguida me lo explicó. Era una fecha nacional de gran significado y rápidamente entendí que me había hecho una vívida descripción del postre que culminaba la mayoría de las cenas en los hogares americanos. Sería un pastel de frutillas con helado. Los pasteles, con toda probabilidad tendrían diseños de hachas en la parte superior de la corteza y el helado también podría ser en forma de hacha. Yo estaba confuso.

"¿De esta manera pagan los americanos tributo a la más esencial herramienta de sus primeros antepasados?", pregunté.

La risotada del señor Sinclair se elevó sobre el viento y las campanillas del trineo. "No", dijo "de ésta y otras muchas maneras nosotros homenajeamos al padre de nuestro país. Hoy es el veintidós de febrero y corresponde al aniversario del nacimiento de Jorge Wáshington."

Entonces entendí. Era un gran día nacional en América. Sin duda alguna mi amigo tenía un deseo intenso de ver a su país y a su familia. Me incliné y susurré al conductor del trineo, quien balanceó afirmativamente su cabeza. En el próximo cruce, dejamos la ruta principal.

"Vamos a Zelazowa Wola", le dije y mi voz sonó como si hubiera hecho un anuncio de importancia.

"Pero usted dijo que íbamos a Sochaczew", protestó Sinclair, "a Sochaczew a través de la verdadera cuna de Polonia, usted dijo."

"¡Cierto! Muy cierto, pero Zelazowa Wola es también la cuna de Polonia" contesté, "y en este día en que usted

está con ánimo de homenajear a un gran hombre, creo que podríamos tributar un homenaje similar a uno de los más célebres hombres de mi país. Al igual que vuestro Jorge Wáshington, él nació un veintidós de febrero."

"¡Seguramente!", murmuró Sinclair. Se notaba por el tono de su voz que no estaba mayormente interesado. "Supongo que su famoso hombre nació en Zelazowa Wola", dijo y podía casi oírle decir para sus adentros: "Estos países de Europa son tan antiguos que no puede remediarse el tener tantos hombres ilustres".

"Diga dos nombres para ver si adivina" le dije.

"No tengo ni la más vaga noción", me contestó. "¿Cómo podría?" "Las probabilidades no son alentadoras porque nunca lo he oído mencionar".

"Su nombre es conocido en todos los países del mundo. Se le menciona por lo menos dos veces por cada día de cada año en todos los países donde su música es propalada", le dije.

"¡Chopin!", exclamó Sinclair y con el mismo hálito agregó: "Estoy contento de que vayamos al lugar de su nacimiento."

"Federico Francisco Chopin", dije, recalcando sus nombres orgullosamente. "El nació en Zelazowa Wola el veintidós de febrero de 1810."

Mientras nuestro trineo se golpeaba ruidosamente sobre el áspero camino, comencé el relato del nombre de Federico Chopin. Es ésta una historia que yo he amado desde que mi padre me la contó por vez primera hace muchos años. Desde entonces la he leído en muchos libros y también he oído historias que la desvirtúan. Sin embargo ésta es una buena historia y por consiguiente yo estoy convencido de su autenticidad.

En efecto, creo que he hecho bastante investigación como para jurar su autenticidad. En este día he comenzado con el prefacio de una observación frecuentemente hecha por los críticos: "Es incuestionable que Chopin, cuya música pa-

rece haber sido escrita desde el verdadero corazón de Polonia, debería haber nacido aquí, en la cuna del país".

"Pero él tenía un apellido francés", dijo mi compañero: "Él no pudo haber sido tan completamente polaco, como usted sugiere".

"Sin embargo era", le contesté "pues su genio creador creció aquí. Tomó su fuerza e inspiración del mumullo del Wisla, de los castaños de estas praderas, del ganado triscando pasto, del trigo ondeante de estos campos. Mezclados con estos sonidos escuchó las leyendas y los cantos populares de Mazowsze, que es la parte más antigua de Polonia y cuyos habitantes permanecieron casi inmolestos por los opresores extranjeros que por siglos se enseñorearon de nuestro país".

Ambos permanecimos en silencio durante el trayecto de por lo menos media milla. Una sensación de solemnidad parecía invadirnos, pero no sucedía lo mismo con el conductor, quien tarareaba una mazurca, interrumpiéndola frecuentemente para animar los caballos y esforzarlos a acelerar el paso. Nos advirtió que la noche estaba cercana, con vientos aún más fríos y que la luna estaría escondida tras las nieblas de la nieve.

Al fin rompí nuestro silencio. "No me interprete mal", dije "cuando al hablar de Chopin afirmo que es completamente polaco. Sé que un artista creador no es únicamente de un ambiente y de una sola tradición. Cuando digo que Chopin era completamente polaco quiero significar que pintaba a Polonia y su pueblo — su historia, su temperamento, sus medios de vida, — en su música, no obstante la música de Chopin pertenece al mundo. Enriquece la mente y el corazón de los pueblos. Vuestro Wáshington no sólo pertenece a América sino a los pueblos amantes de la libertad. De tal modo, nuestro Chopin pertenece a los pueblos del mundo que ven en la música horizontes lejanos y sienten vínculos más estrechos con todos los pueblos del mundo".

Al concluir, mi compañero dijo suavemente: "He visto rayos de sol centellear y danzar en la música de Chopin. He visto abejas escurrirse en las flores y volver cargadas de néctar. Mi olfato se ha llenado con la fragancia de las flores del campo al escuchar su música. Sí, usted tiene razón; un gran artista, igual que un gran estadista, no pertenece a un país o a un período de tiempo. Pertenece a toda la humanidad. No obstante, Chopin es tanto una parte de Polonia como lo es Wáshington de los Estados Unidos de América".

Dichas estas palabras nuestros caballos cabriolaron en la plaza del pueblo de Zelazowa Wola. El conductor frenó los caballos y luego de desenmarañarnos de nuestros abrigos, descendimos. Juntos comenzamos a pasear por las callejuelas del viejo pueblo. Aunque el conductor nos advirtió que no deberíamos demoror mucho si queríamos llegar a Sochaczew antes de anochecer, sabíamos que nos quedaríamos lo suficiente para localizar la casa que había sido el hogar de Chopin, y mientras nos dirigíamos allí, continué con el relato del apellido francés de Chopin, pues bien francés parece ser. Sin embargo, es realmente polaco y esto lo expliqué a mi amigo, quien después de repetir varias veces la palabra *Szopa*, convino que ésta y Chopin suenan de modo muy similar.

La familia Chopin tuvo su comienzo en la ciudad de Kalisz en la provincia ahora conocida por Poznan, siendo el apellido de la familia *Szopa*, que en polaco significa cabaña o rancho. Algunos historiadores hasta afirman que probablemente la familia carecía de apellido y que finalmente se le dió el nombre del edificio en el cual vivía, que era parte de las propiedades de un acaudalado aristócrata. Lo que precede puede ser verídico. Los apellidos son misteriosos, como puede atestiguar cualquiera que halla investigado sus orígenes. Es un hecho confirmado, sin embargo, que un tal señor Szopa formaba parte de la servidumbre

de la corte del rey Stanislaw Leszczyski, y este señor Szopa fué un tatarabuelo de Federico Chopin.

Estos pocos hechos no explican su apellido francés, pero lo que va a continuación debería hacerlo. El rey Stanislaw Leszczynski fué primeramente electo rey de Polonia en 1704 y con motivo del viaje de la corte real a Francia el señor Szopa llegó a Francia. No existe constancia de su regreso a Polonia con su amo real, pero hay constancia de que, luego de la abdicación del rey Stanislaw Leszczynski en 1736, el señor Szopa poseía un negocio de vinos en la ciudad francesa de Nancy. Sus clientes franceses hallaron el nombre Szopa muy difícil, tan raro y difícil de pronunciar que le llamaron Chopin, lo cual fonéticamente no es muy distinto del Szopa original. El apellido Chopin agradó al tatarabuelo Szopa, de modo que lo adoptó como suyo propio. Sus hijos y nietos, algunos de los cuales se unieron en matrimonio con mujeres francesas, hallaron cómodo el apellido francés y en los tiempos en que los nietos del rico comerciante de vinos comenzaron sus "grandes jiras" por Europa, viajaron con el nombre de Chopin. El año que se dió comienzo a estas jiras quedó registrado en la historia de la familia Chopin. Fué en 1766 y en ese mismo año el patrón real de la familia, el rey Stanislaw, fallecía, treinta años después de su abdicación.

Otra fecha de mayor importancia está registrada en la historia de la familia Chopin. Es el año 1787 y en ese año uno de los nietos del viejo comerciante de vinos se marchó a Polonia, a la tierra de origen de su familia. Era Mikolaj Chopin y tan pronto hubo llegado a Polonia, decidió quedarse para siempre. Evidentemente, él gustó la tierra natal de los Szopas; quizás vió que aquí era objeto de más atención que en su ciudad natal de Nancy, y estaban más inclinados a escuchar sus relatos de viajes y aventuras. Cualesquiera hayan sido los atractivos, el joven Mikolaj no desperdició tiempo en asegurarse una posición. ¿Pero qué podía ser? ¿Comerciante de vinos? ¿Administrador de ha-

cendados? ¿Ordenanza en la corte real? Polonia parecía tener todo lo que necesitaba de eso, pero no tardó mucho en darse cuenta que él tenía una habilidad que estaba en gran demanda. Podía enseñar francés, y luego de numerosos fracasos, consiguió el puesto de tutor del hijo de la Condesa Skarbek de Zelazowa Wola. Su próximo paso en establecerse como completamente "restaurado" al país de su origen fué su casamiento en 1806, con Justyna Krzyzanowski, hija de un gentilhombre empobrecido. En 1810 nació el segundo hijo, un varón tan delicado y débil que su madre temía frecuentemente por su vida. Cuando tuvo dos meses de edad, ya tenía suficiente fuerza para ser llevado a la iglesia de ladrillos en el pueblo de Brochow, siendo bautizado con el nombre de Fryderyk Franciszek.

Ahora habíamos llegado al lugar de nacimiento de Federico Chopin; permanecimos un largo rato mirándolo, mientras se ponía el sol. Un antiguo castaño, sus ramas encorvadas por la nieve, montaba guardia sobre la pequeña casa blanqueada. Arbustos y pinos constituían una rampa de protección, pero a pesar del vigor señorial del castaño y de la vivacidad llamativa de los pinos y arbustos, la casa parecía solitaria y desolada. De su chimenea no se elevaba ondulante cinta de humo. El sendero que llevaba a la puerta cerrada no mostraba marcas de pisadas ni huellas de trineo. Ninguna ventana esparcía luz. Todo permanecía cerrado — portones, puertas, ventanas — y nosotros, aunque nos hubiera gustado entrar en la casa, no tuvimos el coraje de perturbarla. Y realmente, no había necesidad, pues aunque nos quedamos parados allí, nuestros oídos se llenaron de los recuerdos de la música que ambos conocíamos bien y nuestros ojos vieron la visión que la música pintaba: el ganado pastando serenamente a la orilla de un arroyo llamado Utrata; un niño descalzo hablando a un grupo de niños harapientos y relatándoles de las riquezas del palacio Skarbek; de alfombras que tienen la suavidad del césped tupido y el brillo de las praderas en flor; de los cuadros de leyendas

INSTYTUT FRYDERYKA CHOPINA BIBLIOTEKA WARSZAWA

de grandes amores, poderosas victorias y magníficas aventuras. Sabíamos que el narrador era un niño descalzo llamado Federico Chopin, el mismo que capitaneó un grupo de andrajosos niños aldeanos a irrumpir en un torrente de canto y música arrancada de flautas y clarinetes.

Ahora estábamos de vuelta en nuestro trineo. El cochero se acomodó en su asiento y comenzó un monólogo de estímulo a sus caballos. Pronto la aldea quedó atrás. El crepúsculo se oscureció en noche azul y yo empecé a soñar. Sueños tenues, no aquellos de pesado dormir y de irrealidad absoluta sino de ésos que vuelven a uno hacia los días distantes. Y así, mientras los caballos apuraban la noche hacia nuestro destino, Sochaczew, y a una cena en honor de Jorge Wáshington y Federico Chopin, yo viajaba hacia el pasado del tierno músico de Zelazowa Wola. Le vi tomar sus primeras lecciones de piano de su hermana Ludwika, tres años mayor que él. Oí la excitación que resonaba por la casa cuando Federico, de siete años, fué citado a tocar el piano en la vasta sala del Conde Skarbek, y me reía entre dientes a medida que mi sueño aguzaba suficientemente mis oídos para percibir la algazara que acompañó al anuncio de que el pequeño Federico había de ser llevado a Varsovia para ejecutar en el salón de uno de los aristócratas prominentes de Polonia.

Los caballos continuaron un ritmo constante. El conductor cantaba una canción que era suficientemente suave como para arrullarme. Ningún sentido de realidad me unía al siglo veinte. Tenía libertad de entrar en la casa de los Chopin y observar al niño Federico, inclinarse diligentemente sobre sus libros de ejercicio. "Sí, el muchacho es ciertamente bello", murmuré. "Su cabellera oscura es un enriedo de rizos y sus negros ojos brillan con el ardor del fuego de un genio. Su frente es alta y su nariz larga, delgada y delicada. Es tan hermoso como un óleo de Van Dyk".

Pero no todo mi sueño era sobre el genio y la belleza del joven Federico. Dejé la casa y fuí a los campos, acompañado por la risa y la alegre algazara de los cuatro niños Chopin. La familia haría un pic-nic cerca del arroyo y Federico corría una carrera con sus tres hermanas hacia el banquete que sus padres habían preparado debajo de un pino. La fragancia de rosas y peonías llenaron mi olfato y hasta podía sentir el cosquilleo del polvo en mi garganta, pues los niños al correr habían levantado nubecillas de polvo que se dispersaban lentamente en la suave brisa.

¿Qué oigo ahora? La señora de Chopin habla y lo que dice hace mirar los chicos unos a los otros.

"Mañana vendrá tu tutor", dice ella, así que esta noche te acostarás temprano para estar listo a recibirlo".

"¿Cómo es su nombre?" pregunta Federico.

"¡Wojciech Zywny!" contesta el señor Chopin.

"Creía que se llamaba Adalberto", dice la señora de Chopin.

"¡Wojciech! ¡Adalberto!", corean y ríen los niños. "¡Wojciech! ¡Adalberto! Bueno, como quiera sea tu nombre, estaremos preparados para ti".

"El señor Zywny es un caballero checo que tiene reputación de ser severo", advierte la señora de Chopin.

Y mi sueño se entremezcla confundiéndose con la risa imaginaria de los cuatro niños Chopin.



II

CON EL TUTOR ZYWNY

Federico Chopin tenía siete años cuando inició sus estudios regulares con el tutor Zywny. Corría el año 1817 y gran parte de Europa aun festejaba la derrota final de Napoleón Bonaparte. Parte del optimismo que debía haber invadido el continente parecía reflejarse en el semblante del señor Zywny, pues tenía unos modales amistosos y un don singular para ganar la confianza y amistad de sus tiernos discípulos. Otro don le ganó la devoción del niño Federico; era su habilidad para ejecutar el violín.

Juntos los dos, maestro y alumno, salían de excursión por las campiñas próximas al hogar de los Chopin. Mientras caminaban o se sentaban en una pradera a comer los emparedados que Ludwika les había preparado, hablaban de música. El señor Zywny conocía muchas historias de la música como así también la teoría y las narraba dramáticamente. Su alumno, a su vez, las contaba en fino estilo, a sus hermanas al volver a casa esa noche. Su maestro gustaba

repetir, pausada e impresionablemente: "Recuerda siempre, Federico: lo música procede de los cantos de la gente sencilla".

Para Federico era fácil comprender eso. Dado que su briliante intelecto estaba a tono con las muchas maravillas del mundo que le rodeaban, las comprendía simultáneamente con su mente y con su corazón. Su conocimiento fué revelado en sus dos primeras composiciones, Polonesa en si menor y Polonesa en re mayor, escritas en esta época, probablemente bajo la dirección de su amigo devoto.

Mikolaj Chopin, por ese entonces, había dejado de ser tutor en la casa Skarbek, convirtiéndose en maestro privado de francés. A veces sus alumnos venían a su casa para tomar lecciones, pero más frecuentemente él iba a sus casas, pues eran mayormente hijos de aristócratas, y dondequiera él iba, alababa a su hijo Federico.

"Mi hijo es pianista y compositor", diría él con orgullo y mostraría las dos polonesas escritas de puño y letra de su hijo.

Probablemente como resultado de las constantes menciones de su padre respecto a su talento, Federico, a la edad de ocho años fué invitado a dar un concierto en la casa de la acaudalada familia Gyrowec en Varsovia. Ya había él ejecutado en el salón del palacio Skarbek, pero este acontecimiento era mucho más excitante. Iría a Varsovia, a la capital de su patria y su auditorio incluiría no sólo aristócratas pudientes que podrían estar inclinados a ser generosos con el pequeño hijo de un maestro de escuela, sino también incluiría a críticos de alta reputación en los círculos musicales de Europa.

Casi tan pronto se hubo recibido y aceptado la invitación, su madre puso manos a la obra en confeccionar el traje que habría de vestir. Su hijo practicó con no menor diligencia que su madre al cortar, probar y coser. Era él tan exigente de la labor de ella como el señor Zywny de la de él. Hasta a la edad de ocho años, Federico Chopin tenía

pasión por las ropas elegantes. Era un niño muy orgulloso cuando un día de febrero de 1818 partió con destino a la mansión Gyrowec en Varsovia, pues su traje de raso negro le quedaba a la perfección, destacándose la severa belleza de su cuello de encajes. El tierno corazón de Federico no experimentó más que alegría ese día y sus pensamientos, al volver a casa, aun eran para con sus excelentes ropas.

"¿Qué tal te fué, Federico?", preguntóle su madre. La pobre mujer había sufrido mucha ansiedad durante su ausencia . . .

"Todos miraban a mi cuello de encajes", contestó Federico con infinita satisfacción. Ningún comentario respecto a su ejecución. Ninguna mención de aplausos. Simplemente gran alegría por su cuello. ¡Cómo se habrían esforzado sus hermanas para ocultar sus amplias sonrisas!

Sea como fuere, el concierto había sido todo un éxito, supiéralo o no el niño. El viejo poeta Niemcewicz estaba allí, y él como los otros críticos, le proclamó un genio. Pronto comenzaron a llegar a la pequeña casa numerosos correos, trayendo invitaciones a los padres de Federico para que él ejecutara en conciertos o para que ofreciera conciertos completos por sí solo. La primera invitación, luego de la de Gyrowec, fué la del Conde Skarbek, seguida de las del Príncipe Radziwill, Conde Potocki y Príncipe Lubecki. Una notable invitación causó mucha consternación en la familia Chopin.

Federico tenía un amigo admirador en el hijo de la Princesa Lowicka. Cuando la princesa vió la fama que el niño se labraba, decidió llevarlo a la atención del Príncipe Constantino quien, como representante del czar de Rusia, vivía en el Palacio Belvedere en Varsovia. No mucho después que la princesa se hizo esta decisión, obtuvo la invitación. Federico estaba encantado, pero no así su padre. Mikolaj Chopin no consideraba un honor que su hijo fuese citado a la presencia de un miembro de la familia del czar.

¿Después de todo, no había él, Mikolaj, batallado por la liberación de Polonia?

"No la acepto. La invitación no significa nada para mí", tronó él.

"Pero, padre, sí que significa", protestó Federico, "permítame ejecutar ante Su Alteza Real y entonces él sabrá que nosotros los polacos tenemos cultura propia. Tocaré música polaca, mis propias composiciones, y al oírlas, seguramente se le requemará la sangre. Las canciones polacas resonarán en sus oídos durante días".

"Se le requemará la sangre", dijo pensativamente el señor Chopin. La idea era buena y dió su consentimiento.

El tutor checo no se dejó convencer tan fácilmente. Hasta el mismo momento de la partida del niño su rostro permaneció ceñudo y con gesto de desaprobación. No sentía simpatía por la dominación czarista de Polonia y permitir a su famoso discípulo ejecutar ante el Príncipe Constantino parecería, decía él, que él estuviera gustoso de que el príncipe residiera en el palacio Belvedere. Pero finalmente, Federico consiguió levantar la tristeza de su rostro, dedicando tres de sus nuevas composiciones a su maestro. Eran polonesas de melodía tan original y construcción tan armoniosa que el maestro lloró de alegría al saber que eran en su honor.

"El más grande compositor polaco me ha ofrendado sus composiciones", exclamó. "Ahora viviré eternamente en la mente de millones de personas. El mundo sabrá que yo fuí el primer maestro de Federico, pues todo el mundo escuchará extasiado la música de Chopin".

El compositor de estas tres polonesas tenía ahora once años de edad.

Desde el primer día en que se convirtiera en miembro de la casa Chopin, el señor Zywny llevó un diario dedicado casi totalmente al progreso de Federico como músico y como individuo de raro intelecto y delicada emoción. Casi cada

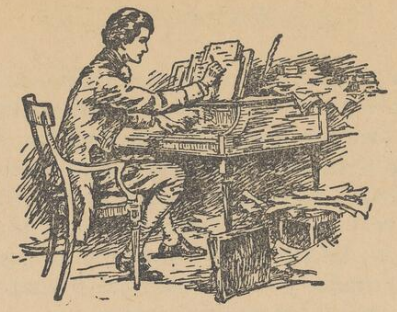
lección y cada viaje a la campiña traía consigo nuevas revelaciones de la admirable percepción de sonidos y tacto del muchacho. Una nota nos dice que Federico no podía escuchar, por mucho tiempo, una música sin irrumpir en lágrimas; el viejo maestro señaló que en este sentido era como Mozart, quien lloraba al oír sonar las cornetas. Otra nota habla de la predisposición de Federico de hilvanar historietas velozmente y relatarlas incansablemente hora tras hora. En cierta ocasión alargó tanto su narración que sus compañeros de escuela, quienes constituían el auditorio, se quedaron profundamente dormidos. Federico los miró azorado y desilusionado por unos instantes; luego, corriendo al piano, invadió el ambiente con tal torrente de música que pronto se despertaron todos.

Era en esta época cuando su talento de narrar historietas se desarrollaba, que él y su hermana Emilia escribieron una comedia que reveló considerable apreciación de efectos dramáticos. Los niños representaron su obra para un grupo de amigos y la caracterización de Federico como personaje principal fué comentada tan favorablemente que el señor Zywny registró el acontecimiento en su diario. Muchos años más tarde, los autores franceses, Honorato de Balzac y Jorge Sand, escribirían del talento dramático en casi los mismos términos que su tutor, y como él, habían de culpar al precario estado de salud, por no poder desarrollar este don especial.

Desde temprana niñez la tuberculosis amenazó a Federico Chopin y a todos los miembros de su familia. El ataque del terrible mal era precedido por largos períodos de letargia y melancolía. Muy temprano, desde su osociación, el señor Zywny se dió cuenta del significado del semblante de Federico al tomar un aspecto de miseria abyecta. Al instante decía al niño que cerrara sus libros y dejara el piano.

"Iremos afuera, a los campos", diría él. "Las flores, los pájaros y los árboles del bosque serán tus maestros ahora".

Así, ambos andarían por los senderos de las praderas y los bosques. Descansarían a menudo bajo el cálido sol veraniego y a veces, envuelto en grueso manto, Federico dormiría, su cabeza apoyada sobre el hombro de su tutor. Gradualmente la melancolía le abandonaba. La solemne expresión se desvanecía y nuevamente se reía. Cantaba y contestaba a las aves con sus llamadas. Mas, ¡ay!; no importa cuán animoso y fuerte se sintiera a la mañana, pues la fiebre que le consumía se posesionaba nuevamente de él a la tarde. Era una lucha amarga la de Federico Chopin con la enfermedad que amenazaba a él y a toda su familia. A medida que fué creciendo, no cedía tan de buena gana a los ruegos del señor Zywny de dejar su piano y su escritorio e ir a las praderas a descansar. En vez, y sintiendo la cercanía de la muerte, y por tener muchísimo que escribir en música, se quedaba con su piano. Un amigo decía de él que con la celeridad misma de sus composiciones trataba de ensordecer sus oídos a los pasos cada vez más cercanos de la muerte. No era sorprendente que en estas ocasiones, cuando su enfermedad vencía todo, excepto su firme resolución, su música fuese triste y llena de añoranzas por un sol cálido, por quietud y paz. Apenas las garras de la enfermedad soltaban su presa, sus canciones recobraban alegría. Los aldeanos labraban, reían y cantaban en los campos. Los mozos y las mozas se reunían los sábados a la noche en la hostería de la aldea para danzar y cantar. He ahí los temas de las alegres composiciones de Federico Chopin, escritas cuando su espíritu tenía fuerza suficiente para superar el dolor agonizante del mal que le devastaba.



III

UNA VACACIÓN MEMORABLE

Mikolaj Chopin progresó constantemente en su profesión de maestro. De tutor de un solo alumno primero, luego de varios en clases, pasó a ser profesor de idioma francés y literatura en el Liceo de Varsovia. Posteriormente, tuvo un nombramiento similar en la Escuela de Artillería e Ingeniería Militar. Toda la familia, no sólo Federico, crecieron en la estimación de la comunidad. Algunos escritores han sugerido que las oportunidades del padre llegaron como resultado de su hijo distinguido; sin embargo, hay poca evidencia para respaldar esa opinión. Todos los miembros de la familia tenían iniciativa y ambición. La precaria salud parecía darles gran celo en sus conquistas. Las tres hermanas, Ludwika, Isabel y Emilia poseían notables talentos que las habrían hecho famosas si no fuera por renunciar a muchos privilegios de la enseñanza especial en favor de su queridísimo hermano.

Federico era estudiante en el Liceo mientras su padre enseñaba allí, y el diario íntimo del muchacho y las cartas

que escribió a sus amigos revelan su diligencia y su casi insaciable agrado por las travesuras. Como colaboradores de sus fechorías, siempre inofensivas y joviales, tenía a Tito Wojciechowski, Guillermo Kolberg y a los hermanos Wodzinki y Fontana, todos compañeros de estudio. Las referencias a estas travesuras son frecuentes en el diario de Chopin, pero nunca descriptivas — tan sólo se limitan a decir que habían planeado y consumado tal o cual cosa, siendo reprendidos y castigados repetidamente.

Lo que el diario registra en detalle es su aplicación constante al piano. Practicaba con mucha mayor regularidad de lo que comía y escribía música cuidadosa e incesantemente. Pero habían días de descanso. Por ejemplo, siempre que se celebraban cumpleaños y días de santo en la familia Chopin, Federico recogía flores para sus hermanas, entrelazándolas en graciosos ramos o elegía las tortas en la panadería favorita de la aldea y las entregaba ceremoniosamente a la persona homenajeada. Federico se esmeraba muchísimo los días del santo de sus padres; componía música que dedicaba a ellos y escribía poesías llenas de sencillo afecto, prometiendo así habilidad para escribir versos que excedían los de simple rima de los libros de texto. La traducción de un saludo suyo en el día del santo de su madre ilustra la cualidad de su devoción filial:

"En el día de tu santo, Mamá, te saludo
y quiero que el cielo te revele
lo que en mi corazón siento por ti.
Te deseo salud y felicidad
y una larga y próspera vida".

Para con su padre también reveló amor y respeto al saludarle con este hermoso verso original:

"Ha llegado al mundo un día de gozo,
es el de tu santo, Papá, y verdaderamente

muchísimo me regocija.
Vive con felicidad,
no conozcas penas ni adversidad.
Te conceda Dios un destino placentero,
estas son las cosas que para ti yo quiero".

Este afecto que mostraba para con su familia y que se extendía hasta sus amigos y su tutor y admirador Zywny, hacía contraste agudo con su estado físico. Día a día el alto muchacho, ahora casi de diez y seis años, tornábase más delicado aún. Estaba tan delgado y frágil que sus padres resolvieron mandarle de vacaciones. Su hermana Emilia le acompañaría. Irían a Reinerz, una aldea en la parte montañosa del oeste de Polonia, en el distrito llamado Slask.

Éste fué el primer viaje largo de Federico y aunque debe haber tenido cierto desagrado en dejar sus padres, le alegraba la perspectiva de ver otra parte de Polonia. Como dos aventureros, hermano y hermana partieron de viaje. La circunstancia de que ambos iban a Reinerz por estar amenazados seriamente por la enfermedad, no parecía ensombrecerles. Federico prometió escribir a todos sus amigos y al cumplir esta promesa, dió comienzo a su carrera de corresponsal. Pocas personas han dejado un registro más completo de su vida que Federico Chopin en sus cartas. A través de toda su vida escribió hermosas y vigorosas cartas a sus amigos. Revelaban deleite en cosas simples, confianza en sus amigos y admirable espíritu jovial. Desde luego, habían épocas en que la enfermedad parecía envolverle en una pesada manta de desaliento, pero generalmente conseguía ocultar esto de las personas a quienes escribía.

Desde Reinerz escribió la siguiente carta a su amigo Guillermo Kolberg, que da una excelente idea de sus reacciones en su nuevo ambiente: "Querido Guillermo:

Luego de pasar por Blonie, Sochaczew, Lowicz, Kutno, Klodowa, Kola, Turka, Kalisz, Ostrow, Miedzyborz, Olesnica, Wroclaw, Frankenstein, Warta y Glac, llegamos

a Reinerz, donde nos instalamos. He estado tomando suero y aguas locales y dicen que estoy mejor. También se dice que estoy engordando y estoy tan perezoso como nunca, a lo cual puedes atribuir la larga inactividad de mi pluma. Créeme, pues si supieras mi modo de vida aquí, convendrías que es difícil hallar un momento para sentarse en casa.

A las seis de la mañana a más tardar, todos los enfermos están en los pozos, donde hay una banda atroz de una docena de instrumentistas de viento, juntados de aquí y allá. El jefe de la banda, un alto bajonista con nariz rapeada y anteojuda, asusta a todas las damas que temen a los caballos, tocando rápidamente el variado *Kur-Gaste*. Luego hay una especie de desfile o mascarada; no todos están enmascarados, sólo unos cuantos además de "los que se dejan ahorcar por compañía". Esta caminata por las hermosas avenidas que comunican el establecimiento con la ciudad, generalmente se prolonga hasta las 8 horas, y de acuerdo a la cantidad de tazas que uno debe tomar a la mañana. Luego todos se van a sus casas a desayunar. Después del desayuno generalmente van a pasear. Yo paseo hasta las doce, luego almuerzo, pues después del almuerzo hay que ir a Brunn. A continuación del almuerzo generalmente hay un desfile mayor que el de la mañana, debido a que todos están vestidos para salir, en ropas distintas a las de la mañana. Nuevamente hay música aldeana y así sigue hasta el anochecer. Como yo debo beber únicamente dos tazas de Lau-Brunn después del almuerzo, vuelvo a casa a cenar bastante temprano. Luego de cenar voy a mi cama.

¿Cuándo, pues, puedo escribir cartas?

Es verdad que recorro los montes que rodean Reinerz; a veces me encanta tanto el escenario de estos valles que detesto tener que bajar de allí, lo que frecuentemente debo hacer sobre mis cuatro extremidades. Aun no he efectuado la excursión que todos hacen, pues me está prohibido. Cerca de Reinerz hay una montaña rocosa conocida por Heu-

Scheuer y desde allí hay una vista maravillosa; pero el aire de la cumbre misma no es bueno para todos y desafortunadamente yo soy uno de los pacientes a quienes le está prohibido. Pero no hablemos más de ello. Estuve en el monte llamado Einsiedelei, donde hay un eremitorio. Vamos a la cúspide de uno de los montes más altos cerca de aquí y subimos unos ciento cincuenta peldaños, cortados en la roca casi verticalmente, al eremitorio, desde el cual se observa una magnífica vista de todo Reinerz. Esperamos escalar un monte llamado Hohemenza, del cual dicen que está rodeado de bellísimos paisajes; espero poder realizarlo.

Pero es inútil aburrirte con estas descripciones, de las cuales no puedes obtener mucha idea, pues no todo se presta a descripción.

En cuanto a las costumbres de esta comarca, me he acostumbrado tanto que nada me preocupa. Al principio me pareció extraño que las mujeres de Slask trabajaran más que los hombres pero como yo mismo no hago nada, me es fácil hallarlo aceptable.

Hubo muchos polacos en Reinerz, pero ahora van quedando pocos; casi todos son conocidos míos. Hay bastante diversión y vida social entre las familias; hasta los alemanes más importantes participan de los juegos de salón. En la casa donde nos hospedamos hay una dama de Wroclaw; sus chicos, vivaces e inteligentes, hablan algo en francés. Desean hablar también en polaco, de modo que uno de ellos, mi amiguito, me saludó diciendo *"Zien dobry"* (buen día). Le contesté, *"Dobry Dzien"* (buen día). Como el chico me gusta, le enseñé a decir, *"Dobry Wieczor"* (buenas noches). Al día siguiente se apuró tanto que en vez de decir *"Dobry Dzien"*, dijo *"Zien Wieczor"* (día noche). No sé de dónde sacó eso, y me costó trabajo explicarle que no era *"Zien Wieczor"*, *sino "Dobry Wieczor"*.

He ocupado demasiado de tu tiempo; quizás preferirías hacer alguna otra cosa. Pero estoy por terminar, pues iré al

Brunn por dos tazas de agua y un pan de jenjibre, por lo tanto, permanezco,

siempre el mismo,
Federico Chopin".

Una vez que los hermanos Chopin retornaron de Slask, Federico partió para Strzyzewo a visitar su madrina, la señora de Wiesolowski, hermana del Conde Skarbek. Aquí, en casa de su madrina, conoció al Príncipe Antonio Radziwill, cuya esposa era pariente del rey de Prusia. Lo que era aún más importante que el contacto real del príncipe, desde el punto de vista de Federico, era su apreciación por la música. Escuchó ejecutar al muchacho y con gran entusiasmo le llevó, como si llevara un premio, a su palacio en el distrito de Poznan de Polonia, donde Federico conoció muchos músicos de renombre, alemanes e italianos. Mientras se hallaba en ese ambiente encantador y simpática compañía, escribió una cantidad de polonesas; a una de ellas llamó "Adiós" y la dedicó a su amigo Guillermo Kolberg.

La delicada melodía de estas polonesas poseían una cualidad etérea mezclada con alegría danzarina, y tenían algo más que el Príncipe Radziwill y algunos invitados percibieron instantáneamente; poseían madurez y originalidad. Este compositor de 16 años de edad no estaba sujeto a las viejas y reconocidas reglas de la composición. Su talento era algo individual, era nuevo y manteniendo su delicadeza era a la vez vigoroso. Los críticos quedaron perplejos y algo inciertos, pero aún así, se dieron cuenta que se estaba virtiendo nueva y preciosa vida en la constante corriente de la música.



IV

EN EL CONSERVATORIO

El año de 1827 trajo consigo el décimoséptimo aniversario de Federico Chopin y su graduación del Liceo. Sus estudios generales habían concluído y ahora dedicaría todo su tiempo y pensamiento a la música. Naturalmente había tocado el piano desde su primera infancia pero al fin se realizaba un caro anhelo de su corazón — ahora tocaría y compondría sin temor a interrupciones. No había necesidad de su profesor Zywny, de sus padres o de su hermana mayor Ludwika para urgirle al estudio, pues como uno de sus amigos admiradores dijo, era para él más natural sentarse al piano que a la mesa del desayuno.

El Conservatorio de Música de Varsovia se conceptuaba en gran estima por toda Europa. No había sufrido aún la humillación impuesta por el czar de Rusia: la de convertirse en un almacén de suministros militares. Uno de sus profesores eminentes era Josef Elsner, cuya reputación era tan grande como la del conservatorio. Un escritor ha dicho que

Elsner era el corazón de la institución, mientras su alma era personificada por el compositor Kurpinski. Los alumnos amaban a Elsner y permanecían en temeroso respeto ante el ilustre Kurpinski.

Cuando Federico Chopin a la edad de dieciséis años, un año antes de dejar el Liceo, comenzó el estudio de la teoría de la música en el conservatorio, halló al profesor Elsner paciente y tolerante y Federico tenía motivo para agradecer esta tolerancia, como queda registrado en la correspondencia con sus amigos. Hay muchas referencias a numerosas travesuras que él y sus colegas jugaron al bondadoso maestro, pero una particularmente ha sido descripta muchas veces. Tuvo un final tan feliz y describe tan bien el genio creciente de Federico que vale la pena mencionarla aquí.

"La música procede de las canciones de la gente sencilla" — estas palabras del viejo maestro Zywny se habían convertido en convicción en Federico. Eran para él como un poste-indicador que le guiaba a la meta de su ambición. O quizás sería más apropiado decir que éstas tan repetidas palabras del señor Zywny formaron el tema básico de la filosofía musical de Federico. Tan frecuentemente como Zywny le repitió estas palabras, Federico a su vez las repetía a sus compañeros y maestros del conservatorio — "la música procede de las canciones del pueblo", y a medida que crecía la confianza en su propia capacidad como compositor, no titubeó en agregar, "mi música creativa se relaciona con las canciones del pueblo".

Una de sus travesuras tuvo origen en su deseo de comprobar esta afirmación. Al llevarla a cabo, tuvo la cooperación activa de su amigo Julek Fontana. Ambos se marcharon a una aldea de las cercanías de Varsovia y a medida que marchaban, hablaban seriamente, deteniéndose frecuentemente pra discutir y planear. Mucho antes de llegar a la plaza de la aldea, el plan había adquirido mayores proporciones que las de una travesura. Se había convertido en un experimento importante.

Una vez en la aldea comenzaron a buscar muchachos; muchachos aldeanos haciendo mandados a las tiendas, mocositos callejeros vagando indolentemente por los pastoreos; vivaces niños harapientos buscando de donde ganar unas monedas. Cualquier muchacho que veían era un "candidato" para los dos jóvenes de Varsovia.

Julek Fontana preguntaba: "¿Puedes tocar alguna canción?" Si el muchacho contestaba afirmativamente, la próxima pregunta era: "¿Qué instrumento?"

"Tímpano" contestaba uno.

"Flauta" gritaba otro.

"Violín" decía un otro.

"Pífano" gritaba uno y otro y otro.

Y otros muchos instrumentos, antiguos instrumentos populares cuyos nombres han sido olvidados ya. Federico y Julek sonreían de satisfacción. Julek sacó una bolsa de zlotys de su bolsillo. ¡Cómo habían atesorado esos trozos preciosos de plata! Durante meses y semanas. Pero ahora estaban dispuestos a gastarlos.

"Traigan sus instrumentos aquí al pastoreo", ordenó Julek. "¡Les pagaremos, ven!" Mostró un zloty y sacudió su bolsa de monedas para hacer ver que tenía muchos más.

¡Zlotys! Los muchachos desaparecieron velozmente para cumplir la orden. Cuando volvieron tan impacientes como habían desaparecido, Federico Chopin les dirigió la palabra. Primero les habló en conjunto, luego consiguió hablar tranquilamente a cada muchacho por separado. ¿Qué canciones tocaba? ¿Quién le enseñó música? ¿Cuándo tocaba su tímpano, violín o flauta? Éstas eran las preguntas que hacía y poco a poco ganó la confianza de los muchachos. No comprendían ellos perfectamente qué les pedía que hicieran, no obstante estaban dispuestos a probarlo.

"Vamos a practicar mazurcas, krakowiaks y kujawiaks" les dijo Chopin. "Iremos a esa pradera y practicaremos hasta que ustedes se concentren. ¿De acuerdo?" Los

muchachos convinieron. Quizás habrán visto a Julek Fontana sacar de su bolsillo la bolsa de los zlotys.

"Cuando toquen suficientemente bien les llevaremos a Varsovia para actuar en un gran salón y ante un auditorio amante de la música", dijo Fontana mientras distribuía el dinero.

"Esa gente no se dejará engañar por notas falsas" advirtió Federico, "deben tocar espléndidamente".

Los ojos de los muchachos brillaron. Era ésa una aventura que les agradaba. Se pusieron a trabajar con voluntad. Pronto la ancha pradera se inundó con rica y melodiosa música. A veces Julek relevaba a Federico en la dirección de la orquesta, pero mayormente Federico permanecía allí, guiando a los muchachos hacia tonos más llenos y combinaciones melódicas más rítmicas. Ensayaron y ensayaron. Pronto los muchachos se encontraron tan absortos en la música que se olvidaron de reclamar sus zlotys.

Llegó el día final. Los muchachos se hallaban tan impacientes como sus dos jóvenes directores. Ayudaron a Julek a encontrar un carro y caballos. Pero cuando el labriego titubeó en alquilárselo, fué uno de los muchachos quien destacó la ganancia que haría.

"Sólo iremos unos cuantas millas, dijo" y con tu paga podrás comprarte una oveja. No es necesario que lo digas a tu amo".

El labriego consintió, pero al verlos alejar, advirtióles gritando que estuvieran de vuelta antes de anochecer, y encogiéndose de hombros volvió a su trabajo. ¿Qué pasaría si su noble amo se enterara? No tendría carne en su mesa ni abrigado sobretodo de piel de oveja para su hijo, que tiritaba con el frío del invierno porque su sobretodo de lino no tenía forro de piel de oveja ¡Oh, bien! No importa qué dijera su amo, ni cómo lo reprendiera su esposa; había procedido del modo más conveniente. Sin embargo, podía haberles preguntado para qué querían el carro y los caballos, y suspiró preocupado.

Los muchachos permanecían quietos mientras el viejo carro los conducía por el polvoriento sendero. Tenían sus instrumentos bajo sus brazos. Iban a Varsovia, acontecimiento bastante excitante de por sí, ¿pero a qué parte de la vasta y antigua ciudad iban? ¿Y exactamente para qué? Para ejecutar en un salón ante un auditorio, sí, pero... Miraron a sus dos jóvenes directores y comenzaron a los codazos de inteligencia. ¿Sería todo una broma quizá? ¿Alguna extravagante y ridícula travesura? Federico y Julek conversaban en voz baja. Fué Federico quien finalmente habló a los muchachos.

"Juntos apareceremos en un concierto. Juntos tocaremos las mazurcas, kujawiaks y krakowiaks tal como las ensayamos. Recuerden — exactamente en el mismo orden".

"¡No lo olvidaremos! No temáis, lo recordaremos", prometieron ellos.

Ya se acercaban a la ciudad. Podían ver brillar en el sol los pináculos de las iglesias. Pasaron ante portones custodiados de antiguos palacios. Vieron nobles rechonchos conducidos por las calles en carruajes de relucientes guarniciones doradas y criados de librea sentados en el pescante. Los muchachos quedaron perplejos por lo extraordinario de todo lo que veían — gente, carruajes, palacios, iglesias. ¿Era posible que hubieran llegado tan lejos en tan poco tiempo?

Mientras tanto, había comenzado el concierto de fin de curso en el conservatorio. El imponente salón estaba repleto. Algunos alumnos tocaron el piano; otros el violín y el clavicordio. El auditorio aplaudía y dirigía miradas de aprobación al profesor Elsner, pero, el pobre profesor estaba demasiado preocupado como para darse cuenta. Se hallaba enfermo de ansiedad. Grandes gotas de sudor cubrían su frente. A veces se sentaba en su sillón pero más frecuentemente se movía disimuladamente — mirando aquí, mirando allí; observando el abrir y cerrar de puertas, escuchando, susurrando a alguien que buscara en el sótano o en el cuarto

de ensayos al final del corredor. *Debe* estar en algún lugar este travieso Federico. No podía haberse desvanecido en el aire. Sus padres y hermanas se encontraban sentados entre el auditorio; parecían imperturbados. ¡Imperturbados! ¿era posible? Buenos, sabía que él, Josef Elsner, estaba más que preturbado. Estaba partido en dos entre la ansiedad y el enojo. Hasta el viejo piano inmóvil de la plataforma parecía compartir su perplejidad, pues él, como su maestro, esperaba la actuación del mejor alumno del año.

"¿Qué es lo que oigo ahora?" se preguntó el profesor. Eran las constantes pisadas de pies descalzos, marchando hacia el escenario del conservatorio y cada par de pies conducía un muchachito aldeano pobremente vestido y llevando un instrumento musical. Y allá detrás de ellos venía Federico Chopin. El maestro cubrió con las manos su rostro estupefacto. "¿Qué hará ahora este joven alocado?" murmuró coléricamente, sin animarse a mirar nuevamente al escenario hasta que se calmó la algazara que saludó a los muchachos.

El gran salón quedó en silencio. Cuando las suaves melodías de la mazurca de Chopin lo inundaron, los muchachos comenzaron a tocar. El auditorio perdió su curiosidad y escuchó atentamente. La música se elevaba y descendía. Llenaba el salón. Subía a la altura de las torres. Entraba por la mente y el corazón de los oyentes que vibraban de emoción. Un ardor sonrosado bañó el rostro del profesor Elsner. Esto era maravilloso. ¡Maravilloso!

De pronto los muchachos aldeanos dejaron de tocar. Guardando sus instrumentos bajo sus brazos, permanecieron como soldados en actitud de atención. Ahora era Federico Chopin quien tocaba y la música que fluía de sus dedos era el cantar de los pájaros, el soplar del viento, el trabajar de la campiña, el constante correr del agua del arroyo. Brillaba el sol en su música; el cielo era azul y apacible; el mundo dorado y cálido. El joven Chopin estaba tocando las canciones del pueblo, canciones que los oídos educados a escuchar música no habían jamás antes escucha-

do. Había nacido en la pradera una música nueva y conmovedora. Federico Chopin se había apartado de las viejas reglas y tocaba como sentía y como había escuchado. Estaba interpretando las canciones del pueblo. Vertía la música que estaba en su alma. Mientras el auditorio escuchaba, perdió toda sensación de realidad en derredor suyo. Estaba dominado por la música. Algunos miraron azorados a Federico como se mira a un mago. Y él, aparentemente ajeno a las nuevas puertas de gozo que acababa de abrir, seguía tocando. Su cabeza estaba erguida y sus hombros rectos. Sus largos y finos dedos danzaban sobre el teclado. Sus ojos brillaban con ardor. Uno del auditorio dijo luego que su oscura cabeza y el delicado perfil de su rostro parecían rodeados de un halo.

Luego sus manos parecieron cansarse, pero no flaquearon; era como si sus dedos acariciaran el teclado. Poco a poco los staccatos rápidos y agudos fueron desvaneciéndose. La melodía murió gradualmente y el gran salón quedó en la quietud.

El silencio permaneció ininterrumpido hasta que una voz clara y potente exclamó "¡Genio!" El hombre que había hablado era el profesor Josef Elsner.



V

BERLIN

Emilia Chopin, hermana menor de Federico, murió poco después de volver del lugar de restablecimiento de Reinerz. Fué un golpe duro para toda la familia, ya que sus miembros estaban estrechamente unidos por vínculos de afecto, basados no sólo sobre sus parentescos sino por sus talentos, pues toda la familia Chopin amaba la música. Ludwika, la mayor de todos, era el mentor y guía de Federico. La muerte de su hermana por causa de la tuberculosis afectó seriamentt la salud de Federico, y sus padres nuevamente decidieron mandarle lejos, esta vez a Berlín.

El pintor Miroszewski hizo un retrato del jovenzuelo de diez y siete años, el cual revela que el temor de sus padres era justificado. El mal ponía lentamente sus marcas sobre él. Sus mejillas estaban hundidas y tenían blanca palidez; sus ojos tenían un brillo febril. El retrato ilustra su conspicua y gran nuez de la garganta y sus grandes y grue-

sas orejas; esta última característica se consideraba en ese entonces como señal evidente de su creciente consumición.

El aspecto del muchacho, unido a la muerte de Emilia, hizo que el señor Chopin pusiera a Federico bajo el cuidado de un buen médico experimentado. Encontró un cooperador voluntarioso en la persona del doctor Jarocki, amigo de la familia, que entonces se preparaba para ir a Berlín para asistir a una convención de naturalistas. Los ansiosos padres se preguntaban si el doctor Jarocki permitiría que Federico le acompañara y en caso afirmativo, pedirían al renombrado naturalista alemán Humboldt recomendar un médico a quien pudiera consultarse respecto a la salud de Federico. Llevó tiempo a los esposos Chopin reunir coraje suficiente para formular sus dos peticiones. Cuando finalmente las formularon, quedaron encantados al ver que el doctor Jarocki accedía a ambos deseos. Hasta prometió que bajo su tutela Federico tendría oportunidad de visitar la ciudad.

Era un Federico alegre el que se despedía de sus familiares la mañana del 9 de septiembre de 1828. Sus padres no estaban menos satisfechos. Habían llenado su cartera con zlotys y se había dado más dinero al doctor Jarocki. El señor Chopin ganaba ahora un sueldo substancial, de modo que Federico podía disponer de todo lo que necesitaba. En efecto, podía tener hasta unos cuantos lujos.

Brillaba el sol y una ligera niebla otoñal flotaba en el aire cuando la diligencia crujiente se alejaba por las calles de guijarros de Varsovia. En cinco días, si la lluvia no les sorprendía, estarían en Berlín. La primera etapa del trayecto fascinó a Federico. Le gustaron los bosques oscuros y misteriosos en los cuales frecuentemente penetraba el angosto sendero ondulante. Le agradaron los campos arados y empapados de lluvia; el alegre cantar de los pastores tendiendo su ganado por la hierba verde. Algo diferente también le deleitó y nunca perdió ocasión de escucharlo. Era el rico, rítmico idioma de la Polonia Occidental. Este pueblo fuerte

y endurecido habían conservado su idioma original en abierto desafío con los alemanes que regían sobre ellos. Hablaban el polaco con tal pureza de pronunciación y estructura de frase que era poco menos que una revelación para Federico

A medida que se aproximaban a Berlín, Federico agotado por el viaje prolongado que se había extendido a seis días, dejó de contemplar el paisaje; en vez, bajaba del coche en cada hostería del camino para conversar con el mozo de cuadra o con el hostelero. Comenzó a pensar sobre política y reforma social, que es un vuelco de mentalidad natural para un polaco que se aproxima a la capital de una potencia extranjera que domina su país.

"Polonia debería estar libre", exclamó él repentinamente al doctor Jarocki, "y lo que es igualmente importante, el campesino, el noble y el obrero de la ciudad deberían gozar de iguales privilegios y responsabilidades".

"Ah, sí, sí", murmuró el doctor Jarocki, sin sacar su vista y sus pensamientos de la lluvia tediosa y persistente. "Sí, sí, de modo que has estado leyendo lo que Tadeo Kosciuszko dijo en Krakow en 1794". El doctor Jarocki deseaba evitar que el muchacho tomara parte en la discusión, pues, agotado como estaba, la excitación necesaria para corroborar sus puntos de vista sería demasiado para él. Por consiguiente, evidenció poco interés en la observación de Federico.

"Sí, por supuesto", contestó Federico fervientemente "y creo lo que él dijo. Lo estimo altamente por ésa su declaración de Krakow. Aún más, mi opinión es que si él hubiera nacido veinte años antes, quizás Polonia nunca habría sufrido esta repartición degradante".

Jarocki sonrió. El fervor del muchacho era irresistible, por lo menos para él, a Jarocki, pues él tenía el mismo convencimiento. No obstante, contestó quedamente y sin sugerir interés alguno.

"Cuando tu padre era un mozo de unos veinte años" dijo "se hallaba en la insurrección de Kosciuszko. Luchó en 1794 y así hicieron muchos otros, pero Polonia no pudo librarse".

"¡Ya sé! ¡Ya sé!" contestó Federico, "él me la ha narrado frecuentemente, pero en esa rebelión no tomaron parte hombres suficientes. Y piense que no poseían otras armas que guadañas, horcas y hachas. Le digo, doctor Jarocki, que nuestro país fué vendido por nuestros nobles. Y ellos se dejaron comprar por un emperador en Viena, por un grupo de militares prusianos y por un czar loco en Rusia".

Federico cesó repentinamente y observó al doctor Jarocki, pero éste parecía dar la mayor parte de su atención al paisaje enlodado, lo cual irritó tanto a Federico que acercándose más a él, gritó con toda su voz: "Si Polonia estuviera libre hoy, usted, señor doctor, no tendría que viajar a Berlín para atender una convención de naturalistas, pues ella se realizaría en Varsovia".

"¡Basta ya Federico!", contestó severamente el doctor Jarocki. "Ahora mismo nos hallamos dentro de los límites de Berlín".

El muchacho no pudo hacer otra cosa que obedecer. Se reclinó, ruborizado y enojado consigo mismo. Un polaco, no importa cuán intenso fuera su patriotismo, no tenía derecho de expresarlo fervientemente, especialmente dentro de las fronteras de Prusia. Echó varias miradas ansiosas al doctor Jarocki, mas éste parecía no recordar la arenga fogosa de su compañero sobre la libertad. El caso es que, aun si el doctor Jarocki no compartiera la opinión de Federico, no le habría reprendido, porque respetaba su lealtad juvenil y su talento musical. Casi quedó perplejo ante este impetuoso, delicado y talentoso muchacho colocado bajo su cuidado.

El domingo a las tres de la tarde, el polvoriento carruaje se detuvo ante un tranquilo hotel de Berlín. Los cansados pasajeros descendieron dificultosamente y entraron cojeando en su alegre calidez, fragante con el olor de las comidas en

cocimiento. Federico Chopin había cumplido su primer viaje entre Varsovia y Berlín. Ahora descansaría y luego saborearía una buena comida. El doctor Jarocki haría lo mismo, pero primero, antes de permitirse mucha comodidad, llamó a un colega profesional para consultar respecto a la salud de Federico. ¿Había la terrible enfermedad clavado profundamente sus garras en él o estaba lo suficientemente fuerte para recorrer la ciudad y asistir a conciertos? "Federico debe descansar y comer abundante alimento nutritivo", dictaminó con firmeza el médico cuyo consejo habíase pedido. En cuanto a si podía salir, estaba indeciso, bueno, un poco quizás.

En cambio, Federico no estaba indeciso en lo más mínimo, pues lo próximo que supo el doctor Jarocki fué que el muchacho había conseguido ya entradas para el teatro y los conciertos. Hasta se había procurado una tarjeta de admisión al Parlamento de Prusia, entonces en sesión.

La primera carta a su familia, luego de una breve nota informándoles de su arribo seguro, fué escrita el veinte de septiembre. Se la transcribe por revelar sus bien desarrolladas facultades críticas y su humor y penetrante observación.

"Estoy bien y desde el martes, como si fuese especialmente para mi gusto, ha habido algo nuevo en el teatro cada día. Y mejor aún, ya he escuchado un Oratorio en el *Singakademie:* "Il Matrimonio Segreto" de Cortez Cimarosa y también he oído "Colporteur" de Onslow. Pero el Oratorio de Handel "Cacilienfest" se aproxima más a mi ideal de música.

"Justamente ahora no hay aquí célebres cantantes, excepto Fraul Tibaldi (contralto) y la muchacha de diez y siete años Von Schatzel, a quien escuché primeramente en el *Singakademie* y luego en el teatro en "Colporteur". Ella me gustó más en el oratorio; quizás estaba de mejor humor para escuchar. Aun así, había un "pero"; esperemos que no sea así cuando vaya a París.

"No he estado nuevamente en lo de Lichtenstein, pues él está tan ocupado con los asuntos de la sesión que el doctor Jarocki apenas ha cambiado palabras con él. A pesar de ello, se tomó la molestia de conseguirme una entrada a las sesiones. Tuve una ubicación espléndida, vi y oí todo y hasta pude observar detenidamente al príncipe heredero. He visto a Spontini, Zelter y Mendelssohn, pero no hablé con ninguno de ellos, pues me sentí demasiado tímido en presentarme a mí mismo. Hoy se espera al Príncipe Radziwill. Después del almuerzo iré a averiguar. Vi a la Princesa Lignicki en el *Singakademie* y al observar que alguien en traje de librea conversaba con ella, pregunté a mi vecino si sería el representante del rey. "Es Su Excelencia, von Humboldt" me contestó.

"El uniforme ministerial había modificado tanto su porte que a pesar de tener grabadas en mi memoria las características de este gran pedestre (ustedes saben que escaló el Chimborazo) no lo reconocí. Ayer fuí a ver "Colporteur" o como aquí lo llaman "Hausirer". Supongo que en polaco sería "Kramarz" (Buhonero). Estaba en el palco real del Príncipe Carlos.

"Anteayer visité la biblioteca. Es enorme pero tiene muy pocas obras musicales. Vi allá una carta autografiada de Kosciuszko que Falkenstein, el biógrafo de nuestro héroe, había copiado, o así lo juzgué por la forma de las letras. Descubriendo que éramos polacos y podíamos leer el documento fácilmente, él (el biógrafo) pidió al señor Jarocki que lo tradujera al alemán, anotando al dictado en su anotador de bolsillo. Es un hombre (Falkenstein) bastante joven y lleva el cargo de secretario de la biblioteca de Dresden. También conocí al editor de la Gaceta Musical de Berlín, con quien cambié varias palabras.

"¡Mañana Freischutz! Eso es lo que quiero. Así podré compararle con algunos de nuestros cantores. Hoy recibí una entrada para la cena de Exercirhaus.

"Ahora tengo algunas caricaturas más . . ."

Esta carta no sugiere ninguna alarma respecto a su salud. Está llena de energía y entusiasmo juvenil por las cosas que ve y las oportunidades que se le ofrecen en su visita a una ciudad famosa. La misma vivacidad de espíritu y bienestar físico le debe haber acompañado durante su regreso a Varsovia. Un atardecer se detuvo para pasar la noche en una posada de la aldea Zullichau y para su gran deleite halló un piano en la sala y comenzó a tocar, no la remembranza de la gran música que oyó en Berlín, sino sus propias composiciones basadas sobre las canciones folklóricas polacas.

Las mozas de mostrador dejaron sus cubiletes y vasijas; los criados salieron de sus despensas; el posadero dejó su escritorio y los carruajes se detuvieron a la orden de sus sorprendidos pasajeros.

Algunos viajeros hasta enviaron sus cocheros a la taberna para inquirir por la música y el pianista. Era música extraña y de rareza subyugante. Pronto Federico tuvo un gran auditorio reunido alrededor del piano y cuando se cansó de tocar, se levantó y pronunció un discurso respecto a su música. En conclusión, dijo valientemente: "Esta aldea era polaca cierta vez, lo mismo que Berlín, que fué fundada por polacos". Esta sugestión era muy sencilla y seguramente muchos viajeros le interpretaron y apreciaron, pues era muy adecuado para un joven polaco ejecutar la música de la campiña polaca en una aldea cuyo origen era polaco. Afortunadamente, no se hallaba presente ningún prusiano arrebatado para gritar insultos sobre su rostro.

Al mes de haber partido de Varsovia con el doctor Jarocki, Federico se hallaba de vuelta en su hogar. Se deleitaba describiendo a sus hermanas y amigos la fría y austera ciudad de Berlín. Se rieron de buena gana sobre sus relatos de la formalidad prusiana y el amor del prusiano por los galones y los saludos.

El próximo año fué memorable en la vida de Federico, pues escribió muchas composiciones. Parecía que la música

fluía de él en una corriente rica e incesante. Polonesa en re bemol mayor; Rondó en Mi mayor, para dos pianos; Sonata en Mi menor (Opus 4), dedicada al profesor Elsner; Variaciones sobre La ci darem la mano (Opus 2), dedicada a su compañero de escuela, Tito Wojciechowski. Esta última obra se publicó tres años más tarde por Haslinger en Viena. Un año después, Roberto Schumann escribió un artículo sobre las "Variaciones" en el Allgemeine Musikalische Zeitung:

"El otro día despaciosamente entró Eusebio. Ustedes conocen la sonrisa irónica que trae sobre su pálido rostro cuando quiere mistificar a alguien. Yo estaba al piano con Florestán . . .

"Eusebio colocó una pieza de música ante nosotros y dijo: "¡Descúbranse ante un genio, caballeros!" No se nos permitió ver el título.

"Di vuelta las páginas mecánicamente; música sin palabras, que extrañamente tiene algo encantador en sí, una especie de gozo misterioso. No obstante, tengo una noción de que la música de cada compositor presenta a nuestra vista una cara peculiar y característica; Beethoven tiene otra modalidad que Mozart sobre el papel... Ahora me imaginaba que ojos completamente desconocidos, los ojos de las flores, de las basílicas, por ejemplo me miraban azorados. A veces la cara llegó a ser bastante nítida. Pensé que veía "La ci darem la mano" de Mozart entrelazada con un centenar de cuerdas: Leporello en efecto parecía guiñarme y Don Giovanni desapareció ante mí en una capa blanca".

"Tóquela" dijo Florestán. Eusebio consintió y sentados en el umbral de la ventana le escuchamos. Eusebio tocó como si estuviera inspirado, haciendo pasar una procesión de figuras innumerables, animadas y vívidas, ante nosotros.

"¡Imagine nuestro asombro al leer Opus 2 debajo del título! Por encima de las exclamaciones de aprobación, podíamos oír lo que el auditorio pronto diría: "Al fin tenemos algo perfecto . . . Chopin . . . Nunca hemos oído ese

nombre . . . ¿Quién es? . . . Bien, no importa, un genio en todo caso".

Cuando Federico Chopin se enteró de estas palabras de uno de los críticos y músicos más estimados de su tiempo, no se dejó llevar por una oleada de ostentación. En vez le animaron a mayor actividad. A más y mejor trabajo. En seguida puso manos a la obra en su Trío en Sí menor, para piano, violín y violoncelo, al que dió término en 1829 mientras descansaba en las posesiones del Príncipe Radziwill, cerca de Poznan.

Formaban un conjunto de huéspedes congeniales que el príncipe había reunido en su palacio en esa ocasión. Habían varios músicos, por lo menos dos artistas de renombre y una cantidad de hombres de ciencia. Durante el día cazaban, cabalgaban por la campiña o se soleaban en los jardines espaciosos. Al anochecer se reunían para entretenerse y era en una de estas ocasiones que Federico Chopin tocó su recién concluído "Trío".

Tocó muchísimo para los invitados durante la vacación, pero tocaba más aún cuando ellos no le escuchaban. Retirados los huéspedes a sus lechos y creyendo él que ya debían estar dormidos, cerraba la puerta de su habitación y ensayaba hasta muy avanzada la noche. Mientras las horas volaban, su música crecía en calidad y fuerza. Frecuentemente algún huésped madrugador era saludado no sólo por el alba o por el dulce cantar de la alondra, sino por el alba, por la alondra y por la música flúida de Federico Chopin.

"¿Cómo es que usted, siendo tan sólo un muchacho, pueda tocar tan bien?" le preguntaban unos y otros al delicado jovencito.

"Zywny y Elsner me enseñaron", contestaría él tímidamente.

Si esta explicación no resultaba suficiente para satisfacer el asombro por su habilidad, agregaba: "De esos dos maestros, hasta un burro estúpido podría aprender a tocar".



VI

VIENA Y LA FAMA

Tres años después de su inscripción en el Conservatorio de Música de Varsovia, Federico Chopin cumplió sus estudios allí. Al graduarse anunció una importante decisión a sus padres y al profesor Elsner: "He decidido dedicar todo mi tiempo a componer música", dijo.

No enseñaría. No tenía deseos de convertirse en un renombrado concertista de piano. Estaba lleno de música como un río de montaña está lleno de agua y como el río se renueva constantemente por los impetuosos arroyos de los montes, las campiñas y sus habitantes renovaban constantemente la música en su interior. Debía escribirla y darla al mundo.

No se sabe si algún miembro de su familia llevó un diario de su progreso, pero varias notas del profesor han sido publicadas. Una de ellas dice: "Lecciones en composición musical: F. F. Chopin, estudiante de tercer año — asombrosa capacidad; genio musical. Julio 20, 1829". Las otras son

bastante parecidas; el profesor nunca dejó de admirar el talento del muchacho.

Ahora su educación formal y dirigida había concluído. Era su propio maestro, por lo menos tanto como la llama de su ambición le permitiera serlo. Habían muchas ocasiones en que no parecía ser sino el siervo de su asombroso talento. Sin embargo, un tardío día de julio del año en que dejó el conservatorio, el joven Federico Chopin no sentía sensación de estar sujeto a fuerza alguna más que a su ansioso y varonil deseo de aventuras. Con tres amigos, Celinski, Hube y Maciejowski, se puso en marcha hacia Viena. ¡A Viena, ciudad de la música, del vino y de la alegría! El corazón de Federico palpitaba con celeridad y sus pálidas mejillas adquirieron un cálido brillo. Iba a la ciudad de Haydn, Mozart, Beethoven y Schubert. Sería también *su* ciudad, su ciudad de música alegre.

El camino a Viena no era menos tedioso que el de Berlín, pero esta vez el tiempo era caluroso y soleado. Federico tenía compañeros alegres y su salud estaba mejor que cuando él y el doctor Jarocki viajaron a la capital de Prusia. Así como su primer viaje había tenido sus recompensas al permitirle conocer la parte occidental de Polonia, éste le dió el privilegio de visitar a Krakow, la antigua capital de Polonia. Los cuatro muchachos recorrieron los suntuosos corredores de la Universidad de Jagiello, y comentaban respetuosamente, en baja voz, su renombre y sobre los hombres ilustres que habían pasado por sus imponentes pórticos. Otro lugar que les atrajo fué el Castillo Wawel, que en un tiempo había sido el hogar de los reyes de Polonia. La visión de la magnificencia pertenecida a su país en los días de su libertad, no ensombreció a los cuatro muchachos, cuyos pensamientos naturalmente volaban hacia el futuro. Desde Krakow pasaron por la rica zona minera de Slask y los bosques tupidos de Moravia, llegando finalmente a Austria, a Viena, en el tardío crepúsculo del último día de julio del año 1829. A esta vieja y rica ciudad llegó Federico Chopin y dentro ya de sus límites acogedores, sabía que se hallaba en un ambiente que le haría feliz. Fácil es imaginarle yendo y viniendo por las angostas calles y paseando tranquilamente por los ondulantes senderos de los jardines de la ciudad. Debe haber caminado y haberse sentado durante horas a la orilla del legendario Danubio, pero sus cartas, sin embargo, dicen poco de su gozo espiritual en Viena. En cambio, registró en beneficio de sus padres, el nombre de las personas que le recibieron y agasajaron. También les dió informes de la música que escuchó y en esa información sus padres deben haber leído la confirmación del placer de Federico en sus vacaciones.

Los cuatro muchachos se habían marchado a Viena bien provistos de cartas de presentación. El archivo de Federico probablemente era el más impresionante, pues los músicos principales de Varsovia estaban ansiosos en presentar al "genio" de su ciudad a las personalidades prominentes del círculo musical de Viena. Los primeros en llevar al joven señor Chopin en gira a través de la ciudad fueron los esposos Haslinger. En su hogar conoció al Conde Gallenberg, director de la Ópera Imperial y Real de Viena. A los pocos días de su arribo, avisó a sus padres y hermanas que había visto la ópera cómica de Boïeldieu, "La Dame Blanche" y la ópera de Meyerbeer, "Il Crociato in Egitto", además de una variedad de conciertos. Sus comentarios eran divertidos y críticos, y su padre en especial, debe haber sonreído con deleite sobre sus comparaciones altaneras entre la música austera en ese entonces en boga en Viena y sus propias composiciones simples y cálidas. Desde la primera niñez, la confianza del señor Chopin en el talento de su hijo jamás había vacilado. Otra persona a quien Federico conoció a través de los buenos oficios de los Haslinger fué el notable periodista Blahetka y por intermedio de éste a su hermosa hija. Mientras recorría la ciudad y escuchaba la música de Viena, bajo la dirección de Blahetka, Haslinger o Gallenberg, se encontró con un viejo conocido de Var-

sovia llamado Wurfel. Era él un pianista experimentado en el estilo musical de Viena y no pasó mucho tiempo antes de que Federico volviera a él frecuentemente, en busca de consejo, algo que agradó tanto a Wurfel que le dió toda su generosa ayuda.

Cuando Federico Chopin decidió ir a Viena, tuvo un plan en su mente, el de realizar una cosa en particular; ofrecería un concierto en la renombrada ciudad de la música. Fué en los primeros días de agosto que el Conde Gallenberg le presentó a un curioso auditorio en la Opera Real. ¡Cómo debe haber latido ese día el corazón de Federico! Debía aparecer no en un oscuro salón de concierto, sino en la institución más importante en su naturaleza en Austria y quizás en toda Europa.

Seguramente, Mikolaj Chopin en Varsovia halló difícil concentrarse en sus cátedras ese día; tuvo muchos desvaríos que lo transportaron a través de casi dos décadas a la época en que por primera vez había comenzado a creer el raro y precioso talento musical de su bebé varón. Y en cuanto a la hermana Ludwika, debe haber sido un día excitante para ella también, habrá pensado con amor fraternal y satisfacción que ella había contribuído a producir esta oportunidad a Federico. ¡Después de todo ella había sido su primera maestra!

El concierto de Federico comenzó con la "Obertura de Prometeo" de Beethoven y continuó con sus propias "Variaciones" sobre el tema de "La ci darem la mano". A continuación cantó la señorita Veltheim y entonces Federico, completamente gozoso y a gusto, tocó su "Rondo à la Mazur" (Opus 5). Cuando el auditorio entusiasmado pidió más, empezó a improvisar sobre el tema de la ópera que había escuchado unos días antes, "La Dame Blanche".

Había guardado para el final la música más querida a su corazón. Se basaba sobre una canción folklórica polaca intitulada "Chmiel", que en una boda polaca era tan importante como la ceremonia nupcial. Primero era serena,

luego alegre como ondas danzarinas, después se elevaba hasta alegre risa y finalizaba llena de dignidad y casi majestuosamente. Su letra era tan eufónica como bella la melodía. Desafortunadamente, ese ritmo de las palabras no puede observarse en la traducción:

"¡Oh, brota, brota!
tú, hierba fértil —
sin ti jamás habría boda alguna.
¡Oh, brota, oh brota! ¡Oh, criatura lenta!
Que el Padre Celestial te ayude..."

Este concierto sirvió para presentar al compositor polaco a muchos otros artistas y aristócratas que patrocinaban las artes. Los músicos principales que vinieron a felicitarle y discutir con él sus teorías de la composición fueron Lachner, Syfried, Kreutzer y Mayseder. Entre los aristócratas que dejando sus asientos fueron al escenario para estrechar manos con el joven compositor después del concierto, se hallaba el Conde Dietrichstein. Otra era la Condesa Lichnowski, que luego le invitó a tomar té muchas veces y con cuya hija trabó amistad. Tanto la madre como la hija se convirtieron en sus devotas admiradoras.

Los días fijados para pasar en Viena por los cuatro amigos volaban rápidamente. Federico veía ahora que su estadía en Viena no había sido una vacación para él, sino, como lo ansiaba, una aventura musical. Había escuchado y participado en muchas discusiones; había discurrido largo y juiciosamente sobre su propia música y había presentado su música a un auditorio que sabía valorarla. Ciertamente, la realidad prometía ser superior aun a su impaciente espectativa. El día de partir estaba próximo cuando llegó una invitación para un segundo concierto. Sí, la aceptaría y tocaría únicamente sus propias composiciones. El auditorio, así comentaron los diarios — era más selecto

que el del primer concierto y el joven músico estaba — si ello fuera posible — aun mejor que en su presentación.

Al día siguiente, Federico y su amigo Maciejowski salieron para Praga donde serían huéspedes del señor Hauke, superintendente del museo de esa ciudad y personalidad importante en la vida cultural de esa antigua ciudad. A los tres días Federico y su amigo estaban en camino a Dresde, capital de Sajonia, y la mente de Federico estaba absorta con los conciertos que daría allí. Estaba preparado para ofrecer dos conciertos, pero al poco tiempo de haber llegado se le invitó a dar otros dos. Cuatro conciertos en doble cantidad de días, y sin titubear aceptó. No pensó en su salud. No recordó aparentemente los tiempos en que la enfermedad de su familia le había amenazado seriamente. Su mente estaba completamente concentrada sobre su música. Toda invitación era un privilegio para él, y cuando daba un concierto vertía canciones tras canciones, sin pensar en conservar energías. Sabía que lo que tenía para dar era valioso y estaba dispuesto a darlo sin restricciones. A pesar de su ansia de tocar, el trabajo fatigoso que involucraba, le agotaba. Quedó exhausto y si no fuera por la invitación del príncipe heredero (en cuyo palacio había ofrecido cuatro conciertos) a pasar unos días en sus posesiones de Teplitz, Federico probablemente se vería obligado a ocultarse en un tranquilo hotel durante días o quizás semanas.

Casi al finalizar su descanso en Teplitz, Federico dijo a su amigo Maciejowski, "Me gustaría volver a Varsovia. Quiero ver a los míos", y Maciejowski que había estado preocupado por la pálida languidez del muchacho convino en seguida.

Su deseo de volver a casa no era del todo por cansancio. La verdad era que explotaba de orgullo por sus hazañas y quería contarlas a su madre y padre. Tenía un borrador del informe de los críticos respecto a su actuación y podía imaginar el deleite que sentiría su familia al leerlo. A la noche, concluída la labor diaria, se reunirían en derredor

de la mesa de la sala y una u otra hermana leería los comentarios en voz alta. Federico había decidido leer él mismo el informe de un crítico estimado en Viena. Realmente no lo leería, pues ya lo sabía de memoria, y mientras su coche tambaleaba sobre el camino de Terplitz a Varsovia, a menudo repetía para sí mismo:

"Hoy nuevamente el señor Chopin causó satisfacción universal. Este joven va por su camino propio y al hacer así, consigue agradar, aunque su música difiere grandemente de toda otra forma de concierto . . . La exquisita delicadeza de su tacto; la indescriptible habilidad de su técnica; la sutileza de sus graduaciones tonales que reflejan una naturaleza profundamente sensitiva; la claridad de sus interpretaciones y composiciones — todos llevan el sello de un gran genio".

El doce de septiembre, Chopin y Maciejowski habían llegado al pueblo de Wola, cerca de Varsovia, cuando se rompió una rueda de la diligencia. Aunque el hogar de Federico distaba pocas millas, decidieron esperar hasta que el vehículo estuviera reparado. La explicación de esto podría ser que Federico estaría demasiado cansado para caminar cualquier distancia, sin embargo, es probable que haya sentido música en los ricos colores dorados del otoño y en el suave y meloso aire otoñal, fragante con el perfume del heno recién cosechado y de fruta recolectada. Además debe haber oído el rítmico chapalear de los remos de los boteros del río y el incesante cantar de los barqueros, mezclado con las alegres canciones de los labriegos.

Mientras los dos descansaban bajo la sombra de un frondoso roble, un anciano mendigo, desdentado y descalzo, se encaminó hacia ellos. Llevaba una lira bajo su brazo y al acercarse a ellos, el golpear de su bastón les advirtió que era más que medio ciego. Giró esos ojos casi

ciegos hacia Federico y dijo, "Mi amo, mucha fama te espera en este mundo".

Federico y su amigo se miraron asombrados. El mendigo no podía saber que el joven ya se había prometido convertir en realidad esa profecía. Antes de que ninguno de los dos pudiera inquirir al mendigo, éste continuó: "Buscarás felicidad, mas nunca la hallarás. Ni siquiera tu fama te traerá verdadero gozo. Llegará un tiempo en que todos te dejarán. Estarás solo. Hasta la mujer en la que piensas ahora te olvidará".

"¡Basta de tonterías!" gritó enojado Federico. Su rostro se sonrojó de ira y alarma y se esforzaba en quitar de su mente la profecía del vagabundo. Maciejowski comenzó a reir.

"Supongo, mi querido Federico, que la mujer es la hija de Blahetka", dijo, pero Federico no replicó. Su semblante que había sido casi radiante, estaba oscuro y triste.

"Es hermosa y compositora, también", agregó Maciejowski, pero aun Federico estaba absorto en su tristeza. La profecía era como un peso sobre sus hombros. ¡Sin verdadera felicidad! Se estremeció.

El viejo mendigo sacó la lira debajo de su brazo y empezó a tocarla. Extraña música melancólica. ¿Llamaba este mendigo a los vientos otoñales a soplar sus helados alientos, ventarrones invernales a través de los campos cosechados y mandaba las hojas caídas en racimos arremolinados en busca de refugio? En los tristes acordes de la canción del viejo lirista, Federico olvidó la profecía y no oyó el bromear de su amigo. Estaba perdido en sus pensamientos sobre el viento y maravillado de su poder. Era un instrumento musical encantador, significativo, caprichoso, y juguetón que prometía tanto y no obstante se desvanecía o se alejaba flotando antes que la promesa pudiera realizarse. Pero él, Federico Chopin, atraparía esas melodías del viento y las hilvanaría en una canción para que vivieran eternamente.



VII

AMOR

Otra vez en Varsovia, los pensamientos de Federico volvieron a Viena. Ansió volver a la ciudad del Danubio, pues allí, más que en cualquier otra parte, el ambiente y su espíritu parecían fundirse en perfecta unión. Quizá también el recuerdo de los generosos elogios con los que le habían obsequiado le hizo desear gustarlos nuevamente. Allá había sido recibido con entusiasmo como un compositor de renombre (como si ya hubiera ganado su reputación), mientras que en su casa de Varsovia era el hijo de Mikolaj Chopin, el muchacho que había hecho buena carrera en el conservatorio.

Unos días después de su regreso al hogar, escribió a su amigo Tito Wojciechowski respecto a su deseo de volver a Viena nuevamente. La carta está fechada el tres de octubre de 1829.

"...Estoy seguro que te darás cuenta que debo volver a Viena; pero no es por la señorita Blahetka sobre la

cual creo te escribí ya. Ella es joven, hermosa y pianista, pero yo, desafortunadamente quizás, ya tengo mi ideal a quien he servido fielmente, aunque en silencio, durante medio año. El adagio de mi concierto pertenece a ella y esta mañana pensamientos de ella me inspiraron el pequeño vals que te envío". Al final de la carta agregó: "Nadie sabe de esto excepto tú".

El "ideal" que mencionó luego se supo era Constancia Gladkowski, muchacha que había estudiado canto en el conservatorio mientras él estudiaba la teoría de la composición. Pero Constancia estaba en Varsovia, no en Viena, de modo pues, ¿por qué desearía volver a Austria? Quizá a su regreso, Constancia demostró poco interés en él; quizá su corazón sensible descubrió hasta en ese entonces el curso que se tomaba con respecto a él y a su "ideal".

Sin embargo no volvió a Viena en tal oportunidad, probablemente porque sus padres, dándose cuenta que la salud de su hijo no podía soportar la vida azotadora de continuos conciertos y agasajos, le persuadieron quedarse en Varsovia donde ellos y sus hermanas podrían cuidarle. Además, había otro motivo al consentir quedarse en casa, pues aunque al principio Constancia pareció indiferente a su admirador de pálido rostro, ahora demostraba un marcado interés en él. Federico fué a su casa y por primera vez tocó para ella su Concierto en La menor. En febrero de 1830 terminó este concierto y el diez y siete de marzo ofreció su primer gran concierto en Varsovia. La orgullosa joven Constancia debe haber estado complacida por los elogios y profecías de fama que seguirían a su concierto.

En este concierto Federico honró a su maestro Elsner interpretando en primer término la obertura de una ópera que había compuesto el profesor. Siguió luego con su propio concierto nuevo y finalmente concluyó con una selección de canciones folklóricas polacas.

Ahora se encontraba en un remolino de trabajo y agasajos. Varsovia de ningún modo era tan extravagante en

sus elogios como había sido Viena, no obstante tenía innumerables invitaciones para tocar sus composiciones. En menos de dos semanas después de su gran concierto, ofreció otro. Esta vez tocó un *krakowiak* y fragmentos de su nuevo concierto, que en sus movimientos lentos rendía tributo a la ojizarca Constancia. El concierto finalizó con improvisaciones sobre el tema de "Las Costumbres de la Ciudad".

¿Pero qué había de Constancia durante este período? ¿Estaría esperando pacientemente a que el popular Federico le pudiera dedicar unos minutos fugaces? No ciertamente. Estaba ocupada con su canto, pues había de ser la prima donna en la ópera "Agnes" de Paers. Esta rivalidad no perturbó a Federico, más cuando descubrió que ella empleaba gran parte de su tiempo libre con uno u otro de sus varios admiradores, se sintió profundamente herido. Trató de cerrar su corazón hacia ella y dió todo su amor y pensamiento a su música.

Consiguió llevar a cabo la última parte de esta resolución, pues el once de octubre del mismo año estaba listo para ofrecer su tercer concierto, esta vez en el teatro Varsovia, presentando un nuevo concierto, el Concierto en Sol menor, que tocó con orquesta. Al finalizar, Federico tuvo una sorpresa: Constancia Gladkowski apareció vestida de bellísimo encaje blanco y con una rosa roja entre su negra cabellera. En ese momento su resolución de olvidarla se desvaneció. Miró asombrado y extasiado. Jamás había sido ella tan hermosa, ni su sonrisa tan gentil.

Era un Federico Chopin feliz el que volvió a la plataforma, luego del canto de Constancia, para completar su concierto. Sus oídos se llenaron de aplausos con que se había recibido su nuevo concierto y sus ojos vieron solamente la bella cara sonriente de Constancia. Mientras la rica, llena, embelesedora melodía de su "Fantasía de Aires Polacos" fluía ágilmente de sus graciosos y largos dedos,

de su corazón surgían las nuevas palabras de una nueva melodía, y el tema era: "Ella me ama, ella me debe amar".

Finalizada la función y retirada la concurrencia, vió a Constancia permanecer aún allí, sonriente y amigable. Juntos subieron al coche y próximos ya a la casa de Constancia, Federico rompió el silencio que había existido entre los dos desde que salieron del teatro.

"Constancia, ¿me aceptarías por esposo?" le preguntó.

Ella no contestó. Ya sus labios no sonreían ni brillaban sus ojos como antes. Miró alarmada y asustada, como si escuchara una voz desde la lejanía. Federico repitió su petición, esta vez con mayor fervor que la vez anterior. Nuevamente hubo silencio; doloroso, pesado, ominoso silencio. El coche se sacudió al resbalar los caballos sobre el pavimento húmedo. Federico cogió la mano de Constancia y esperó. Repentinamente llegó la respuesta, ahogada en sollozos.

"No", dijo ella, y mientras hablaba retiró su mano de la de él. Ordenó algo al cochero y cuando se detuvieron los caballos, descendió apresuradamente. Se acercó otro coche, pero antes Federico la siguió mirándola azorado. Su largo vestido blanco estaba salpicado de lodo y la rosa de su cabellera se había marchitado. Subió ella al otro coche, que se alejó en la noche. Federico aún impresionado por su repentino alejamiento, avisó a su cochero que volviera y lo llevara a casa. Constancia Gladkowski había desaparecido de su vida.

Varios de los biógrafos de Chopin han conseguido indagar el motivo de la negativa apresurada de Constancia. No era, probablemente, que ella careciera de amor por el talentoso compositor joven. Era porque sus padres le habían pintado una vida sombría con un pobre músico, especialmente con uno que estaba lejos de ser sano.

"Tú sabes que todos los miembros de su familia son enfermizos", le había advertido su madre. "Recuerda que

cuando estabas en el conservatorio, su hermana menor Emilia murió".

"Y siempre será pobre", había dictaminado su padre. "Los músicos jóvenes y ambiciosos, aunque estén sanos, nunca tienen mucho dinero".

De tal modo Constancia se alejó de Federico. Dos años más tarde se casaba con un rico comerciante o terrateniente llamado Josef Grabowski, pero a pesar de la riqueza y la posición en que el matrimonio la colocó, los años fueron lejos de ser amables con ella. La luz de sus grandes ojos azules se apagó gradualmente hasta quedarse ciega. Ciega y desolada, los pensamientos de Constancia volvieron al ardiente joven que le había dejado y susurraba suave y tristemente la canción italiana que había cantado en su concierto y en muchas otras funciones teatrales: "Oh, quante lacrime per te versai". (Oh, cuántas lágrimas por ti he vertido).



VIII

ADIÓS, MI TIERRA MATERNA

"No puedo comprender el motivo de tu llanto", dijo el señor Mikolaj Chopin a su esposa. "Desde que podía alcanzar las teclas del piano, has deseado que Federico gane renombre como pianista. Ahora que se va afuera al mundo para lograr ese éxito, lloras como si hubieras perdido tu más caro pariente".

Los Chopin, padre, madre y las dos hermanas Ludwika e Isabel, estaban atareadas empacando el baúl de Federico. Éste no se hallaba presente, pues había salido a despedirse de varios amigos

Ludwika cabeceó indicando que estaba de acuerdo con su padre. "Federico no es un viajero sin experiencia, tampoco un músico desconocido, madre", dijo ella. "Se le conoce en Viena y Dresde y por algunos críticos en Berlín".

"¡Y piensa qué grandioso será su regreso!", cantó Isabel. "Traerá regalos desde Viena, París y Londres para

nosotros y tú, padre, pasarás los días leyendo recortes de la prensa respecto a él". La risa juvenil de Isabel resonó por toda la casa y la señora de Chopin trató de sonreír a pesar de sus lágrimas.

"Una esperanza bastante optimista, Isabel", dijo suavemente, "pero no puedo creerla. Por alguna razón tengo un presentimiento de que el muchacho no volverá más a nosotros. Esto nada tiene que ver con su vacilante salud. No es una predicción de desastre, sino un presentemiento raro e inexplicable de que una vez ido, no volverá".

"¡Tonterías, querida!" dijo, riéndose, el señor Chopin y tratando de desvanecer, con su risa, los temores de su esposa. "Soy su padre y no tengo presentimiento alguno de esa índole. No siento más que orgullo por el muchacho y alegría de que sus sueños y los nuestros se conviertan en realidad mientras él aún es tan joven".

La familia continuó su labor. Empacaron zapatos y camisas y pañuelos con cariñoso cuidado. Los libros y pilas de música fueron esparcidos sobre la mesa de la sala para que Federico decidiera cuáles llevar y cuáles dejar. El semblante de Isabel, mientras trabajaba y envolvía su obequio especial para su hermano, se entristeció tanto como el de su madre. Pero no, era ridículo pensar en la partida de Federico sin la perspectiva de no volver jamás. No obstante, los ojos de Isabel se llenaron de lágrimas y sus labios infantiles temblaron.

A medida que Federico se apresuraba de la casa de un amigo a la de otro, o se detenía a comprar necesidades de último momento para su viaje, una sensación similar a la que ensombrecía la paz mental de su madre comenzó a socavarle. ¿Sería posible que al irse de Varsovia, giraba una llave en un cerrojo y se iba para siempre de la casa, de la ciudad y de los amigos que amaba? ¡Tonterías! Él hacía exactamente lo que otros compositores y músicos habían hecho, ir afuera, al mundo, para ganar experiencia y reputación. Nada más. Volvería. No obstante, la sensación de

que no volvería persistía en su mente. Trató en vano de borrarla de su mente con la amabilidad exquisita de las personas de quienes se despedía.

Y eran sumamente amables, pues Federico Chopin tenía muchos amigos ansiosos por su éxito. Era fácil amar a este muchacho delgado y ojinegro porque era sincero y bondadoso. Además, tenía un amor intenso por las personas. Le bastaba escuchar la narración de tristezas o miserias y ya estaba dispuesto a dar su ayuda, no sólo dinero, sino generosa simpatía y confort. Desafortunadamente su espíritu humanitario a veces era objeto de explotación y personas indignas de su amistad se aprovechaban de él. Frecuentemente, cuando eso sucedía, Federico justificaba a sus amigos desleales sonriendo forzadamente. Sus explicaciones habituales eran: "Lo hizo por ignorancia" o "él no me comprendió", y seguía dándoles su cálido afecto. Pero cuando comprobaba que alguien había deliberadamente procedido para perjudicarle, su pesar se tornaba casi insoportable.

En ese tardío día de octubre, la aldea de Wola estaba muy activa. La excitación y trajín de la actividad dió comienzo a la mañana en la taberna, al formarse una larga mesa en la sala más espaciosa de la casa. Luego, los criados trajeron las porcelanas más finas y la platería recién pulida. En las primeras horas de la tarde, la fragancia de las comidas en preparación se habían esparcido por toda la calle. Luego se oyó el retumbar de los coches y el seco golpear de cascos bien herrados. Los coches se reunieron a la puerta de la taberna y hombres y mujeres, jóvenes y viejos, engalanados con sus mejores atavíos, descendiendo, entraron apresuradamente en el interior de la taberna. Eran los amigos de Federico Chopin, reunidos para ofrecerle una cena de despedida y desearle buen viaje. Los ánimos estaban caldeados, pero se veían algunas caras preocupadas. El viejo

profesor Zywny aun no había llegado, y el profesor Elsner, con el coro del conservatorio, ¿dónde podrían estar?

Lo cierto es que habían llegado mucho antes que los demás invitados y aunque Witwicki les buscaba, estaban practicando en una de las pequeñas habitaciones de la taberna. El profesor Zywny también estaba allí, sus mejillas rojas de excitación. Los hermanos Wodzinki le encontraron, presentándolo a María, hermana menor de ellos. María Wodzinki estaba ataviada con un largo vestido vaporoso de riquísimo raso color rosa y llevaba un ramo de flores en su brazo.

Todo el grupo se reunió en el salón para esperar la llegado del invitado de honor. Llegó éste al fin, con una capa de viaje marrón tirada sobre sus hombros y llevando a flor de labios un saludo cordial para cada uno.

"¡Qué apuesto está hoy!", susurró uno a otro.

"Parece estar más felíz y más fuerte que en el último concierto", comentó otro.

Un rumor de placenteros comentarios recorrió el salón.

"Me apena verle partir, pero su retorno será triunfal".

"¿Cuándo volverá?". Esta pregunta se repetía frecuentemente y la respuesta acostumbrada era: "Cuando Polonia esté libre".

"Cuando Polonia esté libre" — la gente repetía eso frecuentemente en Varsovia últimamente, y muy a menudo, al repetirlo, los ojos de las mujeres se llenaban de lágrimas y las mandíbulas de los hombres se contraían. Ahora, antes que la frialdad de la resolución pudiera apagar la alegría, un coro de voces jóvenes se elevó por sobre las risas y la charla de la concurrencia; creció en potencia; era un coro de despedida cantado por los estudiantes del conservatorio. Bajo la dirección del profesor Elsner cantaron sus mejores augurios de éxito al más renombrado alumno del conservatorio. La canción era más que una despedida; era un bello tributo a un amigo preciado y motivo de inspiración para todos ellos. Mientras Federico

permanecía de pie en el centro del grupo, dándose cuenta gradualmente que todo ese esplendor era para él, su rostro y sus ojos se iluminaron de amor y aprecio. Algunos que lo vieron así esa noche, dijeron luego que se parecía a un rey. Había mucha dignidad en su porte, pero las lágrimas que resplandecían en sus ojos no eran lágrimas de realeza. Eran las de un joven apenado por tener que dejar sus amigos y su tierra natal. Pero él debía ir, porque la música, no él, era el amo de su vida.

Cuando las últimas notas de la canción se desvanecieron tras los muros y vigas del salón, Janek Matuszynski se adelantó, con una bandeja de plata en su mano, que entregó a Federico mientras decía: "He aquí un puñado de tierra de tu patria, extraído de los campos de Polonia donde tus antepesados lucharon por la libertad e independencia de nuestro país. Esta tierra, embebida con la sangre de tus antepasados, nunca te dejará olvidar a Polonia. Sé un buen hijo y vuelve cuando ella te llame. Mientras estés lejos y pienses de tu madre patria, recuerda también a los camaradas que dejaste atrás."

Federico quedó mudo. Las lágrimas resbalaban por sus pálidas mejillas y él no trató de secarlas. Estaba inmóvil como una estatua. Y así permaneció, con la cara salpicada de lágrimas y ojos que no veían hasta que una bella niña depositó un ramo de flores en sus manos. Era ella María Wodzinki, hermana menor de sus dos amigos, y con su llegada la tristeza del semblante de Federico desapareció. La miró como si quisiera llenar sus ojos eternamente con su graciosa hermosura. En ese instante, cuando el dolor se transformó repentinamente en felicidad, comenzó a nacer una nueva canción en su alma. Varios invitados, observándole y apreciendo la fresca belleza de María, murmuraron: "ella le ha dado más que un ramo de flores; le ha dado inspiración."

Y era cierto, pues en la belleza y modales sencillos de las gentes Federico Chopin hallaba inspiración y temas

para su música. María Wodzinki, la de ojos vivaces, había de vivir eternamente en la música de Chopin.

El primer día del mes de noviembre de 1830, Federico Chopin se puso en marcha. El viaje sería duro, pero en esa madrugada helada, mientras los caballos de la diligencia trotaban sobre los guijarros del camino que conducía fuera de Varsovia, no sentía temor acerca de su porvenir. Aun después que la diligencia hubo dejado el camino de guijarros y comenzado su rítmico vaivén sobre las huellas campestres, el viento le traía los gritos de buen augurio de los amigos que habían venido a despedirle.

El viento parecía traerle otro mensaje también, ilusorio e inalcanzable, como el suplicio de Tántalo, algo como: "Así que vas a probar fortuna en un ambiente nuevo y extraño? Música nueva. ¿Qué te parece, Federico Chopin? ¿Será tu música suficientemente fuerte para sobreponerse a su extrañeza y a las fuerzas que se le opondrán?" Y de este modo, con áspera risa invernal, el viento continuó bramando hasta convertirse en tempestad revoltosa e inquisitiva. "¿Te gustaría estar solo, Federico Chopin?", parecía silbar por la portezuela de la diligencia. "Quizás te asustes y vuelvas", susurró una vez, pero sólo una vez, pues esa sugestión hizo cerrar los puños a Federico y musitó una decisión para sí mismo, "No volveré", dijo, sonriendo desafiante al viento.

Así fueron juntos hacia el futuro — el viento imprudente y el resuelto Federico Chopin, y la música fué el compañero constante de los dos. Música que habría de inundar al mundo con gracia, calidez y fuerza.



IX

LA RUTA A PARIS

El viaje de Federico fué ininterrumpido, deteniéndose únicamente para alimentarse, dormir y cambiar de diligencia, hasta que llegó a la tranquila y diminuta aldea de Kalisz en la parte sudoeste de Polonia. Allí hizo una tregua de medio día para esperar a su amigo Tito Wojciechowski, quien le había de acompañar a Viena. Allí los dos amigos tuvieron una cena tan deliciosa que Federico escribió a casa respecto a eso. Tomaron generosos tazones de barszcz, que es una rica sopa de remolacha, y batatas con corderito asado sobre una varilla. Después se fueron a Wroclaw, donde permanecieron durante cuatro días descansando y concurriendo al teatro.

Para el diez de noviembre estaban en Dresden, en calidad de huéspedes del adinerado doctor Kreyssing, quien invitó a los miembros de "un petit cercle des amateurs" para conocer al joven Chopin, quien a su vez tocó para ellos. No existe constancia de cómo tocó y Federico escri-

bló poco o nada del suceso en sus cartas familiares excepto que puntualizó que las mujeres del "cercle" se ocupaban tejiendo medias. Quizá el clic-clic-clic de las agujas de tejer no hacían un acompañamiento grato a su música. Sin embargo estaba demasiado buen humorado para fastidiarse con agujas de tejer, pues al llegar a Dresden habían descubierto que estaban en ejecución las óperas de Rossini y Auber y que los violoncelistas Dotzauer y Kummer ofrecían conciertos. Naturalmente, Federico y Tito presenciaron las óperas y asistieron al concierto.

La música del violoncelo siempre deleitó a Federico Chopin. La llamaba la música de un alma en llanto y muchas veces decía, como aquí en Dresden dijo a Tito: "¡Qué lástima que desde mi niñez he estudiado el piano! Mis padres me forzaron a tocar esa caja de música. Si más tarde se hubiese dejado a mí la elección, seguramente habría elegido el violoncelo."

Desde Dresden a Praga y luego a Viena. Era una ruta familiar a los dos y a medida que se acercaron a la ciudad de la música, Federico prometió a su amigo que pronto tendrían abundante dinero en sus bolsillos y que serían recibidos afablemente. Mas ¡ay!, no esta vez. Viena, que habitualmente sonreía al talento y hasta era cordial a la ambición joven, les recibió fríamente. Por empezar, la familia Blahetka, a la cual Federico esperaba visitar, se había trasladado a Stuttgart. Luego, tuvo un encuentro sumamente desagradable con Haslinger, su editor.

Haslinger había sido uno de los patrocinadores más entusiastas de Federico cuando éste estuvo en Viena unos tres años atrás. Había publicado sus Variaciones sobre La ci darem la mano y había aceptado para publicar su Sonata en Mi menor y Variaciones en Sol mayor sobre una área germana. Ahora Chopin necesitaba los productos de su derecho de autor y los pidió a Haslinger, mas éste protestó. Admitió que Variaciones sobre La ci darem la mano habíase vendido bien, pero no obstante ello, no le pagaría nada.

"¿Pero por qué?" inquirió Federico con impaciencia creciente. "Si se ha vendido bien, y sé que es así, pues la he visto frecuentemente, entonces usted ha hecho dinero. ¿No tengo derecho yo también a cierta compensación?"

Haslinger convino en la validez del argumento, pero aun así, todo lo que dijo en respuesta fué: "Indudablemente, usted tiene razón, pero debe recordar que ya le pagué algo a cuenta cuando las acepté."

Federico se irguió a todo su largo y mirando desdeñosamente al editor germano, quien parecía divertirse con la escenita, vociferó, "Algo, pero no todos mis derechos, y usted bien lo sabe."

Haslinger no replicó. Aparentemente, pensaba que cualquiera explicación sería rebajar su dignidad.

"Hace dos años, mi noble caballero, le dí dos otras composiciones para publicación", dijo Federico, tratando de controlar su ira creciente, "pero usted ni las ha publicado ni me las ha devuelto. ¿Está esperando a que se las dé por nada?"

"No exactamente" contestó lentamente Haslinger, midiendo cuidadosamente sus palabras.

"¿Qué quiere insinuar?" inquirió Federico, tranquilo ya, pues había conseguido frenar su ira, diciéndose a sí mismo: "Como mis bolsillos están vacíos, debo convencer a este bufón que no me puede engañar. Le haré pagar. Al fin y al cabo, sé que mis composiciones no son malas."

"No niego que usted es un compositor de gran talento y promisorio", dijo Haslinger en voz muy pomposa, "pero, en cambio, no puedo negar que es desconocido. Comparativamente, pocas personas han oído mencionar su nombre. Por lo tanto, usted debe editar y seguir editando, hasta que se reúna fama en derredor de su nombre. Con la fama, y únicamente con ella, fluirá el dinero a sus bolsillos."

Federico tenía preparada su respuesta y se la dijo con gran austeridad. "Caballero, ¿significa esto que debo darle mis obras por nada? Mientras usted se vuelva cada vez más

rico y más gordo, yo debo apretar mi cinturón y tratar de no morirme de hambre en las calles de Viena. Una vez muerto, tendré fama y dinero. ¡Mucho bien me harán entonces!" Federico secó el sudor de su frente y enderezó su bien cortada chaqueta.

Durante todo el tiempo que Chopin hablaba, Haslinger permanecía en su escritorio escribiendo. Ahora entregó al joven el papel sobre el cual había estado escribiendo y al mismo tiempo dijo muy lenta e impresionantemente, como si quisiera hacerle apreciar una oferta generosa. "Dentro de tres años comenzaré a pagarle, y ahora tenga la amabilidad de firmar su nombre en este documento. Al hacer así, usted me habrá autorizado a proseguir con la publicación de sus composiciones."

"¡Jamás!", vociferó Chopin. Estaba temblando de ira y se dirigió a la puerta. "Cuando ponga el dinero sobre la mesa, le daré autorización para publicar mis obras" se detuvo a decir. "Si no hace eso, mi querido benefactor, encontraré editor en Berlín o París."

La puerta estaba casi cerrada y Chopin estaba sobre las escaleras, cuando Haslinger gritó: "Pero espere; maestro, maestro, escúcheme, por favor."

Federico Chopin volvió, con sonrisa ceñuda y deplorable sobre sus labios. "Me ha llamado de vuelta, señor Haslinger", dijo.

"Tratemos de llegar a un acuerdo, maestro", dijo Haslinger humildemente.

"No me maestree", ordenó Chopin. "Mi condición es pagar. Págueme, de lo contrario nunca tendrá mi música."

"Pero, pero" — arguyó protestando Haslinger. Chopin levantó su mano en señal de silencio.

"No", dijo, adivinando el pensamiento de Haslinger: "¡Jamás por nada! Pague o de lo contrario no publicará." Haslinger no tuvo oportunidad de seguir arguyendo, pues Chopin se había ido. La puerta de calle se cerró estrepitosamente tras él.

Una vez en la calle, aminoró su marcha, cabizbajo y pensativo, se volvió a mirar varias veces, esperando que Haslinger corriera tras él, pero éste no tenía intención de hacer tal cosa.

De esta suerte, Federico siguió caminando, disgustadísimo y perplejo. Había contado con lo que le pagaría Haslinger, y ahora que no lo había conseguido, ¿qué haría? Habíase confiado poder efectuar una transacción comercial satisfactoriamente. ¿Acaso no había tenido cierta experiencia en fijar las condiciones de sus conciertos en Varsovia? En Varsovia, ah, sí, pero ahora se daba cuenta que eso era diferente. Varsovia era su hogar, había estado entre amigos. Fuera, en el mundo de los editores había fracasado deplorablemente y lo más desalentador aún era que sus bolsillos estaban vacíos. Tendría que escribir a casa pidiendo dinero. Tendría que ofrecer conciertos, dar lecciones, dar más conciertos, escribir a casa pidiendo más dinero. ¡Qué porvenir miserable conjuraba su imaginación!

Y en este sentido sus temores se materializaron en realidad casi insufrible. La mayoría de los editores se comportaron como si hubiesen sido cortados con la misma tijera que Haslinger, de Viena. Todos estaban dispuestos a publicar sus composiciones, pero cuando se reclamaban los derechos de autor o alguna especie de compensación financiera, perdían su afabilidad. No prometían pagar, y en caso de hacerlo, raras veces se cumplían tales promesas.

Quince años después de que tuvo lugar esta escena entre el editor Haslinger y el compositor Chopin, éste último recibió pruebas de imprenta de su Sonata en Mi menor, para ser corregidas. Pero Chopin no las corrigió. Las guardó y Haslinger pudo publicar esa composición recién después de su muerte.



X

FEDERICO Y TITO

Polonia había perdido su libertad a fines del siglo XVIII y sus tres fuertes vecinos, Austria, Prusia y Rusia, habíanse repartido su territorio. Varsovia, la capital, cayó bajo el taco del czar de Rusia. Por tal motivo, cuando Federico Chopin, ciudadano de Varsovia, salió de viaje en el año 1830, lo tuvo que hacer con un pasaporte ruso, pues era súbdito de Rusia, cosa que nunca le agradó, y que le irritaba cada vez que solicitaba la renovación de su pasaporte y al ser presentado como un "compositor ruso de gran talento."

Mientras Federico y Tito estaban en Viena, debían presentar sus credenciales al cónsul ruso en Austria, a quien se dirigieron para los trámites de pasaporte que les permitiría ir a Munich, Stuttgart, París y Londres. Cuando finalmente los papeles estuvieron listos, decían: "Passant par Paris a Londres", y en lo futuro Federico había de reír muchas veces de eso. "Pasando por París a Londres",

¡ciertamente! Él partió de París a Londres, verdad, pero volvió a la ciudad del Sena en pocos días y la convirtió en su hogar. Los pasaportes tienen asombroso poder, pero difícilmente pueden orientar el curso de una vida, como lo recalcó Federico a su amigo, Tito Woyciechowsky, una triste noche en Viena, poco después de haber recibido sus pasaportes a Londres.

Ambos se hallaban en el hotel, planeando el viaje. Tito no estaba seguro si acompañaría a Federico durante todo el trayecto, pero se decidió a ir a Munich y Stuttgart.

"Desde luego iré a Stuttgart", dijo riéndose, "pues has prometido presentarme a la hermosa señorita Blahetka. No olvides eso, Federico. Me diste tu palabra de honor, ¿recuerdas?"

Pero Federico no pensaba ni en la señorita Blahetka ni en Stuttgart. Su mente seguía recargada con el problema de asegurar la paga de sus composiciones. Cavilaba desconsoladamente si París o Londres apreciarían un poco más el valor monetario de sus obras. El odioso Haslinger había sido una triste experiencia para el ambicioso músico joven.

Tito, al observar la expresión poco afable de su amigo, trató de desviar sus pensamientos a cosas más placenteras. "Quizá me enamoré con la exquisita y talentosa señora Blahetka", salió diciendo y empezó a tocar una alegre melodía al piano. Federico no reaccionaba aún. Seguía tan sumergido en su tristeza que ni siquiera Tito, que sabía levantarle el ánimo, podía atraerle a la conversación.

Las velas del candelabro de plata deben haber hallado a los ocupantes del cuarto un par interesante. Uno era bonachón y cantaba alegremente; el otro callado, suave y dedicado al gran piano que se hallaba cerca de la ventana. Esa noche las altas velas deben haber asentido sonriéndose unas a las otras frecuentemente, mientras escuchaban la arrebatada y ansiosa conversación de ambos. Ocasionalmente, la charla se alegraba, pero más frecuentemente las frases se decían lentamente y en tono de perplejidad.

"Nos estamos alejando demasiado de aquí", dijo Federico varias veces. "Cada milla nos llevará más lejos de Polonia."

Tito se rió y dijo que era su opinión que Federico no estaba interesado en lo más mínimo en la señorita Blahetka. "Si lo estuvieras, me hablarías de ella ahora, en vez de lamentar por las millas entre ti y Varsovia." Tito se rió nuevamente y quizás las relucientes velas convinieron con él.

Eran muy hermosas velas que parecían reinas en el vasto candelabro. Habían escuchado muchas conversaciones durante los años que habían estado en el viejo hotel de Viena. Habían visto llegar y partir a mucha gente y presenciado muchas despedidas y frecuentemente se habían susurrado la ansiosa pregunta, "¿Saldrá todo bien?"

Esta noche las hicieron también varias veces, pestañeando al hacerlas. Escuchaban a Tito tratando de hacer participar a su amigo en una conversación divertida y ocurrente respecto a la naturaleza variable del sexo femenino, y deben haberse divertido por su fracaso. Luego oyeron golpear la puerta, ya avanzada la noche, y ellas también deben haberse sobresaltado por la noticia del viejo criado.

"¡Caballeros, caballeros!" dijo en voz alta, "ha llegado un hombre y dice que hay guerra en Varsovia."

"¡Guerra!", exclamó Federico, haciendo entrar al hombre en la habitación.

"¿Quién está guerreando y contra quién?", preguntó Tito.

"Esto no lo puedo decir", contestó el criado sacudiéndose los hombros. "Pero supongo debe ser así, que los polacos, probablemente, están ganando a los rusos. ¿No le parece así?"

"¡Naturalmente!", exclamó Chopin, y dió una propina generosa al criado que había tenido suficiente sentido común en pensar que los polacos estaban dando una paliza a los rusos. "Ahora encuentra el viajero para nosotros", ordenó.

Fué Tito quien le encontró, trayéndole a su habitación. Era un francés, y relató la novedad cuidadosamente, repitiendo los nombres rusos y polacos con gran cuidado, como si sus oyentes no estuvieran familiarizados con ellos. No parecía darse cuenta que todas las calles y personas que mencionaba eran tan bien conocidas a ellos como las calles y nombres parisienses a él.

"La noche de noviembre veintinueve", dijo, "los cadetes de la escuela militar de Varsovia se rebelaron contra el Príncipe Constantino, quien, entiendo, es el representante del Zar Nicolás, en la Polonia Rusa."

"¡Sí! ¡Sí!", exclamaron juntos Tito y Federico. "Y luego, ¿qué sucedió? ¿Los labriegos, vinieron en ayuda de los cadetes?"

Pero su informante meneó su cabeza negativamente. "Les he dicho todo lo que sé, amigos míos. La noticia fué dada en una casa del camino a veinte millas de aquí. Deben de llegar correos con novedades antes de mañana a la mañana". Se despidió de ellos, pues necesitaba reposo después de su viaje.

"Empacaré mis cosas ahora mismo", musitó Federico excitadamente. "He tenido bastante música hasta después que Polonia esté libre. Desde ahora en adelante usaré un rifle para practicar."

"Estoy contigo", casi vociferó Tito, y comenzó a llenar los baúles.

A medida que trabajaban apuradamente, deteniéndose sólo ocasionalmente para conversar, pensamientos ansiosos cruzaban por la mente de Federico; pronto los anunció a Tito. "Hay una cosa que lamento profundamente respecto a esta rebelión. Es que debía haber empezado en la escuela de oficiales, donde se entrenan los hijos de los nobles, y no en las aldeas de Polonia. Los hijos de los nobles no serán apoyados por los labriegos, y sin la feroz fuerza del pueblo que trabaja la tierra, la rebelión fracasará."

"Tú estás pensando en la Revolución Francesa", dijo Tito, "por mi parte, estoy confiado que esto es sólo el principio. Los campesinos quizás están invadiendo Varsovia ahora mismo. Hasta pueden estar peleando. No olvides, Federico, que yo he trabajado en organizaciones preparando precisamente esto. Cada polaco amante de la libertad está preparado para la señal de levantamiento."

Pero Federico estaba lejos de estar convencido. "Conozco bien a los campesinos", dijo él, "y no comparto tu opinión."

"Dime cuáles son tus conclusiones", solicitó Tito. En su propio análisis, él estaba confiado en lo que sucedería en Polonia — en efecto, podía estar sucediendo ahora mismo — pero estaba curioso en saber cómo Federico llegaba a un punto de vista diferente de la situación.

"Ésta no es nuestra rebelión, estoy seguro", dijo Chopin, "pues ha sido iniciada por jóvenes oficiales ambiciosos, ansiosos de poner a prueba sus maniobras de batalla. Ellos están deseosos de aventura y excitación. Siendo hijos de nobles, la libertad de Polonia no es su grito de guerra, ni tampoco puede ser su fuerza, como sería la de los campesinos." Federico se detuvo y miró curiosamente a su amigo.

"Sigue, sigue", dijo Tito brevemente.

"Ambos sabemos que el tesoro de la música polaca reside en el alma del pueblo polaco", reanudó, hablando ahora con voz excitada, "y en las mismas almas reside la fuerza moral y física de Polonia. Yo sé esto, pues, al buscar música, he llegado hasta el corazón y el alma del pueblo. Si la gente sencilla y trabajadora de Polonia pudiera conducirse en rebelión, entonces seríamos victoriosos. Ellos son los que pueden luchar y morir por la libertad, y los que vivan para disfrutarla, llegarán a ser personas perseverantes, independientes, que atesorarán esa libertad y la custodiarán eternamente contra los agresores. Pero te digo,

Tito, esto no lo harán los hijos de los nobles. Sé que tengo razón."

Este discurso apasionado dejó a Federico pálido y sudoroso. El fuego de la convicción ardiente brillaba en sus ojos, y mientras Tito le observaba, pensó "Si Federico estuviera allá, les daría la fuerza y la dirección que él dice necesitan. Sí, él podría levantar el ánimo del pueblo."

Luego vino otro pensamiento a Tito. "Su espíritu es suficientemente fuerte", se dijo a sí mismo, 'pero no así su cuerpo. Cada gota de sudor que veo sobre su frente, es como si perdiera su misma sangre vivificante. Él no debe volver."

Aunque él pensaba que Federico no debía volver, los dos continuaron empacando, y Tito no mencionó nada uel plan que estaba formando en su mente. Mientras trabajaba, pensó: "Cada momento que Federico pasa con el piano, significa más para la felicidad del mundo que si empleara el mismo tiempo peleando. Aunque hubiese matado al zar y perseguido a los rusos fuera de Varsovia, no podría significar tanta dicha como su música." Tito Woyciechowski era un joven sensible y juicioso, y decidió que él, Tito, debía luchar y ayudar a ganar victorias, pero que su amigo, Federico Chopin, debía crear música. "Cada persona está hecha para una finalidad", pensó Tito concluyentemente, y se preparó a realizar su plan.

"Tengo una idea, Chopinek", dijo alegremente.

"Hace muchísimo que no me llamabas Chopinek", interrumpió Federico, "¿qué es tu idea?"

"Que deberíamos honrar a nuestros amigos combatientes, brindando nuestras copas de vino", contestó Tito riéndose y animosamente. "Luego, a la mañana, partiremos en viaje para tomar armas juntamente con ellos."

"Pero yo no bebo", le recordó Federico, "y además, no tengo deseos de despilfarrar dinero para estos austríacos. Ellos también son los opresores de nuestra patria."

Tito no replicó hasta después de haber corrido al pasillo y haber pedido una jarra de vino. Cuando regresó, dijo: "En vísperas de la batalla, Federico, seguramente puedes romper tu costumbre de no beber y no fumar. En cuanto a nuestros opresores austríacos, probablemente les asustaremos con nuestra victoria sobre los rusos."

Llegó el vino y Federico bebió. Era buen vino, y cuando su copa estaba casi vacía, Tito la llenó nuevamente. Al rato estaba entonando canciones patrióticas a plena voz. Y bebiendo vino, más vino y más vino. Era después de la medianoche cuando se levantó sobre sus pies inseguros, y Tito, bien complacido consigo y con su plan, le ayudó a ir a su cama. Mientras le daba otro vaso de vino, le dijo: "Bebe esto. Te dará sangre para luchar. Bébelo, te digo. Es sangre austríaca, y tu delgado cuerpo se engordará como el cuerpo del rey de Austria." Ambos se rieron y luego Federico durmió dulce y profundamente, como un gatito en el sol.

Pero no Tito. Él tenía una carta importante que escribir. Era para Federico, y cuando la hubo terminado, Tito llevó su equipaje abajo y pidió caballos para llevarle a Varsovia. La carta informaba a Federico que era su deber continuar su viaje, pues su llamada en la vida era dar al mundo su bella música, la música del pueblo polaco, mientras que el deber de Tito era luchar porque él era fuerte y podía soportar el duro esfuerzo físico de la guerra. Por saber que no podía convencer a Federico hablándole, había empleado este medio de tratar de convencerle.

Esta rebelión que comenzó a los fines de noviembre de 1830, se convirtió en la Insurrección Nacional de Polonia y fué aprobada por el Parlamento polaco el veinticinco de enero de 1831. Trajo toda la parte de Polonia ocupada por los rusos, bajo el fuego, y las tropas zaristas inundaron el país. Como si esta fuerza no fuera suficiente para ahogar el levantamiento, los conductores de la revuelta comenzaron a luchar entre sí, y por su discordia, perdieron

lo que más necesitaban: el estoico apoyo de los campesinos polacos. Temprano, en septiembre, la rebelión llegó a su fin, y Federico Chopin, entonces en Stuttgart, pues no había vuelto a Varsovia, se enteró de la derrota de su país. Los soldados zaristas habían ocupado a Varsovia y los polacos habíanse rendido. Esta triste nueva era como una pesa de plomo sobre su corazón cuando se puso en marcha, varios días después, hacia París. Ahora tenía otra carga sobre sí, y le habría de atormentar durante toda su vida: era su pesar por no haber vuelto a Varsovia a pesar del cuidadoso plan de Tito. No era que no perdonara a Tito; ya le había perdonado, y hasta convenía que su razonamiento era sano. No obstante, en los años que habían de venir, frecuentemente se atormentaba con el pensamiento de que había fallado a su patria.

Mas, ciertamente, no había fallado. El fruto de su dolor y amor por su patria se trasluce en su Etude en C menor (Opus 10), conocido por el "Estudio Revolucionario". En esta vigorosa música, virtió todo su fuego interior, el amor intenso por sus semejantes y la pasión por el derecho de su patria por la libertad. Libertad, igualdad, fraternidad; estas tres combinaciones formaron el tema de su Estudio Revolucionario.



XI

LA CIUDAD DEL ARTE

París, a mediados del siglo XIX, no sólo era la capital de Francia, sino el centro distinguido de la cultura europea. La fama de sus autores se había ido más allá de sus fronteras, hasta en Inglaterra, donde Víctor Hugo tenía un arrastre considerable. Entre los demás que formaban la deslumbrante procesión, se hallaban Honorato de Balzac, Alfredo de Musset, Alfonso de Lamartine, Eugenio Sué y Teófilo Gautier. Había por lo menos una mujer que brillaba en este firmamento deslumbrante; era ella la señora Dudevant, que escribía bajo el seudónimo de Jorge Sand. Sus contribuciones al *Fígaro* y a la *Revue de París* eran altamente estimadas y sus novelas, *Rose et Blanche* e *Indiana,* aumentaban su fama cuando Federico Chopin llegó a París. Tenía él justamente veintiún años, y el mundo de ciencias y hazañas literarias en el cual penetró le asustaron al principio. Por algún tiempo pareció arrastrarle y barrer su firme confianza en su propio genio. Fué Jorge Sand

quien más tarde consiguió devolverle la fe en sí mismo, y al hacer tal, ganó su corazón.

La energía creadora de París estaba desplegada en drama y en pintura tanto como en ficción. Cuando Chopin acababa de llegar, la obra de Víctor Hugo *Le Roi S'amuse* estaba en el Théâtre Français; en el Odeón se representaban con éxito, obras teatrales de de Musset, Dumas y Alfredo de Vigny. Melodramas y comedias de Melesville, Duvert y Brazier estaban "sobre las tablas" y los nombres de Hugo y Dumas aparecían en producciones de "vaudeville". En cuanto a pintores, la lista de exhibidores era larga, y tan renombrada como numerosa; Delacroix, Devería y Delaroche estaban entre ellos.

La temporada musical de 1831 en París ha sido registrada como una de las más brillantes en la historia de la ciudad. Se representaba una ópera basada en la vida de un asesino famoso, el Marqués de Briuvilliers en la Opera-Comique, obteniendo resonantes ovaciones. Parte de su fama se debía a su tema, pero una porción considerable del éxito se debía también a la contribución de nueve músicos ilustres que eran sus compositores: Auber, Batton, Cherubini, el mayor, Berton, Carofa, Boildieu, Blangini, Paer y Herold. Para rivalizar el éxito musical de la Opera, en el conservatorio se daban recitales de las composiciones de Beethoven, Mozart y Haydn por el pianista Kalkbrenner, el violoncelista Vaslin, el flautista Dorus, el violinista Kreutzer, el clarinetista Butteaux y el bajonista Henry. Un año más tarde el famoso Héctor Berlioz salió de Roma y llegó a París para agregar la luz de su brillante talento a este esplendor.

No es sorprendente que Chopin se sintiera cohibido en este nuevo mundo al cual entraba en París, ni tampoco que se sintiera algo perdido. Había momentos en que se sentaba a analizarse a sí mismo y al extraño ambiente, y casi se decidía a huir de todo eso; volvería a Varsovia y a los amigos y a la familia que le amaban; iría nuevamente a

Viena; a Londres. Le confrontaba tal confusión de decisiones que era incapaz de llegar a ningún plan de acción, salvo al de continuar en París y eso lo hacía principalmente porque Jorge Sand le daba el valor necesario. Pero ni siquiera el interés de ella en él, bastaba para restaurar la confianza en su propio talento. Desesperado, fué a ver al pianista Kalkbrenner, solicitando le diera lecciones de piano. Esto se hizo por algún tiempo pero luego de varias semanas el maestro decidió que nada quedaba por enseñar a su alumno. Así, pues, en vez de continuar en el papel de maestro y alumno, adoptaron el de camaradas y Federico dedicó su "Concierto en Sol menor" al pianista Kalkbrenner, quien habría sido su profesor de piano de haber él necesitado uno. Posteriormente, Kalkbrenner dedicó a Federico sus "Variaciones", basadas sobre una mazurca de Chopin.

En enero de 1832, Chopin se hallaba preparado para ofrecer un concierto y era Kalkbrenner quien le había animado. El concierto, ofrecido en las famosas Salas Pleyel de la calle Cadet, puede haber sido un éxito desde el punto de vista financiero, pero considerado desde el aspecto de la reputación, fué más de lo que muchos de los que apoyaban a Chopin esperaban. Según ellos, llegó mucho más allá que un mero éxito. Una crítica de la *Revue Musicale*, decía: "He aquí a un joven que, dejándose llevar por sus impresiones naturales y sin seguir modelo alguno, ha descubierto, si no una revolución absoluta en música de piano, por lo menos algo de lo que los compositores han estado buscando largamente y en vano, a saber, una abundancia de ideas originales, cuyo duplicado no existe en parte alguna."

. . . . . .

Chopin no era un polaco solitario entre gente de muchas otras nacionalidades reunidas en París. Después del fracaso de la insurrección, numerosos polacos buscaron re-

fugio en Francia. Pronto Federico se halló a sí mismo concurriendo frecuentemente a reuniones polacas. Su amigo, Alberto Grzymala, era el secretario de una sociedad literaria polaca y Chopin se unió al grupo formado por escritores, políticos y hombres de ciencia.

De pronto otras puertas se abrieron para él, pues aristócratas franceses y polacos comenzaron a invitarle a sus casas. Estas invitaciones, aunque agradables, creaban un serio problema a Chopin, quien se hallaba lejos de ser rico. Esta situación se menciona en numerosas cartas, especialmente en una que escribió a su amigo Dominik Dziewanowski, en la cual decía: "Tengo que dar cinco lecciones hoy. ¿Crees que gano una fortuna? Los coches y guantes blancos cuestan un dineral y sin ellos uno no estaría a tono."

Habían ocasiones que hubiese deseado omitir el dudoso placer de aceptar la invitación de aristócratas, mas no se atrevía, pues en esa época el desarrollo cultural del arte era fomentado y patrocinado por la clase pudiente y sin un patrocinante rico, el artista no podía esperar aceptación. Tampoco podía lograr independencia financiera, pues dependía de los ricos para el suministrado de alumnos a quienes enseñar su arte. En esos días era tan importante para un artista ser un maestro en ceremonias como maestro en su arte. El primer requisito para triunfar era, según registran tantos artistas, caer en gracia con algún príncipe, barón o conde. Conseguido eso, el artista tenía mayor derecho de esperar fama más extensa y alguna remuneración financiera a cambio de sus esfuerzos. Chopin halló esta condición tan divertida como fastidiosa, pero más frecuentemente lo último, según demuestran varias de sus cartas. En la misiva a Dziewanowski dice: "Yo mismo soy un revolucionario; más aún, no tengo interés en el dinero, únicamente por la amistad."

. . . . . .

Durante sus primeros años en París, Chopin vivió en el Boulevard Poissonnière; posteriormente se trasladó a Cité Bergère Número Cuatro; después de la llegada de su amigo de la infancia, doctor Matuszynski, quien había huído de Varsovia, Federico vivió con él en la calle Chausée d'Antin.

Aunque Chopin no gustaba de ello, se vió obligado a dar numerosos conciertos durante toda su vida. Cuando llegó a París, contrató a una mujer inglesa, a la señorita Smithson, como agente suyo, y bajo su dirección ofreció un concierto juntamente con Liszt. Cierto día de 1833, él, Franz Liszt y Ferdinando Hiller dieron otro en el Conservatorio de París. Durante la primavera siguiente, asistió al festival de música en Aix-la-Chapelle, donde conoció a Félix Mendelssohn, quien acababa de completar un curso de lecciones para la joven princesa Victoria, presunta heredera al trono de Inglaterra. Después dió un concierto con Berlioz, Hiller y Liszt. En este concierto, ofrecido en la Societé du Conservatoire, tocó su "Andante Spianato" (Opus 22) y una cantidad de sus polonesas. Fué también en este concierto que logró resonante fama, pues su nombre se extendió a través de toda Europa. En este concierto, puede decirse que alcanzó el pináculo de su fama como concertista. Y luego, durante largo tiempo, dejó de dar conciertos, dedicando su atención a sus composiciones.

Luego de esta decisión, dijo a su amigo Liszt: "No soy bueno para conciertos . . . el público me atolondra. Su pesada respiración me sofoca y sus curiosas miradas me paralizan. Me atonto ante sus extrañas caras."

Este desagrado por los auditorios era uno de los motivos por los cuales Chopin decidió suspender sus conciertos, pero otro motivo, además del deseo de tener más tiempo para sus composiciones, era la creciente amenaza de su enfermedad. Nunca estaba en buena salud últimamente. Después de las dos extenuantes temporadas de París se hallaba ahora muy nervioso y agotado.

Sin embargo, el peligro de enfermedad no estorbó a que siguiera componiendo, pues entró en uno de los períodos más prolíferos de su carrera. Produjo muchas mazurcas, nocturnos, polonesas, estudios, variaciones y krakowiaks, hallando bastante suerte en hacerlas publicar. Kistner, de Leipzig, publicó una serie de sus obras, desde el Opus 6 hasta el Opus 19. Un editor francés, Schlesinger, dió a publicidad doce Grandes Estudios (Opus 10); Concierto en Sol menor; Tres Nocturnos (Opus 15); Rondó en Sol bemol mayor (Opus 16); Cuatro Mazurcas (Opus 17). A continuación de éstas venían: Gran Fantasía sobre Aires Polacos (Opus 13); Krakowiak; Gran Rondó para Orquesta y Piano (Opus 14); Vals en Sol bemol mayor (Opus 18); Bolero en Mi mayor (Opus 19). Todas estas composiciones se popularizaron en Prusia, Francia y Austria. Chopin adquirió fama y dinero casi suficiente para cubrir los gastos de su coche, su criado y sus elegantes ropas.

. . . . . .

Conviene hacer a esta altura una descripción de las composiciones de Chopin. Es, en efecto, esencial, pues su música no sigue la modalidad corriente. Está extraída casi enteramente de la tradición musical del pueblo polaco, y Chopin, probablemente, fué el primer compositor que hilvanó estos antiguos bailes y canciones campestres y música llena y substancial.

La mazurca es una alegre danza polaca. La risa que borbotea en ella parece estar siempre a punto de tornarse animosa o triste. Pertenece especialmente a los pueblos de Mazowsze, y Varsovia queda en el corazón de la provincia. Referente a este tipo de composiciones de Chopin, escribió Liszt: "Tanto la música como la letra, reflejan esa oposición que es tan heroica y atractiva en sus efectos entre el placer del amor y la tristeza del peligro que se avecina, del cual nace la necesidad de animar la miseria de uno mismo."

El krakowiak es un baile de los pueblos que habitan el distrito de Krakow, donde se halla la vieja capital de Polonia. Este tipo de composiciones de Chopin fué tan exquisitamente descripto en la Gaceta Musical, que se transcribe en parte: "Los elementos fundamentales del krakowiak se distinguen de la mazurca en parte por su gran parecido al ranz-des-vaches suizo, y en parte por la ligereza de su ritmo en tiempo de dos por cuatro y en parte también por el repiqueteo peculiar de alegre animación . . . El arte del contrapunto en el krakowiak está unido a tanta poesía y a tan delicado gusto, que es el mayor recurso que puede ofrecer la composición musical.

Estas dos danzas campestres polacas, la mazurca y el krakowiak, se repiten constantemente a través de las composiciones de Chopin. Durante el primer año de su vida en París, pareció verter incesantemente su amor por la madre patria en su música, pues casi todas las composiciones poseían la alegría y la caprichosa tristeza de estas danzas y fueron principalmente estas dos las que le abrieron el sendero de la fama eterna.

Federico Chopin amaba la música con devoción pura e incesante y la música le recompensó mil veces. Un poeta habla de los dos como el señor Genio y la señorita Música, comparándolos a dos amantes cuyo amor sobrevivió todas las tormentas y sufrimientos de la vida. Este mismo poeta, en una sencilla copla, habla de ellos como el esclavo devoto y adorador, Chopin, y la diosa graciosa, la Música, quien, como premio por su devoción le obsequia, otorgando la inmortalidad a Federico Chopin.



XII

MARÍA

En julio de 1834, Federico Chopin escribió una carta a su amigo Félix Wodzinki, en Varsovia, y con ella adjuntó una nota a María, hermana de Félix, en la cual decía: "Me tomo la libertad de remitir a mi estimado colega un pequeño vals que acabo de publicar". María era la bella muchacha de ojos vivaces, vestida de seda color rosa, que le había obsequiado con un ramo de flores en su fiesta de despedida la noche antes de partir de Varsovia. Aunque Federico había conocido a María desde su primera infancia, pues su familia y la de Wodzinki eran amigos, no sabía que la amaba hasta la noche de la despedida en Wola. Desde entonces, le había mandado muchos mensajes en las cartas escritas a sus hermanos, Félix, Antonio y Casimiro y a su madre. Había titulado en honor de ella su Gran Estudio en La menor "Retrato del Alma de María".

Poco después de su llegada a París, escribió a su hermana Ludwicka respecto a su amor, y desde entonces hasta que

él y María se encontraron nuevamente, cuatro años más tarde, escribió frecuentemente a Ludwicka sobre ella. ¿Estaba en buena salud? ¿Era feliz? ¿Le amaba? ¿Tenía él muchos rivales? Hizo muchas preguntas y encomendó muchas comisiones de amor a Ludwicka, quien las debía haber cumplido bien, pues no tardó María en decir que amaba a Federico y estaba ansiosa de verle. Sus esfuerzos por verse no tuvieron éxito hasta julio de 1836, cuando la madre de María la llevó a un lugar de descanso llamado Marienbad, en Austria, y allá fué Federico a visitarlas.

La Condesa María Wodzinki tenía diecisiete años en ese tiempo; era hermosa, de graciosos modales y muy adinerada. Además, le agradaba la música casi tanto como amaba a Federico. En cuanto a éste, hay muy poco que decir excepto que dejó escrito que estaba feliz por vez primera desde que dejó su familia en Varsovia y que la amaba casi tanto como su música.

"Escribiré bellas músicas y ganaré dinero suficiente para los dos", prometió Federico mientras caminaban por los jardines de Marienbad, "y juntos seremos felices y famosos."

"Yo haré todo lo posible en el mundo para ayudarte", susurró María en respuesta. "Si somos pobres, lo seremos juntos, porque nada, ni aún la muerte, nos separará."

Hablaron y se rieron y fueron felices en Marienbad desde fines de agosto hasta principios de septiembre. Dos días antes de que Federico partiera hacia París, informaron a la madre de María de sus planes de matrimonio. Ella los aprobó, pero rogó a Federico reserva por algún tiempo. Él convino con esta petición, y en efecto, no le dió importancia alguna, pues su mente estaba llena de la feliz nueva de que María había prometido ser su esposa.

Una vez de regreso en París, Federico se puso a trabajar con mucho ánimo. Su mente y su corazón rebosaban de música y comenzó a componer con ansia fervorosa. Antes de partir, había prometido a María tomar agua de gomagu-

ta regularmente y meterse en cama a las once de la noche. Cumplió estas dos promesas y luego, cuando ella le mandó pantuflas de abrigo y calcetines de lana, los usó según los deseos de ella. Halló agradable que ella le escribiera cartas llenas de afectuosas instrucciones para el cuidado de su salud.

Luego empezó a suceder algo raro. El correo era lento, hasta inseguro, pensaba Federico, pues las cartas de María no llegaban con la regularidad acostumbrada de antes, después del regreso de ella a Polonia. Su felicidad dió lugar a la preocupación. Cuando los mensajes de ella se convirtieron en notas agregadas a las cartas de sus hermanos, se dió cuenta que María le estaba esquivando. Al año el noviazgo había terminado y María se comprometía con el Conde Josef Skarbek, quien, según su padre, era el marido escogido por él.

Durante todo su pesar por esta desilusión, Federico tenía un fiel compañero en quien confiar: su piano. Cuando la miseria motivada por pensar que María le había abandonado porque era un músico pobre y enfermizo, llegó a ser casi insoportable, él volvía al fiel instrumento y sus teclas blancas y negras le daban una tregua a sus sufrimientos. Sus amigos parisienses, al observarle, meneaban la cabeza, afligiéndose por él, pues no sólo tenía aspecto de enfermo y abatido, sino de desolación completa, como si estuviera enteramente ajeno a lo material en su derredor.

Al ambular por las calles de París, tratando de hallar alivio a su desilusión y dolor, llamaba silenciosamente a su madre. Necesitaba ahora el confortamiento de su amor y lo anhelaba mucho más que la restauración del de María. Al lamentar la ausencia de su madre, se hacía continuamente dos preguntas que tenían una misma respuesta. ¿Por qué había dejado su hogar y su familia? Por la música y por una voluntad inquebrantable de lograr fama como compositor. ¿Por qué no volvía ahora a Polonia? La respuesta era la misma. El genio de la música dentro de él demandaba la compensación de la fama y así, aun cuando su corazón

suspiraba por amor, él no podía dejar de luchar para lograr renombre.

En cuanto a María Wodzinki, estaba llena de satisfacción en su nuevo amor. Al regocijarse de ello, dijo orgullosamente a sus amigos que había hecho bien en librarse de un músico pobre y tísico como Federico Chopin y hacer una conquista tan valiosa como el Conde Skarbek. En 1841 era ya la Condesa Josef Skarbek, un título que pronto se hizo pesada carga. Después de llevarlo durante siete años, su familia consiguió obtener para ella un decreto de divorcio desde el Vaticano. Su próxima boda, esta vez con el señor Orpiszewski, duró ocho años y terminó en la viudez. Murió ella en el año 1896, no existiendo constancia alguna que nos haga saber si su vida fué dichosa o no.



XIII

CHOPIN CONOCE A JORGE SAND

Una rolliza mujer de negros ojos penetrantes y cabello negro azulado que colgaba en rizos, estaba atendiendo un concierto en París con el doctor Pagello, cuando Franz Liszt llamó la atención de Federico Chopin hacia ella. Corría el año 1836 y Chopin había vivido ya en París durante cinco años sin haber conocido a mujer alguna de renombre.

"Ahí está Jorge Sand", exclamó Liszt en voz baja.

Chopin la observó detenidamente. De modo que ésta era Madam Aurore Dudevant, mejor conocida por su seudónimo de Jorge Sand. Su nariz era larga y de curva inquisitiva, como si anduviera husmeando noticias. Sus ojos le alarmaron, pues eran fríos y fogosos a la vez. Se parecían a pequeñas barrenas que podrían taladrar hasta los secretos más recónditos de una persona. Mientras la observaba, Chopin recordó algunas de las cosas que los críticos habían dicho y decían de sus libros. Afirmaban que sus escritos revela-

ban tener comprensión y que muchas cosas que ella escribió parecían extraídas de la propia experiencia. Chopin señaló su aprobación con un leve movimiento de cabeza. Su próximo pensamiento fué respecto a sus hijos, Mauricio y Solange. Se preguntaba si ellos disfrutarían la fama de su madre y si ella sería una madre buena y cariñosa con ellos.

"Algunos de los más grandes poetas de nuestro tiempo la han amado y la siguen amando", susurró Liszt.

"¡Ciertamente!", exclamó Federico.

"Musset la ama, y se ha dicho por alguien que Balzac también le ha ofrecido su corazón", dijo Liszt.

"No me agrada una mujer con ojos tan negros", se apresuró a contestar Chopin.

Poco después de esto, Federico fué a Londres y cuando volvió, Franz Liszt le presentó a Jorge Sand durante un concierto. La presentación había sido solicitada por la autora, quien al saludar a Chopin dijo: "He oído que usted me detesta de todo corazón."

"¿Cómo podría, si aún no la conozco?", dijo Federico riéndose. "Quizás cuando llegue a conocerla, tendré motivo para detestarla."

"¡Magnífico! ¡Magnífico! Es un buen principio de amistad", dijo Liszt.

Jorge Sand no tenía respuesta, por lo tanto comentó sosegadamente: "Me agrada su manera de hablar el francés. Su acento polaco da un giro pintoresco al idioma."

"Su manera de hablar alemán, con acento polaco, suena aún mejor que el francés", dijo Liszt. Estaba muy ansioso de hacer agradar mutuamente a los dos amigos.

"Al hablar, nosotros los polacos, invariablemente, revelamos nuestra nacionalidad", dijo Chopin seriamente, "y por ahora es el único modo en que podemos hacerlo, pues como nación estamos derrotados."

"Ah, sí, comprendo", contestó Jorge Sand, "recuerdo la insurrección. Sé que su patria está dividida entre sus enemigos. Corrió tanta sangre y a la larga el zar triunfó."

Mientras hablaba, se dió vuelta hacia Chopin para demostrarle que ardía simpatía en sus ojos para él y su patria, pero por el momento él no tenía deseos de su comprensión y simpatía. Sentía una aguda antipatía hacia la famosa autora y en vez de hablarle, se despidió, alejándose rápidamente. Por vez primera la famosa Jorge Sand dudó de su don de ganar amigos. La sonrisa que dirigió a Liszt era algo como la actitud de los labios al saborear una manzana agria.

"Creo firmemente que Chopin es el compositor de piano más grande que el mundo jamás haya conocido", dijo Liszt ahora, anheloso de cortar el silencio molesto que se produjo a la apresurada partida de Federico.

"¡Probablemente!", contestó la señorita Sand, lenta y dudosamente, "y también es quizás el infante más grande del mundo. Emana de él tanta arrogancia como olor a tabaco de mí."

Liszt se rió de buena gana; era un hecho bien conocido que Jorge Sand fumaba tanto tabaco como cuatro buenos fumadores juntos. Mientras salían de la sala de conciertos, él empezó a hablar del talento musical de Federico, mas, al observar el semblante ceñudo de su compañera, interrumpió su charla. Ella, la gran Jorge Sand se sentía realmente molesta por lo que parecía ser la insolencia de un joven compositor llamado Chopin.

"Indudablemente tendría una cita con la Condesa Delfina Potocki", comentó ella al llegar a la acera.

"Recuerdo ahora que él me había dicho que tenía que encontrarse con Osborne y Mendelssohn", dijo Liszt justificándole.

Jorge Sand se encogió de hombros, haciendo entender que no tenía paciencia para que Liszt siguiera explicando el motivo de la rudeza de su amigo.

"He oído muchísimo respecto a esta Delfina Potocki", dijo ella altaneramente, "lo mismo que de sus dos hermanas. Son las hijas de Komar, un polaco que era administra-

dor de bienes raíces del Conde Potocki. Poseían belleza y educación, pero carecían de dinero, por ende pactaron entre ellas conquistar maridos ricos y lo han conseguido como usted bien lo sabe, Liszt."

Liszt se rió y dejó que la autora continuara su narración. Era evidente que ella conocía muy bien la historia de la familia Komar. Si él hubiera hablado, habría musitado: "de modo que es así como la gran Jorge Sand busca material para sus novelas."

"María Komar se casó con el Príncipe de Beauvau-Croan. Natalia se convirtió en esposa del Marqués Médici-Spada y Delfina es la Condesa Potocki. Dos de las hermanas viven aquí en París magníficamente y su amigo Chopin les ha dedicado dos de sus composiciones. Supongo que él teme que ellas olviden el honor que les ha hecho, por lo tanto se ha apresurado a tocar para ellas su "Polonesa en La menor" y su "Vals Nº 1". Brillaba cólera en los ojos negros de Jorge Sand y Liszt frenó prudentemente su risa.

"Mi querida amiga, usted posee una notable memoria, tanto para extrañas historias de familia como para las composiciones de Federico Chopin", comentó él, mientras la seguía a una taberna que era el lugar de reunión de muchos artistas.

La intención de Jorge Sand era encontrar a Grzymala, un periodista amigo de Chopin y averiguar de él su paradero. Ella estaba convencida que lo que él diría confirmaría su conjetura. Así era Jorge Sand. Gustaba creer ella, y hacer creer a sus amigos que ella nunca erraba.



XIV

CONVERSACIÓN CON MICKIEWICZ

Preludios, mazurcas, polonesas, nocturnos, sonatas, valses, estudios, krakowiaks, a todos estos tipos de composición musical Chopin dió un nuevo significado, principalmente porque resumió en ellas las canciones folklóricas de su país natal y también las melodías de otros pueblos. Sin embargo, no puede decirse que alguno de éstos era su propio tipo individual de composición, pues desde tiempo inmemorial, los compositores los habían usado como base expresiva. Beethoven, Liszt, Schumann, Haydn, Strauss y Tschaikowsky serían unos pocos de ellos. Chopin dió vitalidad y contraste, individualidad perdurable a la mazurka y al krakowiak, pero a la balada musical dió la misma vida. Algunos escritores le han llamado con justeza el padre o maestro de este tipo de composición y han dicho que por medio de la balada iluminó al mundo.

Todo lo que la balada era en literatura, Chopin lo hizo en la música. Ella es simple y continua. Bulle de inquietud

traviesa y canta con alegría. Promete y da un relato, a veces extraño, a veces lleno de romanticismo y a veces elegante, caprichoso y grácil como hadas danzarinas en noches estivales. Al escuchar uno el compás de seis por cuatro o seis por ocho, vislumbra un niño escuchando atentamente un cuento maravilloso, desgranándose palabra por palabra de los labios de su madre, y a veces, muy frecuente en efecto, hay una cualidad de noble patriotismo en la música, pies en marcha, resolución valiente, devoción sin desmayos. También hay tristeza en la balada, tristeza y resignación, dolor lento e inabatido.

Cierto día Roberto Schumann y Federico Chopin conversaban sobre música, cuando Schumann preguntó: "¿Quiere decirme, por favor, cómo arribó a su composición de la balada original? ¿Era enteramente suya la idea o le vino como una idea de las composiciones de alguien?"

Sin titubear, Chopin contestó: "Me inspiré en los poemas de mi compatriota Adam Mickiewicz."

La historia de Mickiewicz es espléndida por sí sola y aquí gana belleza por estar asociada con la narración de Federico Chopin.

Pocos años después de la llegada de Chopin a París, Adam Mickiewicz halló refugio ahí. Había sido exilado de su tierra en 1824 debido a su participación en la rebelión estudiantil de Wilno, ordenándosele vivir en Rusia. Después de cinco años en ese país, llegó a París pasando por Alemania, Suiza e Italia, donde conoció y se hizo amigo del americano Fenimore Cooper. Una vez en París, se convirtió en el centro obligado de sus compatriotas exilados. Llegaban a él, considerado el poeta polaco más grande de la época y además un gran patriota, para discutir problemas individuales que confrontaban como exilados, hallando amplia oportunidad de debatir la discutida cuestión de la servilidad política y social de Polonia para con sus amos.

Frecuentemente participaban de estas reuniones, franceses, lituanos y rusos blancos, especialmente después que la poesía

más larga de Mickiewicz, *Pan Tadeusz*, que trataba de la vida de los polacos durante la invasión de Rusia por Napoleón, fué publicada, dejando establecida la fama del poeta en su país adoptivo.

No es necesario decir que Federico Chopin era muy bienvenido en casa de Mickiewicz en París y Sêvres y ambos hablaban de música y literatura y muy frecuentemente discutían el significado de la balada. Mickiewicz encontraba en ella un estilo expresivo vigoroso y animado, especialmente cuando deseaba hacer comprender su amor al hombre sencillo. Usaba la misma forma para expresar su respeto a los conductores espirituales de su patria y cuando quería describir el amor ardiente, cual llama en su corazón por los ideales que le inspiraban, empleaba la misma forma de balada. Mientras él y Federico Chopin, doce años menor que él, caminaban en los imponentes jardines de Luxenburgo o cabalgaban a Versailles y a Sêvres, hablaban de la balada y su poder. No era sorprendente que el joven señor Chopin, influído por su estimado amigo, comenzara a ensayar la balada como u modo de expresión para su arte propio.

Un día, cuando ambos caminaban, Mickiewicz dijo repentinamente: "Se me ha dicho que has encontrado inspiración en mi poesía, Federico, dime si es verdad eso".

"Sí, lo es", replicó Chopin entusiasmado. "No sólo sus modalidades sino también sus temas me han dado inspiración. Sus baladas me guían a una nueva forma musical".

Y Chopin enumeró las baladas que había estado estudiando en parte: "Switez", "Pobutka", "Switezianka" y "Co lubi". Con su típica franqueza agregó que todos los poemas de Mickiewicz sobre la vida de los pueblos de Polonia y Lituania habían sido un recurso de inspiración.

"He llamado a mis composiciones baladas musicales", dijo él, "y hasta les he dado el título de sus poemas".

El semblante de Mickiewicz brilló complacido. Era aquello un tributo que le encantaba.

"Usted es mi maestro de poesía", continuó Federico, "y ahora, muy pronto, pienso hacer una balada musical para su larga poesía "Konrad Wallenrod".

La alegría del semblante de Mickiewicz se reflejó en el de Chopin. Los dos amigos se sentaron de común acuerdo y sin hablar, sobre un banco del parque. Permanecieron allí largamente escuchando los pájaros y mirando las nubes ligeras y plomizas moverse lentamente y con gracia infinita por el cielo azul. No había necesidad de hablarse con palabras, pues sus pensamientos llevaban el mismo ritmo musical. Mientras permanecían sentados en el parque de Sêvres, cada cual considerando el genio creador del otro y el poder que cada cual debía interpretar de los ideales del hombre en el mundo, se olvidaron de la vergüenza y miseria y mediocridad que frecuentemente enloda lo bueno que hay dentro de la raza humana.

Fué Mickiewicz quien finalmente rasgó el silencio.

"Observa ese palacio allá sobre la loma", dijo señalando un antiguo palacio de piedras. "Bien, amigo mío, la Princesa Giedrojc vive en él. Tiene un piano de tono exquisito y le encantaría oírte tocar unas cuantas de tus baladas para nosotros".

Federico bostezó y se estiró. No tenía deseos de abandonar el confort del mullido césped del parque. "¿Cree usted que habrá una multitud de huéspedes?" preguntó. Era obvio que buscaba un pretexto para no ir.

"Solamente su hija y quizá Mauricio Mochnacki, cuya historia de la insurrección polaca tú conoces", contestó Mickiewicz.

Federico aun sentía desgano de abandonar la verde belleza del parque. "No tengo respeto para historiadores como Mochnacki", dijo fervientemente. "Siempre piensan sabiamente después de un suceso, pero ¿qué logran para la masa de la población? Nada".

Mickiewicz levantó sus manos en señal de protesta y dijo: "Creo que Mochnacki actualmente trabaja sobre un

programa político de mucha importancia y que varios franceses de renombre le están ayudando".

Esto colocó a Chopin sobre sus pies, mas no para irse al palacio. Se levantó para dar mayor énfasis a lo que tenía que decir, y mientras hablaba, caminaba describiendo un vaivén.

"¿Qué piensan hacer ahora?" inquirió. "Yo le diré: bañar a Polonia nuevamente en sangre. Los perros cosacos irrumpirán en nuestras aldeas matando al pueblo desarmado".

Se detuvo un momento y luego continuó: "Y cuando se acabe, Mochnacki u otro historiador como él, escribirá una historia y dirá que era una lucha valerosa y noble, pero que, por culpa de los nobles indiferentes y egoístas, nada pudo lograrse".

"No esta vez, Federico", dijo suavemente Mickiewicz. "Concuerdo contigo que nuestros nobles nos han mantenido en el servilismo, pero la historia no se repetirá. Verás, Mochnacki cree, como nosotros, que los campesinos tienen derechos. El está tan ansioso como nosotros de purgar nuestra patria del egoísmo de la nobleza".

Ahora Federico parecía haber olvidado la propuesta de ir al palacio de la Princesa Giedroyc. Todos sus pensamientos parecían estar sobre la vaga pero deseable perspectiva de una Polonia liberada.

"Sí, el pueblo común no recibe sus derechos", gritó entusiasmado "vendrá el día en que se apoderará de lo suyo y lo hará sobre los cadáveres de los nobles polacos, rusos, prusianos y austríacos."

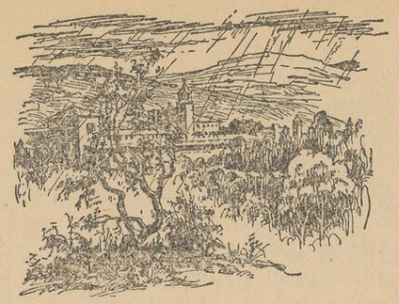
La historia registra que Adam Mickiewicz tenía los mismos puntos de vista política y social que Federico Chopin. Ambos estimaban en alto grado a los conductores de la Revolución Francesa y miraban a la Francia democrática para guiarles en la avecinante lucha por la libertad de Polonia. En esta época, Chopin esperaba que podría obtenerse la libertad sin derramamiento de sangre; en cambio,

Mickiewicsz, siendo más realista, sabía probablemente que la guerra y la miseria eran inevitables.

"Basta de política por ahora", dijo Mickiewicz con una risa gentil, poniéndose de pie. "Vámonos a ver a la princesa, ahora, y tú puedes tocar tus composiciones revolucionarias en su piano. La causa de "La Libertad del Pueblo" quizá gane nuevos simpatizantes como resultado de tu música".

Al acercarse a las puertas del palacio, Adam Mickiewicz, deteniéndose puso su mano sobre el hombro de su amigo: "¿No te enojas conmigo, mi querido amigo," dijo, "cuando afirmo que tu música habla mejor para la libertad de pueblos que tus labios? Haz música y tócala, y haciendo así harás tu parte noble para ganar la libertad de nuestro pueblo. Tu música frecuentemente ha sido mi inspiración tanto para mi poesía como para mis ensayos políticos".

Federico sonrió, pero no trató de replicar. Ciertamente, no lo podía haber hecho, por el momento, pues un tumulto de emoción se elevó en su corazón, imposibilitándolo. Pero la palabra no era necesaria, pues él y Mickiewicz sentían lo mismo y en sus corazones y mentes estaban cantando en completa armonía. Y con sus pensamientos y sus cantos estaban luchando, y lucharían, para la misma causa.



XV

INVIERNO EN MALLORCA

Por el año 1838, Jorge Sand, quien había sido extremadamente ofendida por la rudeza de Federico Chopin hacia ella, había conseguido ganar su amistad. Cuando su hijo se afectó de la misma enfermedad que Chopin, ella decidió llevar a ambos a la cálida y soleada Isla de Mallorca, en el Mar Mediterráneo y a unas cien millas al sur de Barcelona.

No le fué difícil persuadir a Federico a abandonar París, pues su vieja enemiga, la tuberculosis, le estaba atacando con renovado vigor. Además, él había llegado a depender de la autora francesa de gran fuerza intelectual para recibir consejo y confortamiento cuando la enfermedad y soledad le asaltaban. Jorge Sand estaba dotada de sabiduría y de cálida comprensión simpática para con sus semejantes y además tenía una despierta inteligencia y aguda lengua que frecuentemente resultaba en la ruina de sus enemigos.

Federico se encontró con Jorge Sand y su hijo, quien había estado pasando unos días en una pequeña aldea al pie de los Pirineos, en la ciudad de Perpignan, y desde allí, los tres fueron a Barcelona en el barco *Phénicien*. Desde la pintoresca ciudad española, se trasladaron en una pequeña nave, *El Mallorquín*, a Mallorca, una de las más hermosas de las Islas Baleares. Esta última parte de su viaje de mar se efectuó durante una noche oscura y calurosa y los turistas, asombrados por el brillo del mar fosforescente, se quedaron en cubierta para disfrutar su extraña belleza extraterrenal. Jorge Sand describió la noche y el timonel en uno de sus libros.

"Todos a bordo parecían estar dormidos, salvo el timonel, quien para evitar seguir el ejemplo de los demás, cantaba durante toda la noche. Su voz era dulce y suave, como si no deseara despertar a los hombres de guardia o quizá cantaba suavemente porque él mismo estaba medio dormido. Nunca nos cansamos de escucharle, porque su canto era muy extraño. Seguía un ritmo y modulaciones bastante diferentes a los nuestros y parecía dejar vagar su voz a su propio placentero gusto, como el humo de la chimenea, que flotaba en la brisa lejana. Era un desvarío más bien que un canto y una especie de serpentear negligente de la voz en el cual el pensamiento tenía parte muy reducida. Seguía al vaivén del barco y a la blanda marea de las ondas, simulando una vaga improvisación, no obstante estar aprisionado tanto en forma suave como monótona".

Mientras Federico Chopin escuchaba acostado esta canción, las memorias de su pasado volvieron a su mente y su corazón, siempre pronto a responder a los sonidos, se llenó con ansia dolorosa y profunda para el pueblo de su patria. El timonel cantaba y Chopin vió el espejismo de los bosques de Polonia y Ucrania en toda su majestad y belleza. Vió las anchas praderas y oyó cantar los paisanos.

El barco echó anclas en Palma, capital de Mallorca, y los tres buscadores de salud bajaron a tierra en busca de

alojamiento. No había acomodación en ningún hotel y tampoco habitaciones disponibles en casas particulares. Al fin un frutero de nombre Gómez, hizo una sugerencia excelente, según Federico.

"Hay un monasterio de los Frailes Cartujos en Valdemosa", dijo él, "y los buenos padres frecuentemente extienden su hospitalidad a los turistas y especialmente a los que se hallan enfermos".

Los tres se encaminaron a Valdemosa, encontrando el monasterio asentado sobre una loma dominando el mar. Palmeras, naranjos y limoneros lo rodeaban y las flores en todo su esplendor, producían una profusión de coloridos. Chopin se llenó de deleite y su satisfacción no disminuyó al ver la celda de severas paredes y sencillez impresionante que habría de ser su cuarto. Le agradaba la calma y la quietud. Cuando se sentó en la silla de respaldo erecto, sintió como si la limpia y sencilla habitación le soplara el secreto de la buena salud y le diera la fuerza para componer la música que anhelaba hallar expresión en él.

"Seré feliz aquí", musitó para sí mismo, convencido, "y trabajaré sin cansarme jamás".

Mientras miraban al futuro inmediato, Jorge Sand, su hijo y Federico Chopin veían solamente un pequeño hilillo del placer que anticipaban. Era la dificultad de procurar alimentos. Tendrían que traer su pan y carne desde la ciudad. De frutas y vino había abundancia en el monasterio. Dos niñas aldeanas, Nina y Catalina, convinieron en efectuar el traslado de alimentos desde la ciudad.

Y luego llegó la lluvia; empezó durante la noche, convirtiéndose pronto en torrente. Continuó por varios días y noches. Chopin viose obligado a quedar en el monasterio a medida que aumentaba la lluvia; el edificio se tornó opresivo, frío y húmedo. Con la lluvia también se agravó el problema de asegurar alimentos, pues los aldeanos, quienes tenían un marcado desagrado hacia todos los turistas y una

desconfianza acentuada hacia los parisienses, rehusaron venderles nada en absoluto.

Si algún nativo más ansioso por el dinero que sus vecinos condescendía en venderles una pequeña porción de pescado ahumado, les cobraba tal precio exhorbitante, que el comprador perdía su apetito.

La lluvia continuó y los aldeanos permanecieron inmóviles para con las dificultades de los turistas del monasterio. Probablemente a ellos más bien les divertía verlos sufrir, pues tenían un desagrado especial para todas las personas procedentes de París — ciudad de bárbaros, la llamaban. De esta suerte, Jorge Sand, su hijo y Federico Chopin vivieron dentro del monasterio y por desayuno, almuerzo y cena siempre tenían legumbres, frutas y vino; y lluvia, siempre lluvia.

Durante todos estos días míseros, Federico Chopin trabajó con fervorosa prisa, como si cada hora fuese su última sobre la tierra. Jorge Sand escribió un informe de ello en su libro *Un Hiver à Majorque*:

"... Le hallaba a las diez de la noche, sentado al piano, pálido, con la vista cansada y los pelos casi en punta. Generalmente, tardaba varios minutos para reconocerme. Luego hacía una tentativa de sonreír y tocar para mí las cosas sublimes que recién habían compuesto, o a veces las terribles ideas que se habían posesionado de él, como si fuera sin su conocimiento, durante estos momentos de soledad, melancolía y miedo. Fué aquí que escribió sus mejores páginas cortas que él modestamente llamó Preludios. Son obras maestras. Muchos de ellos traen ante los ojos de la mente visiones de monjes muertos y sonidos de cantos fúnebres... Otros son horas de luz, de sol y salud, entre risas infantiles, el sonar distante de la guitarra y el gorjeo de los pájaros entre las húmedas hojas o frente a pálidas rosas brotando por sobre la nieve. Otros son nuevamente monótonos y tristes y parten el corazón, aunque encantan el oído".

El poder musical de Federico Chopin aumentó en fuerza e intensidad, pero mientras aumentaba, su cuerpo se debilitaba más y más. Su pálido rostro habitual adquirió una tonalidad espectral y una profunda melancolía se anidó en su espíritu. Encadenó sus sentimientos y sus pensamientos tan fuertemente como las cadenas de un calabozo podrían aprisionar su cuerpo. Pasaron los días lúgubremente con lluvia persistente y finalmente Jorge Sand resolvió que ella debía rescatar sus compañeros enfermos del clima de Mallorca. El veintiséis de febrero de 1839 estaban de regreso en Francia, y ella escribió a su amiga, Madam Marliani: "Al fin, querida, henos aquí nuevamente en Francia. Otro mes y Federico Chopin y yo hubiéramos muerto en España, él de melancolía y disgusto y yo de rabia e indignación".

¡Nuevamente Francia, y nada más que recuerdos lamentables de unas vacaciones que habían prometido tanto! Pero, sí, mucho más, pues de la soledad y miseria de Mallorca surgieron los más exquisitos preludios de Chopin. Hoy la lluvia y el dolor se han ovidado y esos preludios viven en toda la belleza de sus tonos y de sus temas.



XVI

UNA VELADA EN CASA DE MADAM MARLIANI

Madam Marliani, a quien Jorge Sand escribió al regresar a Francia desde Mallorca, era una persona de importancia de la sociedad parisiense. Su casa espaciosa en Square d'Orleans número siete, era el lugar de reunión de muchos artistas, políticos y miembros de la aristocracia. Se reunían allí ostensiblemente para entretenerse y cambiar opiniones, pero la razón verdadera era la de alimentarse. La señora Marliani disponía de un competente cocinero y sus rosbifs y corderitos eran de los mejor servidos en París. Además, las bodegas de vino de la casa número siete estaban bien provistas y la dueña de casa generosamente mantenía llenas las copas de sus invitados.

Cierta noche, poco después de su regreso de Mallorca, Federico Chopin, acompañado de dos amigos polacos, Grzymala, el periodista y Fontana, fueron a cenar a casa de la señora Marliani. Jorge Sand estaba presente, ataviada con un vestido crinolinado de raso azul, con adornos de

encaje blanco. También estaba presente Franz Liszt, quien había traído consigo un alegre grupo de jóvenes parisienses, encantados de hallarse en una reunión de gente famosa. Había pomposos banqueros calvos, un pintor renombrado, por lo menos cinco escritores y un buen número de padres y madres de la nobleza, quienes habían traído sus hijas para que observaran y disfrutaran la brillante charla de las inteligencias más vivaces de la ciudad.

Federico Chopin raras veces estaba alegre al asistir a una reunión especial; habitualmente se hallaba en actitud lúgubre y de desdén propio, pero esta noche estaba rebosante de buen humor. Sus oscuros ojos chispeaban con algaraza y risa y sus saludos a la dueña de casa y los demás invitados eran alegres y amenos. Cuando la señora Marliani le pidió que "tocara" retratos de sus invitados, él aceptó congraciado y sin indicio de titubeo.

Chopin era famoso por esta forma de entretenimiento. Había ganado varios amigos por este medio, pero probablemente muchos más enemigos, pues al "tocar" un retrato, podía amontonar desdén y odio sobre una persona con más franqueza de lo que habría osado hacerlo con palabras habladas. He aquí como lo hacía: la persona cuyo retrato habría de "tocarse" se sentaba ante él, y mientras Federico escrutaba las características de su tema y la expresión de su semblante, tocaba una interpretación sobre el piano. Grandes narices, pies deformes, hermosos perfiles, delicados labios, facciones exquisitas, todos tenían sus notas y lo mismo sucedía con la bondad, la astucia, la simpatía, la paciencia y muchas otras características. A veces sus retratos eran humorísticos, a veces llenos de comprensión y simpatía, y habitualmente eran tan exactos, que su auditorio se maravillaba por su percepción. Algunos creían que era especialmente hábil en interpretar la tragedia en los rostros cansados y sufridos.

Esta noche, la condesa polaca Delfina Potocki, a quien él había dedicado varias composiciones, allegándose a él

solicitó: "Por favor, Federico, toque mi retrato". Varios invitados que oyeron el temblor de su voz, rezaron en silencio que el compositor la tratara con cariño, pues era evidente que ella estaba temerosa y no obstante, le era imposible resistir dirigirse a Chopin, por quien sentía gran admiración.

Durante unos segundos Federico la observó detenidamente. Su figura era delgada y su rostro poseía una delicadeza encantadora. Su vestido era rico y colgaba en lujosos pliegues sobre su crinolina. Después de un momento de vacilación, el músico tomó el suave chal de los hombros de ella, esparciéndolo sobre el teclado. Luego comenzó a tocar sobre las teclas cubiertas. La música era cortada y brusca, a veces suave, pero cada nota de suavidad era seguida por una veloz tempestad de ruido áspero. Mas tarde se interpretó que ello significaba el caer de perlas de gran valor dentro del mar embravecido. Estas notas de introducción fueron seguidas por el gorjeo de las aves y el mecer de los árboles. Los oyentes creyeron verlos en realidad y sus olfatos percibieron la fragancia de las flores del jardín. Luego llegaron profundos y graves tonos, pero tan sólo por un momento, pues fueron ahogados en risa, seguidos por el suave plum-plum del caer de perlas en el mar. Nuevamente gorjearon los pájaros, las flores brotaron otra vez. Así se "tocó" el retrato de la condesa y sus características fueron reunidas en una niebla de emoción, representadas por el frágil chal de casimir.

Era una triste venganza que Federico Chopin había tomado de la condesa Delfina. Él la había proclamado ante los amigos de ella y de él de ser una persona de poca sinceridad. Había dicho tan claramente como podrían las palabras que la consideraba incapaz de pensamientos serios, que, en su opinión, estaba malgastando la vida en busca de diversiones y que en una sola cosa era ella constante, en su incesante búsqueda de cambio y entretenimiento.

La Condesa Potocki se alejó del piano tristemente. Había leído correctamente la interpretación de Chopin, y en el momento por lo menos, estaba profundamente enfadada de que él hubiera puesto tan completamente en música su carácter insubstancial. El hecho de que él sintiera lástima porque ella malgastaba su vida en cosas superfluas la intranquilizaba.

Al apagarse las últimas notas del retrato de la Condesa, Chopin se detuvo para conversar en voz baja con su amigo Grzymala, quien le pidió que hiciera un bosquejo de una hermosa dama sentada en un remoto rincón de la sala y entretenida conversando con un adinerado banquero. "Véala", susurró Grzymala, "está sentada cerca de un jarrón veneciano y revela su gracia". Federico miró hacia ella y meneó su cabeza; no tenía deseo de hacer un retrato de esa mujer.

"Es María", dijo, "y ha conseguido de la vida todo lo que ella quiere, pues ahora es rica."

Buscó ansiosamente a Jorge Sand y cuando sus ojos la encontraron al fin conversando con Franz Liszt, le rogó que viniera a él. Ella, dejando a Liszt inmediatamente, se acercó al piano.

"Delfina le ama, Federico" dijo ella al estar a su lado "y creo que seguirá amándole durante toda su vida."

El único comentario de Chopin fué continuar tocando el retrato de la condesa. Haciendo así, quería significar a Jorge Sand que él estaba seguro que Delfina Potocki le olvidaría fácilmente.

"Quizás, quizás", convino la señorita Sand, recordándole luego la cantidad de composiciones que él había dedicado a la condesa.

"Usted la ha honrado en su música, Federico", dijo ella "y ha honrado a María Wodzinki, a la Condesa Alejandrina de Marvolles y a muchas otras. Pero si la Condesa d'Agoult ha tenido por lo menos doce estudios suyos, y la vieja princesa de Württemberg ha tenido muchas mazurcas, ¡ay! yo no he tenido ni una. Ningún nocturno, ni

mazurca, ni estudio. Ni siquiera un preludio. Dígame por qué, Federico. ¿Por qué falta mi nombre en su música?"

Chopin se libró de tener que contestar a esta impetuosa pregunta, pues ahora trajo a su fin el retrato de la Condesa Potocki y la sala se inundó de aplausos. Las luces del gran candelabro temblaron, apagándose algunas. Luego la dueña de casa acercándose a su lado, dijo con entusiasmo: "Ciertamente, soy afortunada en tener un gran maestro como mi huésped."

Jorge Sand no podría repetir su pregunta, pues el mayordomo anunció la cena y los invitados se formaron en procesión para ir al comedor. No era costumbre parisiense en esa época servir cenas aparatosas o desplegar alimentos en estilo extravagante sobre la mesa. Naturalmente, se usaban manteles de lino y platería, pero ambos eran sencillos y modestos. Habitualmente, la fruta y el vino eran muy buenos, pero las demás comidas eran sumamente sencillas. A pesar de ello, la cena duró tres horas.

"Quizá usted será suficientemente amable para tocar mi retrato ahora, señor Chopin", dijo la señora Marliani al levantarse ella y sus invitados de la mesa.

Chopin hizo una reverencia y sin hablar se dirigió directamente al piano. Su rostro habitualmente tan expresivo, llevaba una marcada similitud a piedra gris y sus negros ojos eran fríos cuando empezó a teclear ligeramente. Continuó este golpear de teclas al azar aproximadamente unos tres minutos, luego se levantó, se inclinó y se alejó del piano.

"Pero, caballero", dijo la señora Marliani, "¿es eso todo? ¿Es tan pequeño mi retrato?"

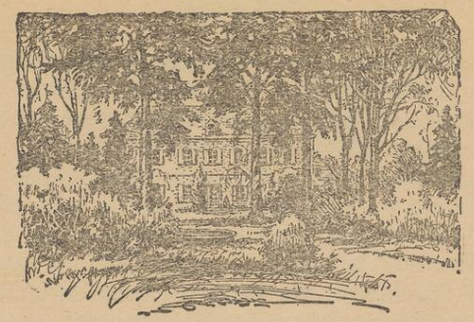
"Señora, ¡comí tan poco!", contestó él con profunda dignidad "de modo que le ruego no espere más de mí."

Una fisga recorrió el salón mientras Chopin y sus amigos se retiraban prudentemente. La anfitriona, estimaba Chopin, quería utilizarle como un recurso de entretenimiento para sus huéspedes, y eso lo resintió. Si ella había estado satisfecha con su actuación antes de la cena, quizá él

hubiera dejado el comedor con dignidad, pero el empeño de ella en hacerle volver al piano después de cenar le irritó.

"Quieren exprimir la última gota de música de mi corazón", protestaba frecuentemente a sus amigos, después de ser agasajado en una u otra casa de ricos.

En ocasiones como ésta era su costumbre desaparecer inadvertidamente, sin esperar a despedirse de sus anfitriones. Pero a pesar de todo su enojo momentáneo y su decisión de no volver nunca más a la casa de aquellos que le habían explotado para entretenimiento de sus invitados, corrientemente volvía, pues le era imposible albergar malos sentimientos, ni siquiera un leve resentimiento, por largos períodos de tiempo. A las pocas semanas o meses, a lo sumo, ya estaba dispuesto a verter nuevamente su música.



XVII

NOHANT

Salvo un año, Federico Chopin, durante un período de siete años, acompañó a Jorge Sand y a su hijo e hija a la casa veraniega de estos últimos en Nohant. Salían de París en mayo y regresaban en octubre. Esta agradable costumbre comenzó en 1839 y era una tregua afortunada para el compositor, pues con el pasar de los años su estado físico se tornó cada vez más delicado. Encontraba a París aburrido y extenuante. Las exigencias sociales para con él aumentaban en la misma proporción que su renombre, y eso le irritaba, pero no era tan desprovisto de sentido financiero como para no darse cuenta que había que satisfacer a muchas con cierto grado de gracia y afabilidad.

Pero una vez en Nohant, las responsabilidades de un músico famoso le dejaban libre y se ponía a trabajar con ganas de saborear la vida. Se levantaba a las siete de la mañana, lo mismo que en París, mas no para dar principio a una serie de tediosas lecciones. En Nohant se levantaba pa-

ra deleitarse leyendo y componiendo y estudiando la música de sus contemporáneos y de aquellos que en otros días habían tenido renombre como el que se estaba formando para él mismo. Había días en Nohant que dedicaba casi enteramente a escribir cartas. Desde su niñez había encontrado placer en esta simple manera de expresarse y asociarse con sus amigos y sus padres. Sus cartas de Nohant son, mayormente, de un estilo más optimista que las que escribió en cualquiera otra parte, excepto las escritas cuando era un muchacho y gozaba sus vacaciones.

El gusto del compositor en cuanto a literatura tenía una similitud bastante grande con su gusto musical. Gustaba de la música popular polaca y su lectura predilecta eran los poemas de los más grandes poetas polacos, Mickiewicz. Slowacki y Krasinski. Cuando leía francés, generalmente eran obras de Voltaire, por quien tenía gran estima. Exactamente qué temas de las obras de Voltaire le atraían no está registrado, pero probablemente era su poesía, pues Chopin, siempre hallaba inspiración en la poesía. Indudablemente, las agudas sátiras del autor francés le atraían también, pues él mismo se deleitaba con bosquejos satíricos y frecuentemente entretenía a sus amigos con ellos.

Cuando se sentaba a estudiar el trabajo de otros compositores, dedicaba mucho tiempo a las composiciones de Mozart. Desde su más tierna infancia había encontrado gran placer en las delicadas y rítmicas sinfonías del austríaco renombrado cuyo talento se había desarrollado de modo similar al suyo. Después de Mozart le encantaba Sebastián Bach, y pasaba horas estudiando la música majestuosa de este compositor del siglo XVIII. Para Beethoven, quien era casi su contemporáneo, no tenía más que un respeto distante. Se impresionaba por sus largas y muy vigorosas composiciones, pero no hallaba ni inspiración ni placer en ellas. A Weber también lo consideraba demasiado operético, aun melodramático, y cuando se mencionaba el nombre de Schumann, se esforzaba en ocultar sus sentimientos; su contemporáneo Schumann le hacía nervioso e incómodo y frecuentemente daba fin a una discusión respecto a su música encogiéndose de hombros. Para Schubert profesaba poca consideración y decía que su habilidad técnica era sobreestimada. La verdad de la cuestión era que Federico Chopin no gustaba la música operética y en una ocasión, por lo menos, explicó a un amigo porqué él no escribía una ópera.

"No me agrada la ópera", dijo él. "Para actuar, voy a un teatro; para música, voy a los conciertos. No sé que esperar cuando voy a la ópera."

Después de una pausa, agregó: "Reconozco que había un tiempo en que iba a ver muchísimas óperas, pero eso fué hace mucho tiempo. Entonces yo estaba ansioso de aprender, y al hacer tal, me convencí que la música operética no vale la pena. Es superflua."

No obstante, podían haber sido las óperas las que le habían despertado el deseo de actuar, o quizás el talento genuino que poseía para la actuación y la mímica. Es extraño, sin embargo, que él hallara desagradable tocar sus propias composiciones para un auditorio, y que se divirtiera haciendo personificaciones. Mientras vivía en Nohant, frecuentemente invitaría a los huéspedes afuera, al jardín, para ver y escuchar sus imitaciones de modales y el hablar de personas que conocían bien. Entre los huéspedes que frecuentemente aceptaban sus invitaciones y aplaudían sus personificaciones, figuraban el artista Delacroix, el autor Balzac y el compositor Liszt. Jorge Sand, su hija Solange, y su hijo Mauricio se hallaban allí corrientemente, y todos se reían a carcajadas mientras el compositor Chopin se transformaba en el actor Chopin.

Era su costumbre comenzar con personas a quienes tenía una amarga repugnancia. El zar de Rusia frecuentemente encabeza su lista, y luego venía el emperador de Austria seguido del rey de Prusia. Luego, en rápida sucesión, venían los políticos del día y los críticos pomposos que podían haber irritado a uno u otro de los huéspedes.

Personificaba a cada uno con sorprendente precisión y mientras su auditorio aplaudía pasaba al otro. Su repertorio era largo y variado y sus descripciones tan satíricas como exacta su mímica. Al completar sus monólogos, estaba dispuesto para una apetitosa cena. En efecto, sus amigos decían que actuar era el mejor aperitivo que él podía tener.

Los primeros fríos del otoño al mezclarse con la fresca fragancia del bálsamo, señalaban a Federico que debía abandonar la quietud de Nohant. Lo hacía de mala gana, pues en la apartada casa de Jorge Sand que parecía un castillo, tenía un ambiente grato para su actividad. No obstante, debía regresar a París, ¿pues de qué otro modo podía ganar dinero para gozar de otra vacación? Así, entonces, volvía triste y casi desalentado, pero resuelto a sobreponerse a su estado de ánimo.

Su elección del día de partida no se hacía en apuro o sin cuidadosa preparación. Semanas antes escribía cartas a su amigo Fontana, en París, pidiéndole localizar habitaciones para él. Quería un juego de dos habitaciones y una sala, y no una sala pequeña, sino una bien espaciosa, para asegurarse de que sus cuartos de habitación estaban bien separados de los de sus vecinos. Sus instrucciones a Fontana mencionaban el tipo de decorado que él deseaba. No quería cuartos adornados con empapelados floreados o de colores vivaces. Rojo obscuro y verde obscuro eran sus favoritos, y le gustaba matizar esos colores con angostas franjas plateadas o grises.

"Si hay otros papeles a tu gusto o más de moda", escribió a Fontana en cierta ocasión, "las tomaré, pero como sabes, prefiero lo simple y no pretencioso, pero elegante. No me agradan los colores llamativos."

El señor Fontana, quien era su amigo leal y admirador por muchos años, frecuentemente llevaba las instrucciones de Chopin a su sastre, como queda demostrado en muchas de sus cartas. He aquí un extracto de una de sus largas cartas: "Encárgale que me haga un par de pantalones grises. Puedes elegir un tono gris oscuro — algo bueno, sin rayas, liso y sencillo. Tú eres un inglés, por ende debes tener buena noción de lo que necesito para el invierno. Dautremont, el sastre, estará contento de que yo vuelva. También necesito un chaleco negro de terciopelo, pero con muy pocos diseños, nada llamativo, pero elegante y simple. Si él no tiene terciopelo del mejor, dile que haga el chaleco de seda buena. No le dejes cortarlo muy bajo."

Había instrucciones para el sombrerero, Duport, cuyo taller se hallaba en Rue de la Chaussée d'Autin. "El tiene mi medida y sabe lo que quiero", escribió Chopin a Fontana, "pero muéstrale una forma de tu elección. No le dejes ir demasiado al extremo."

El amor por las ropas finas que Federico reveló cuando niño, había perdurado a través de los años. Cuando tenía siete años, un cuello de encaje le había encantado; ahora la perspectiva de un ropero nuevamente surtido servía para disminuir su pesar de tener que abandonar Nohant.

Una vez localizadas las habitaciones, entregadas las ropas o a punto de ser entregadas, y contratado un criado, habitualmente a ochenta francos, Federico regresaba a París siendo recibido entusiastamente por el señor Fontana y el señor Grzymala. A veces otro amigo polaco, el señor Matuszynski, participaba en la recepción.

Lo primero que Chopin hacía generalmente al ubicarse en su nuevo hogar era ofrecer una cena en honor de su paciente y generoso amigo Fontana, quien había gastado su tiempo pródigamente al servicio del talentoso compositor. Esta cena no era un asunto planeado y despachado apuradamente. Su precio era trescientos francos y con su acompañamiento de música, narraciones y vino duraba fácilmente unas cinco horas. Invariablemente empezaban entonando canciones polacas y si el vino era bueno, y habitualmente lo era, esta cantata incluía muchos aires patrióticos y folklóricos. Chopin se dejaba persuadir fácilmente a brindar por sus últimas composiciones y con ella rendía tributo a sus

camaradas. Para Fontana había escrito dos nocturnos (Opus 37) mientras se hallaba en Nohant; para Grzymala, cuatro mazurcas (Opus 41); para Matuszynski, un vals en Do bemol mayor (Opus 42). Con la llegada de la comida, los huéspedes entraban en un alegre estado de reminiscencia. Con la sopa recordaban deliciosas comidas de su niñez y mientras progresaba paulatinamente la cena, había cuentos de banquetes escolares y refrigerios de días de festividad cuando hermanos, hermanas, tías y primos se reunían para las fiesta. Mucho antes que el postre hiciera su aparición, se embarcaban en tristes recuerdos de la Polonia subordinada a potencias extranjeras y se mezclaba mucha amargura en la seria resolución que tomaban de participar en la futura lucha libertadora de la patria.

Los chismes habituales de París contribuían en parte a divertirles; generalmente habían muchos cuentos que contar a Chopin quien había estado ausente durante cinco meses. Franz Liszt, afable y siempre popular, frecuentemente era el tema de muchas historietas, pues él se asociaba con la *élite* de la sociedad parisiense y estaba en demanda, no sólo por su arte, sino por sus excelentes modales, realzados por sus impecables trajes.

En esa época, París, de acuerdo con el poeta alemán Heine, estaba literalmente engolfado en música. Toda reunión social tenía su parte musical, por lo tanto él escribió en la *Augsburg Gazette*, describiendo humorística, si no apreciativamente, esta condición: "El hecho es que en París nos ahogamos en música. Apenas hay una casa en la cual uno pueda refugiarse, como en el arca de Noé, de este diluvio de sonidos. . . El arte de la música ha inundado nuestras vidas, cosa que encuentro inquietante." A esta descripción general, Heine agregó una nota con respecto a Liszt a quien habitualmente encontraba en medio de una muchedumbre de "mujeres histéricas". A ella agregó una graciosa observación: "Todos los demás pianistas son eclipsados por

él, con la sola excepción de Chopin, el Rafael del pianoforte."

El "Rafael del pianoforte" no se esforzaba en ser el rival de Liszt; aunque ocasionalmente tocaba el piano en público, dedicaba mucho de su tiempo y energía a la enseñanza mientras se encontraba en París. Comenzaba su día, dondequiera se hallare, a las siete horas, y si estaba en París, solía dar cuatro lecciones por día. En Nohant tenía tan sólo una alumna, Solange Dudevant, la hija de Jorge Sand, pero en París, programaba su día sobre una rutina horaria, cobrando veinte francos por hora de lección. A las cuatro de la tarde necesitaba descanso, lo cual solía tomar generalmente en la sala de Jorge Sand, donde permanecía varias horas, volviendo infaltablemente a trabajar con sus composiciones unas cuantas horas antes de salir para ir a cenar. Siendo las once de la noche, se hallaba tan fatigado que se complacía en regresar a casa para acostarse.

Raramente el hecho de irse a la cama equivalía a descansar y dormir, pues no bien se sentía cómodo, empezaba a sonar una melodía en sus oídos y volvía a ser tan persistente y apelante que tenía que levantarse a escribirla. A veces el mero registro sobre el papel no bastaba: la melodía se tornaba en su amo y demandaba ser tocada al piano. Día y noche, Federico Chopin era el constante servidor de su música.



XVIII

SOL

La noche de febrero 21 de 1842 era límpida y helada en París. El firmamento brillaba con las estrellas titilantes y el frío aire invernal llevaba muchos sonidos de dolor y alegría, pero aquellos que provenían de la Sala Pleyel resonaban de alegría, mezclados con el rumor ahogado de ruedas de carruajes y el constante batir de cascos de caballo. Esta noche tendría lugar un acontecimiento de mayor importancia artística en la espaciosa sala. El compositor Federico Chopin ofrecería un concierto. Todas las entradas se habían vendido de antemano. Los ciudadanos más renombrados de la capital francesa constituirían el auditorio. Artistas, críticos, hombres de estado y un puñado de gente humilde que se había permitido pagar el lujo de adquirir las entradas, esperaban reunidos en la antesala, discutiendo el concierto inmediato y su maestro. Habían chismes; lo que había dicho tal crítico de él en tal ocasión; qué había contestado el maestro Chopin a fulano en tal cena.

Los cuentos sobre Federico Chopin eran variados; algunos eran amargos; otros revelaban profundo afecto y otros eran cínicos y muchos otros aun criticaban su conducta; pero ninguno menospreciaba su talento. La palabra "genio" pasaba de boca en boca.

Chopin detestaba dar conciertos, en parte porque se fatigaba tanto por la continua ejecución, que era como restablecerse de una enfermedad para ganar fuerzas luego, y en parte porque raras veces estaba consciente de la reacción de su público. Su aprobación no le sostenía al fatigarse. La presencia misma del auditorio le ponía nervioso y enfermo. Pero esta noche era diferente. Desde el instante en que subió a la plataforma, pálido y asustado, sintió la admiración de los presentes. En efecto, era más que admiración lo que emanaba del auditorio al hombre que estaba sobre la plataforma; era un afecto profundo. Cuando él tocó su Preludio en Mi bemol, vió llegar las tempranas lágrimas a muchos ojos, y casi por primera vez en su vida se sintió unido a su auditorio. Vió las sonrisas de deleite cuando tocó Mazurca en Do bemol, Re mayor y Do menor. Al tocar su nueva balada titulada "Switezianka" se dió cuenta de la apreciación de sus oyentes, y de un oyente en particular, una pequeña muchacha de vivaces ojos y negros rizos. Estaba sentada con su madre en la primera fila y sus rosadas mejillas se ruborizaron casi a rojo cerezo ahora, pues estaba excitada y ansiosa por oír cada nota de la exquisita balada. Pues la balada era su predilecta; ella la amaba tanto que creía pertenecerle. La pequeña muchacha era Solange Dudevant y esta noche al escuchar la música tocada por su maestro, Chopin, su tierno corazón de adolescente se desbordaba de gozo y orgullo. ¡Cómo amaba a este querido amigo que era su instructor, amigo y confidente! El hecho de que Sol estuviera en el auditorio facilitó al maestro la tarea de tocar el piano, porque él tenía un profundo cariño por esta atractiva niña quien daba promesas de ser una mujer más inteligente y mejor que su madre. Desde el tiempo que él y

Jorge Sand se hicieron amigos, Chopin había disfrutado la amistad de la niña. Él le enseño música y la halló responsable y apreciativa. Jugaba con ella en Nohant y había escuchado las narraciones de sus penas y alegrías infantiles. Esta noche, que Solange firmemente creía ser la más importante de su vida, habían venido al concierto juntos y cuando el maestro la dejaba con su madre, la niña le había rogado que le diera seguridad de que volverían a casa juntos. "Sin Mamá y sin Mauricio, solamente nosotros", había insistido Solange a lo cual Chopin había consentido.

Después de la balada, cantó Madam Viardot, siendo seguida por el violoncelista Franchome. Luego reapareció Chopin en la plataforma para hacer escuchar un grupo de deliciosos nocturnos. De toda su música, el compositor probablemente prefería sus nocturnos. Sobre las alas de sus tonos hadescos podía transportarse en imaginación, de la aburrida realidad de la vida parisiense y estar nuevamente con su familia en el hogar de su niñez. Sin embargo, esta noche mientras tocaba sus nocturnos, no recordaba el feliz ambiente de su adolescencia. Vislumbraba el futuro y contemplaba a la niña Solange. Era ella tan querida a su corazón como si fuese su hija propia y deseaba que su vida abundara de felicidad — no la que proviene de los deseos satisfechos, sino la plena y duradera felicidad que emana al hacer buenas obras y lograr cosas valiosas. Mientras tocaba y observaba a la pequeña muchacha que le miraba atentamente, Chopin agradeció a Dios por la fe que ella tenía en él.

Después del concierto, Solange y Chopin subieron juntos al coche. "Ahora, entonces, Solange", dijo Chopin, "dime pronto qué travesuras piensas hacer". Sol tenía la costumbre de venir a él cuando estaba por incurrir en la ira de su madre.

"No es travesura esta vez", dijo la niña con un sollozo, "pero necesito muchísimo su ayuda. Si no la tengo, moriré. Sé que moriré".

"Vamos, vamos, no seas tan trágica", Chopin trató de reír pero las lágrimas que brillaban en las largas pestañas de Solange eran demasiadas patéticas para reírse.

"Bien, vea usted, quiero a un muchacho mucho, muchísimo", musitó Solange, "y no lo debo decir a Mamá. Si ella supiera, me reprendería. Hasta quizás me pegaría con un palo".

"¡Nunca!" exclamó Chopin. "Si podemos convencerla de que el muchacho es merecedor de tu amor, mi querida Sol, estoy seguro que ella no se enojará".

"¿Cree usted?". Sol miró a Chopin ansiosamente. "¿Cree entonces que al saber ella me dejará verlo cuando yo lo desee?"

"Confío en que sí," contestó Chopin, dándole las buenas noches con un beso, pues el coche se había arrimado a la acera de su casa de la calle Pigalle.

"Oh, le amo a usted tanto", suspiró Solange sintiéndose feliz. Toda su perplejidad se había desvanecido, pues ella sabía que el compositor, quien tenía el afecto de un padre para ella, le ayudaría.

Antes de muchos años, Solange se casó, y durante toda su villa guió varios movimientos de reforma política y social en Francia. La batalla que ella ayudó a emprender contra la pobreza, era una de las más nobles en la historia de ese país.

Sol vivió una vida larguísima y fructífera, y mientras tuvo vida rindió tributo al hombre que le había ayudado a resolver muchos problemas de su niñez. Aun cuando era una mujer anciana, recordaba la bondad y la sabiduría del hombre ojinegro que tenía un cuerpo frágil y un corazón noble. Era él Federico Chopin.



XIX

EL FIN DE UNA AMISTAD

En la vida de todos llega un tiempo en que la muerte se asoma como un monstruo voraz que no puede ser satisfecho. Se nos arrebata un amigo querido, luego otro y otro. Repentinamente, en el año 1844, la muerte llevó a varios amigos de Federico Chopin y la desolación que llenó su alma fué tan dura de sobrellevar como severa su enfermedad.

El primero en fallecer fué su padre; la muerte le llegó por medio de la enfermedad que amenazaba a toda la familia de Chopin — la tuberculosis. La próxima persona fué el doctor Matuszynski, quien había sido amigo de Federico desde los días que iban a la escuela en Varsovia. Habían varios otros fallecidos registrados en las frecuentes cartas de Polonia, tantos en efecto, que Federico comenzó a temer las cartas.

No obstante, si no llegaban con la regularidad acostumbrada, su aflicción aumentaba, pues con el pasar de los años y su imposibilidad de regresar a su familia, había llegado

a depender de las cartas de sus dos hermanas. Ambas se habían casado; Ludwika era ahora la señora de Jedrzejewicz e Isabel la señora de Barcinski, pero los nuevos intereses que se habían creado con el matrimonio, no les habían hecho olvidar de su hermano en París. Sus cartas estaban llenas de noticias de casa y chismes respecto a sus amigos. Ludwika era siempre la hermana mayor, mezclando amonestaciones y ternuras, de que Federico no debía trabajar demasiado duro; de que a la primera señal de resfrío debía irse a su cama; de que debía asegurarse no tener los pies húmedos; de que debía comer buenos alimentos y abundantemente. Las cartas de Ludwika estaban llenas de afecto. A veces le recordaban de los días de su niñez y se referían a alguna travesura o a cierta festividad que había deleitado a ambos. Sus cartas, aun cuando contuvieran noticias tristes, invariablemente traían un cálido ardor al pálido rostro de Federico. Era bueno saber que el amor de su hermana nunca vacilaba; era siempre el mismo amor, tal como su confianza en su talento, que nunca disminuyó sino que aumentó con los años y anticipándose a su progreso hacia la fama.

Además de sus dos hermanas leales, había otra persona en Varsovia que le amaba y rezaba por su bienestar. Era ella su madre que ansiaba su retorno a Polonia. Era ésa su esperanza, no obstante, se daba cuenta de que su delicado hijo probablemente no podría aguantar el viaje agotador. Indudablemente, estaba al tanto de que sus magros recursos no le permitirían un gasto tal, especialmente porque su ausencia significaría perder los alumnos durante ese período y probablemente por completo, pues algunos, por lo menos, irían a otros maestros.

De este modo pasaba el tiempo, a veces de manera lenta e indolente, como las aguas del río Sena, que fluyen lentamente al mar. Pero más frecuentemente, los días, semanas y años volaban con la prisa de un potrillo retozón galopando en una pradera. Y a veces Federico reflexionaba que

el tiempo no tenía más finalidad que el retozar del potrillo. Traía placer, traía dolor, traía contratiempos; amistad; bondad; desilusión. ¡Qué mezcla era la vida!

En este año de 1844, una de las más preciadas amistades de Federico Chopin comenzó a morir. Él y Jorge Sand habían sido buenos amigos durante muchos años, pero ahora empezaban a volar palabras ásperas entre ellos. El primer malentendimiento surgió respecto a Solange, hija de Jorge Sand. La muchacha, que recién se convertía en una adolescente, estaba consagrada al señor Chopin. Él era su maestro de música y un amigo que sabía comprender los pensamientos y ambiciones que crecían en ella. Cuando ella quería consejo, se dirigía a Federico Chopin más bien que a su madre y nunca a su hermano Mauricio. Esto irritaba tanto a Jorge Sand como a su hijo y una escena violenta seguía a la otra. En menos de dos años después de comenzadas las desaveniencias, la amistad quedó completamente destrozada, tan completamente, que los participantes y sus amigos se dieron cuenta que se estaba más allá de una posible reconciliación.

Jorge Sand era una criatura tempestuosa que saboreaba singular deleite en vengarse de aquellos que habían incurrido en su cólera. En 1846, su "venganza" sobre Federico Chopin, en forma de una serie intitulada *Lucrezia Floriani*, comenzó a aparecer en el *Courrier Français*. La novela parecía tratarse de una actriz, Lucrecia, y un tal Príncipe Carol, pero casi todos sus lectores sabían que la verdadera Lucrecia era Jorge Sand y el verdadero Príncipe Carol, Federico Chopin.

"Ella no quiso tu amistad", dijéronle los amigos de Chopin. "Todo lo que quería era material para una novela. Tú lo deberías saber, pues ella ha usado muchas otras amistades para esa misma finalidad".

Chopin prudentemente guardaba silencio. Ni siquiera cuando el hijo de Jorge Sand burlonamente le preguntaba: "Bien, Maestro, ¿ha leído hoy la porción correspondiente

a la serie de Mamá? Dígame señor, ¿está correctamente registrada? ¿Sucedió como ella dice?", se dignaba él contestarle, pero mientras mantenía este silencio resueltamente, crecía cada vez más la amargura de su corazón

"Necesitó diez años de mi amistad", decía a sí mismo, "para reunir material para una novela".

Posteriormente hizo esta observación a un amigo simpatizante y agregó. "Es un fraude esta mujer. Está dispuesta a vender amistad a cambio de francos".

Luego que Solange Dudevant se hubo casado con el escultor Clesinger, Federico Chopin se retiró del círculo de amigos en el cual él y Jorge Sand habían entrado. Dióse enteramente a su música. Pasó horas fatigosas al piano, y quienes le habían oído tocar dijeron luego que esa música era la más trágica que jamás habían escuchado. Quizá el compositor se dió cuenta de que la historia registrada en la música de este período era demasiado triste y personal para ser publicada. Además, él podía haberla tocado sin ninguna otra finalidad que la de darse tregua a la miseria que recargaba su alma y mente, y por ende ni siquiera la haya escrito. Es probablemente verídica la última suposición, pues, después de su muerte, no se pudo hallar vestigios de composición hecha en esa época.

La música que escribió durante los dos años en que su amistad con Jorge Sand fluctuaba entre continuarse y derrumbarse, fué bellísima y las selecciones son de tal importancia que deberían ser mencionadas aquí: Tres Mazurcas (Opus 59); Barcarola (Opus 60); Polonesa en Fantasía (Opus 61); Dos Nocturnos (Opus 62); Tres Mazurcas (Opus 63); Tres Valses (Opus 64); Sonata para Piano y Violoncelo (Opus 65).

Después del año 1846, la música de Chopin permaneció en silencio. El hombre mismo se tornó en un recluso. Algunos de sus más devotos amigos, sabiendo que su salud se empeoraba a grandes pasos, se aproximaron a él aconsejándole solícitamente y ofreciéndole generosas ofertas de

ayuda, pero él no les hacía caso. A todos les trataba por igual — les despachaba bruscamente con una cortante observación: "No es necesario continuar discutiendo". Durante días, aún semanas, permanecía en sus habitaciones, y cuando ocasionalmente le era imprescindible dejar los sombríos cuartos, caminaba con paso tan lento y su semblante era tan nublado de dolor y amargura, que los pocos amigos que le quedaban susurraron: "Unicamente un milagro le puede salvar ahora. Se ha vuelto indiferente a todo, hasta a la música".



XX

EL ÚLTIMO CONCIERTO DE PARÍS

El mes de febrero del año 1848 era como una rata parisiense — sucio, húmedo, frío y pesado, con olores desagradables de un invierno desprovisto de sol, y abundante en vientos, lluvias torrenciales y neblinas espesas. La enfermedad se extendió con la velocidad devastadora de una epidemia y un escalofrío penetró la mente y el corazón del pueblo. No había luz de sol ni alegría en el semblante de la gente. Sus ojos relampagueaban de descontento y temor, hasta de odio, y cuando se reunían en restaurantes y tabernas, hablaban en voz baja, mirando cuidadosa y temerosamente en su derredor. Nadie sabía en quién podía confiar, pero mientras aun crecía la desconfianza, la protesta del pueblo se hacía más clamorosa. De pronto comenzaron a hablar temerariamente contra el gobierno despótico de Francia. Decían que el pueblo estaba muriendo de hambre, que la miseria y la pestilencia se propagaban por todo el país y que los valientes morían en las cárceles. Las demandas de

reforma se hicieron cada vez más fuertes. Los que habían comenzado hablando en susurros, ahora se organizaron y declaraban con firmeza sus demandas de reforma. Libertad, Fraternidad e Igualdad eran las palabras más frecuentes en sus labios, y eso era cierto, no sólo en París y en toda Francia, sino en toda Europa. En Viena, Berlín, Moscú, Varsovia y Roma — en casi todas las capitales del continente, fermentábase el descontento y podía preverse una primavera sangrienta. La historia bautizó esa primavera con el nombre de "La Primavera del Pueblo".

Federico Chopin se hallaba muy enfermo durante los monótonos meses de este invierno. Su rostro siempre delgado y lastimoso, se empeoró aún más y la palidez que en un tiempo había sido más bien fascinante, ahora se tornó estremecedora. Al toser su boca se llenaba de sangre. Cuando trataba de caminar, sus piernas hinchadas casi se doblegaban debajo de él. Se le hizo imposible, sin ayuda de otro, subir y bajar las escaleras que conducían de su departamento a la calle, por lo tanto, le ayudaban los criados. Una vez llegado a la calle, tenía que arrastrarse a un banco para descansar, y así avanzaba lentamente — caminando unos pasos, luego descansando — pero nunca aceptó el consejo de su hermana Ludwika, pues estaba convencido que si guardaba cama, pronto no la podría abandonar más.

Estaba en esta triste condición de salud cuando llegaron noticias de Varsovia que se aproximaba la rebelión en Polonia. Uno a uno sus amigos polacos vinieron a decirle adiós. Estaban a punto de salir de París y regresar a la tierra natal para participar en los levantamientos que se gestaban para la primavera.

Al desearles buen viaje, se mezclaron gozo y pena en el corazón de Federico. Estaba impaciente por su resultado, pero le dolía no poder acompañar a sus amigos a Polonia. Hubo días en que se resolvía ir. En su imaginación se veía a sí mismo allá, compartiendo de la victoria que esperaba sería lograda. Estos días de optimismo eran luego seguidos

de la convicción de que él sería inútil en semejante lucha. Su frágil cuerpo temblaba al viento. "No soy más que una caña hueca", decía lamentándose. "No tengo fuerza, no tengo poder".

Como si la enfermedad no fuese carga suficiente, comenzaron a confrontarle problemas financieros con regularidad persistente. Debía tener cien francos al mes para costearse los gastos, pero cada mes recibía menos de sus requerimientos. Sus deudas se amontonaron y lo mismo sucedió con las demandas de sus acreedores. La necesidad de dinero llegó a ser tan imperativa que, a pesar de estar demasiado débil para pedalear un piano, convino en ofrecer un concierto. Se fijó la fecha para febrero diez y seis y el lugar elegido fué la Sala Pleyel, donde había ofrecido un concierto en 1844.

Aun cuando la rebelión en París estaba en fermentación, la noticia de que Federico Chopin saldría fuera de su reclusión para ofrecer un concierto, despertó gran interés y una rápida demanda de entradas. Sus precios eran elevados — veinticinco francos — pero eso no detuvo al público. En pocos días cada asiento estaba vendido y cuando el famoso compositor se presentó ante su auditorio, no pudo ver un solo asiento desocupado. Éste era el último concierto de Chopin en París y se han guardado muchas descripciones vívidas en libros y diarios. Una de las más bellas apareció cuatro días después del acontecimiento en la *Gaceta Musical;* parte de ella se transcribe a continuación:

"Además de la aristocracia de mujeres elegantísimas, estaba presente también la aristocracia de artistas y aficionados ansiosos de contemplar a este silfo en vuelo... El silfo cumplió su palabra ¡y con qué éxito! ¡Con qué entusiasmo! Es más fácil describir las ovaciones que él recibió y el éxtasis que causó en el corazón de sus oyentes que describir, analizar y pintar el misterio de su música y de su presentación. No tienen paralelo en nuestro globo terráqueo..."

Mientras descansaba finalizado el concierto, pues estaba demasiado agotado, tanto para aceptar alguna de las invitaciones que se le habían hecho para cenar, como para ir a su casa inmediatamente, abrió sus ojos y vió a Jorge Sand inclinada sobre él. El semblante de ella relucía entre sonrisas y sus negros ojos ardían de gozo. Habló rápidamente con frases extravagantes. Se disculpó por su deslealtad y rogó ser perdonada. Chopin puede o no haberla oído, pues no dió señales de ello. Levantándose del diván, caminó fuera de la habitación.

Afuera esperaba una muchedumbre de público entusiasta para ovacionarle. No era el público del auditorio, pues ellos se habían despedido de él en la antesala, sino aquél que no pudo obtener entradas. Algunos de ellos, eran desafortunadamente, demasiado pobres para desembolsar tal precio, pero todos, ricos y pobres por igual, estaban ansiosos de rendir tributo a este gran hombre. La noticia del quebranto de salud de Chopin era conocida por todo París y la gente se daba cuenta que éste sería el último privilegio de ver al hombre cuya música les había deleitado y cuya fama se había extendido por toda Europa. Naturalmente habían algunos en la muchedumbre que habían venido por los chismes que habían oído, pero la curiosidad ociosa no había traído a muchos, como quedaba demostrado en sus semblantes mientras le observaban bajar la escalinata del salón y entrar en su coche. Le siguieron murmullos de respeto y afecto y unas cuantas sonoras exclamaciones de aprobación. Sin embargo, éstas no eran ruidosas, pues el público permanecía ante él lleno de respeto y reverencia.



XXI

LONDRES

Entre los amigos que Federico Chopin se hizo en París, figuraba una muchacha escocesa de nombre Juana Guillermina Stirling. Era adinerada y mientras vivió en París tomó muchas lecciones de música del compositor polaco, con el resultado de que se hizo muy devota de él. Luego de su concierto de febrero de 1848, ella renovó su invitación de visitarla en su país nativo. Cuando vió cuán enfermo estaba y con cuánta urgencia necesitaba dinero, le convenció que abandonara París y se marchara a Londres. Ella prometió que en Londres, él recibiría hospitalidad y ella misma contribuiría para organizar conciertos para él. Así, pues, vislumbrando enormes rollos bancarios ante él, Chopin dejó París marchándose a Londres. Éste no habría de ser un viaje a prisa como el que había efectuado años atrás, sino uno largo y planeado, y si el clima no le resultara demasiado hostil, pensaba ir de jira.

"Luego volveré a París o quizás a Varsovia y viviré tranquilamente", decía para sí mismo mientras atravesaba el estrecho de Dover.

Su primer departamento en Londres fué en Cavendish Square, pero a pesar de toda la atmósfera aristocrática de

esta plaza espaciosa, el compositor no halló confort en las grandes y frías habitaciones. Así, pues, después de tiritar varios días, se mudó a la calle Welbeck y alquiló un departamento por el cual pagó cuatro guineas al mes. Pero la calle Welbeck resultó un desengaño tanto como Cavendish Square y no comenzó a adaptarse al ambiente inglés hasta que se trasladó a la calle Dover, donde alquiló un departamento por ochenta libras. Una vez ubicado definitivamente, mandó las cartas de introducción que se le había dado por amigos de París y escribió a sus conocidos de París.

Desde su niñez, Chopin había dedicado mucho tiempo a escribir cartas. Frecuentemente se quejaba de que escribir cartas era una ocupación tediosa y que la detestaba de todo corazón. Sin embargo, escribía largas cartas, cuidando de expresarse clara y sinceramente. Si ya no tenía paciencia con su salud, así lo expresaba. Si había hallado irritantes e irresponsable a sus alumnos, describía sus fracasos en términos llanos y lisos. Después de su llegada a Edimburgo en agosto de 1848, escribió una carta a su familia en Varsovia y debido a que ella da una descripción precisa y sincera de Inglaterra que él vió, se la transcribe a continuación:

"Queridísimos míos:

Gracias por vuestra amable carta que me llegó aquí desde Londres, donde pasé tres meses, bastante satisfactoriamente. Di allí dos conciertos matinales, uno en casa de la señora de Sartoris y el otro en lo de lord Falmouth. Ambos tuvieron éxito pero de ningún modo fueron aparatosos.

"La señora de Sartoris, cuyo nombre de soltera es Fanny Kemble, es hija menor de un renombrado actor inglés y ella misma es una excelente cantatriz. Estuvo en las tablas únicamente dos años, casándose luego con el señor Sartoris, hombre adinerado y mundano. Alterna ella con la sociedad más aristocrática de Londres, va por doquier y es visitada por todos. La conocí en París.

"Lord Falmouth es un patrocinante de la música y algo de músico aficionado; es rico y muy gran señor. Me dió su mansión en la plaza St. James Square para un concierto y ha sido de lo más amable. En la calle parece tan pobre que uno le ofrecería tres peniques, pero en su hogar tiene un enjambre de sirvientes y se viste mucho mejor. Conocí su sobrina en París, pero a él mismo le conocí por primera vez en un concierto de Londres.

"Mario cantó para mí tres veces en un concierto y yo toqué cuatro veces. En el otro concierto Viardot cantó tres veces y yo toqué cuatro veces Tales conciertos, breves y concisos, son novedosos aquí para ellos, pero les agradó mucho. Están acostumbrados a largos conciertos de veinte números y pomposos anuncios.

"Les envío varias notas del *The Athenaeum*, un diario muy respetado por artistas. No tengo otras, pues para qué las quieren — ¡simplemente alguien diciendo que eran buenos! Consigan a Antek para que les traduzca.

"Limité la concurrencia a docientas personas en lo de Lord Falmouth y a docientas cincuenta en lo de la señora de Sartoris. A una guinea la entrada, deducidos los gastos, me quedaron trecientas guineas. Londres es terriblemente costoso durante la temporada. Sólo mi alojamiento, sin nada adicional, me costó ochenta libras. Es verdad que tenía una sala espaciosa y alta en la cual había tres pianos; uno fué mandado por Pleyel, otro llegó de Erard y el tercero fué colocado allí por Broadwood. Mi alojamiento tenía una gran escalinata excelente y una entrada magnifica. Además, la calle Dover está próxima a Piccadiily — de ahí las ochenta libras. Coches, criados, — todo se extremadamente caro — de modo que si no hubiera dado varias lecciones en casa de mis alumnos a una guinea cada uno y varias lecciones por día, no sé qué me hubiera sucedido.

"No recuerdo si les escribí desde Londres respecto a las varias grandes veladas poco después de mi arribo. La Duquesa de Sutherland contó con la reina para la cena y a la

noche hubo unas ochenta personas de la más exclusiva sociedad londinense. Además, el Príncipe de Prusia, que estaba por salir de Londres, y la familia real. Unicamente habín personajes tales como el viejo Wellington, etc. (es difícil hallar su equivalente). La duquesa me presentó a la reina, quien graciosamente me habló dos veces. El Príncipe Alberto vino hasta dos veces al piano. Todos me dijeron que ambas cosas eran extraordinarias. Los italianos que cantaron en esta ocasión eran Mario, Lablache y Tamborini. No cantó cantatriz alguna.

"Desearía describir la residencia de la Duquesa de Sutherland, pero no puedo. Los que la conocen dicen que la reina de Inglaterra no posee una casa semejante. Todos los palacios reales son antiguos; espléndidos pero ni tan hermosos ni tan elegantes como Stafford House (el palacio del Duque de Sutherland) . . .

"Después de esa velada en lo de la Duquesa de Sutherland, se me dijo que debiera tocar en el palacio de la reina, pero no lo hice, no sé por qué, probablemente debido a que no solicité ese privilegio. Aquí uno debe solicitarlo todo ¡hay tal congestión de cosas! No sólo dejé de solicitar, sino que ni siquiera hablé al maestro de música de la corte, cuyo deber es organizar los conciertos para la reina. Este mismo hombre también conduce el Conservatorio de la Sociedad Filarmónica de París. La Sociedad Filarmónica me invitó a tocar para ellos — un gran favor, o más bien, honor. Todo el que llega aquí trata de obtenerlo, y este año, ni Kalkbrenner ni Hallé tocaron a pesar de mucho esfuerzo. Yo rehusé una vez por estar enfermo, o así les contesté, pero el motivo verdadero era porque tendría que tocar uno de mis conciertos con la orquesta, y estos caballeros permiten sólo un ensayo y eso en público, cuya asistencia es permitida con entradas gratuitas. . . De modo que les presenté mis excusas. Un diario se ofendió por ello, pero eso no trae ninguna consecuencia. Después de mis conciertos matinales, muchos diarios lo comentaban favorablemente, excepto *The*

Times, en el cual escribe un tal señor Davison (un pobre admirador de Mendelssohn); se ve que no me conoce y se imagina, así lo he oído, que soy un rival de Mendelssohn.

"Pero volvamos al mundo de Londres. Mi precio por una velada era de veinte libras, pero tuve solamente tres de ellas. La segunda se hizo en casa de la Marquesa de Douglas, quien es la hija de la Duquesa de Hamilton, a quien conocí mucho antes en París. La joven marquesa es una princesa de Baden. Ella me presentó a la Duquesa de Cambridge, tía de la reina, quien me habló abundantemente dondequiera la encontré posteriormente, y a la Princesa de Weimar. El Duque de Hesse también se encontraba presente y la *élite* de las damas londinenses — Lady Jocelyn, una de las beldades famosas; Lady Lincoln, una de las hermanas del marqués de Douglas; la joven Lady Granville; Lady Cadogan, mi ex alumna. . . y algunos diplomáticos entre los cuales hay varios alemanes.

"Mi tercera aparición paga, o más bien, la primera bien organizada, tuvo lugar en lo de Lady Gainsborough. Anteriormente ella había sido dama de honor de la reina y ahora ha reunido a la crema del mundo aristocrático que la rodea. . . ¡Porque debiera yo enumerar todos estos nombres! He llegado a conocer a muchos del gran mundo. . . Entre los literatos, me encontré con Carlyle, Rogers, un viejo y muy famoso poeta y amigo honrado de Byron, con Dickens, Hogarth (quien era amigo íntimo de Walter Scott), etc., etc. y quien escribió un excelente artículo sobre mi segundo concierto en el *Daily News*. Entre las notabilidades, figuraba Lady Byron, con quien estoy en términos muy cordiales. Conversamos como el ganso con el lechón; ella en inglés, y yo en francés.

"No puedo dejar de mencionar a Lady Augusta Bruce, hija de Lady Elgin y dama de honor de la madre de la reina, la Duquesa de Kent. Es muy bondadosa, amigable y buena; es una vieja conocida de París. Es difícil enumerar a todas, pero debo recordar a la señora de Grote, a quien conocí en

muy culta y admiradora entusiasta de Jenny Lind. Nos conoció al mismo tiempo y nos invitó solitos los dos; no dejamos el piano desde las nueve hasta la una de la madrugada. . .

"La reina ha regresado a la ciudad luego de ciertas demostraciones hostiles contra ella; asistió a una ópera para su primera aparición en público. La ocasión elegida fué con el debut de Jenny Lind, quien también acababa de llegar, de modo que había una enorme demanda por localidades. La última noche se vendieron plateas a tres guineas. Yo no estaba enterado de ello, pues había llegado recién; el mismo día alguien me dijo que si yo conocía a la señora de Grote, ella me podría ayudar. La fuí a ver y ella en seguida me invitó a su palco. La representación fué magnífica; la reina recibió más aplausos que Jenny Lind; cantaron "Dios Salve a la Reina" estando el auditorio, Wellington y las notabilidades de pie. Era un espectáculo imponente — ese verdadero respeto y reverencia para el trono y por la ley y el orden; no podían contener su entusiasmo.

". . . ¡La señorita Lind vino a mi concierto!!! lo cual significa mucho para los tontos. Ella no puede aparecer en un lugar sin que la gente dirija sus largavistas hacia ella. Pero jamás canta en otra parte que en la ópera, ni siquiera en funciones. Ella hubiera cantado para mí, dijo la señora de Grote, pero yo ni siquiera soñé en pedírselo, no obstante ser ella una chica amable y hallándonos en excelentes términos. No es parecida a las otras. Uno puede llamarla el rayo de sol escandinavo; es una naturaleza totalmente distinta de las del sur, como la de Paulina Viardot. No es hermosa, pero de aspecto agradable en la intimidad; en el escenario no me p'ace, pero en *Sonámbula*, desde la mitad del segundo acto, está perfectamente hermosa en todos los aspectos como actriz y cantante. Se dice que se casará con el hermano de la señora de Grote, pero sé por cierto que no es verdad. Algunos dicen que ella está casada en secreto, pero su novio la espera en

Suecia. La señora de Grote es una mujer muy bondadosa, aunque excéntrica y bastante radical. Recibe una gran cantidad de visitas: duques, lores y escolásticos, en una palabra, las celebridades del gran mundo. Habla con voz grave y no envuelve la verdad en paños tibios. No obstante, tiene un corazón noble y me ha dado pruebas de ello: me invitó a visitarla al campo juntamente con la señorita Lind y la señora de Sartoris; pero yo no podía aceptar. Otra persona que me place mucho es la señora de Sartoris (Fanny Kemble). Ya me conocía desde mucho antes y en las recepciones de la sociedad londinense nunca me pidió tocar si veía que ello no me agradaba. Ella misma canta bien y tiene una voz preciosa. Tiene también dos niños, hermosos como ángeles. En un tiempo fué bellísima, pero ahora se ha vuelto muy obesa, de modo que únicamente queda la cabeza, como un camafeo. Me siento como en casa con ella; es natural; conoce mis debilidades por conducto de mis amigos comunes, Dessauer y Liszt. Hablando con ella frecuentemente, he sentido como si estuviera con alguien que me conociera a fondo, pero todo lo que ella sabía de mí es durante mi permanencia de Thun en Tetschen, donde ella también vivió algunas horas felices. Me dice que a veces hablan de nuestra estadía allá.

"Esto es suficiente respecto a Londres. No mencionaré otras personas, pero entre otras hallé a algunos viejos conocidos que han sido amables conmigo.

"Cuando partí de Londres hace diez años, me encontré en el tren de Edimburgo, con un caballero que se presentó a sí mismo como procedente de Broadwood, y que también me conocía (me había visto en lo de Lipinski en Frankfort en 1836); tiene su negocio de música en Edimburgo y Glasgow. Broadwood también arregló de modo que mi Daniel (que es mejor persona que muchos gentiles y más bien parecido que muchos ingleses) viajara en el mismo vagón e hicimos las cuatrocientas siete millas inglesas desde Londres a Edimburgo, pasando por Birmingham y Car-

lisle, en doce horas por tren expreso (la clase de tren que tiene menos paradas). Me detuve en Edimburgo, donde se había contratado un alojamiento para mí en el mejor hotel (el de Douglas) por un día y medio, para descansar. Me paseé por esta exquisita ciudad, de la cual remito unas pobres vistas sobre este papel (no pude conseguir mejores).

"Los que constantemente tienen cosas hermosas ante sus narices, admiran lo menos bello, lo inacostumbrado, por estar habituado a ellas.

"Me encontré con algunos amigos de mis amigos, muy corteses, quienes me llevaron en sus coches a ver la ciudad. (Todos van a Escocia ahora por la inauguración de la temporada de caza). Luego de un descanso en Edimburgo, donde al pasar por una casa de música, escuché a un ciego tocar una de mis mazurcas, subí a un coche guarnecido al estilo inglés, con un caballo que había mandado Lord Torpichen, y vine aquí, a doce millas de Edimburgo. Lord Torpichen tiene setenta años y es cuñado de la señora de Erskine y la señorita Stirling, mis excelentes amigas escocesas, a quienes he conocido largo tiempo en París y que se molestan tanto por mí. Las visité constantemente en Londres y no pude rehusar venir aquí, especialmente en vista de que no tenía nada que hacer en Londres y porque necesitaba descanso... El lugar se llama Calder House. Es una vieja casa señorial, rodeada de un enorme parque con árboles viejísimos; únicamente se ven prados, árboles, montes y cielo. Las paredes tienen ocho pies de espesor; hay galerías con obscuros pasillos en todas direcciones — y retratos de personas de diferentes atavíos, algunas a la escocesa, otras en armadura, y otras en capas; nada falta para la imaginación. Hasta hay una especie de fantasma que aparece, pero yo no lo he visto todavía. Ayer observé todos los retratos pero no pude ver aquél del que ronda por el castillo. Mi habitación es la más hermosa que es posible imaginar. Me han ubicado lejos de todos los demás para que pueda tocar y hacer libremente lo que me plazca; pues con esta gente, como Bartek

les dirá, lo primero que se debe hacer para un huésped es no interferir con él. Encontré un piano Broadwood en mi habitación; en la sala hay un Pleyel que la señorita Stirling trajo consigo. Cada día llega alguien para quedarse unos días. El arreglo del castillo es de lo más lujoso; biblioteca, caballos, carruajes a disposición; criados privados, etc. Aquí generalmente se reúnen para el almuerzo a las dos de la tarde (todos desayunan en sus cuartos, cuándo y cómo les agrade) y para la cena a las siete. A la noche se quedan sentados hasta la hora que se les ocurra. Yo toco canciones escocesas para el viejo lord, quien susurra la tonada conmigo, pobre tipo, y me expresa sus sentimientos en francés lo mejor que puede. Aunque todos los de la alta sociedad hablan el francés, especialmente las damas, la conversación en general se mantiene en inglés y entonces yo lamento no conocer el idioma, pero no tengo ni el tiempo ni el deseo de aprenderlo. No obstante, comprendo cosas sencillas; no puedo morir de hambre por falta de idioma, y eso es suficiente...

"Me esperan en Manchester para el veintiocho de agosto para tocar en un concierto en el cual cantarán varios italianos de Londres: Alboni y los demás. Me han de pagar sesenta guineas por ello y esa suma no es como para rechazar. Dentro de una semana salgo de aquí. Son doscientas y tantas millas inglesas, ocho horas de viaje por ferrocarril. Ahí me esperan buenas amistades, fabricantes muy ricos, con quienes vive Neukomm (el mejor alumno de Haydn, anteriormente *Kapellmester* del emperador de Brasil; ustedes le conocen de nombre). Está también la señora de Rich, una hija del señor Mackintosh (un ex miembro del Parlamento muy respetado, orador y escritor) y gran amigo mío; también estas damas, Erskine y Stirling. Después del concierto, vuelvo a Glasgow, a la cuñada de este lord aquí; de ahí a Lady Murray, luego a Stirling y al principio de octubre mismo quieren que actúe en Edimburgo. Si me resulta favorable y me siento suficientemente fuerte, lo haré gustosamente, pues no sé cómo arreglarme

este invierno. Tengo mi alojamiento en París, como de costumbre, pero no sé cómo hacer alcanzar mi presupuesto.

"Muchas personas quieren que me quede en Londres para el invierno a pesar del clima. Yo quiero algo distinto, pero no sé exactamente qué. Veré en octubre, según mi salud y mi bolsillo, pues unas cien guineas extras en mi bolsillo no harían daño. Si por lo menos Londres no fuese tan obscuro y la gente tan grave, y si no hubiera niebla ni olor a hollín, habría aprendido el inglés hasta ahora. Pero estos ingleses son tan diferentes de los franceses, a quienes me he acostumbrado como a los míos. Piensan únicamente en términos de libras esterlinas; les gusta el arte únicamente por ser un lujo; son bondadosos, pero tan excéntricos que comprendo cómo uno puede endurecerse aquí o transformarse en una máquina. Si fuese más joven, quizás optaría por una vida mecánica, dando conciertos por todos lados y triunfando en una carrera no desagradable (cualquier cosa por dinero), mas, ahora es difícil comenzar a transformarse en máquina. Aquí hace buen tiempo hoy; hay una luz maravillosa sobre el parque — es de mañana — y yo olvido todo. Estoy con ustedes; estoy feliz; y no pensaré en el invierno hasta que me sea imperioso hacerlo. Ahora les abrazo cariñosamente. CH.

"P. S. ¡Me alegro mucho que Ludwika se encuentra en el campo! Mamá e Isabel también deberían ir, a pesar del jardín, en el cual veo todo surtido de flores, frutas y cercos. Mando besos y más besos a Bartek y también a Kalasanty.

"No mando felicitaciones en el día del santo de Ludwika, pues no hay necesidad de ello. Que Dios, el Señor, les guarde y bendiga, les preserve y conceda salud y permita que vuestros hijos crezcan y les reconforten. Escríbanme a París, a la dirección de costumbre; vuestras cartas se me harán llegar dondequiera esté. Seguramente les avisaré dónde iré a pasar el invierno. CH.



XXII

UNA MUCHACHA ESCOCESA

El Castlilo Stirling es una vieja fortaleza que ha permanecido durante siglos a las puertas de las tierras de Highland. Sus antiguos bastiones arrojan una severa sombra sobre la plácida villa que hoy no es muy diferente de lo que era en el año 1848, cuando Federico Chopin caminaba en los jardines con Juana Stirling, la gran amiga que le había persuadido efectuar una jira por Gran Bretaña.

Desde la rocosa loma donde está ubicado el castillo, podían ver a Ben Lommond ribeteado de azul mate y como este día de septiembre era límpido y soleado, podían discernir los techos de las casas de Glasgow. Las lomas de Stirling que se extendían en ondulantes praderas pasaron inadvertidas, pues eran cosa común en comparación con las distantes vistas y las historias de la gloria de Escocia que la señorita Stirling narraba a su huésped. No todas las historias eran de gloria, pues ella probablemente contó el caso

de Douglas, quien había sido asesinado en los calabozos del Castillo y de las trágicas batallas combatidas a la sombra del terraplén basáltico que sostenía la renombrada muralla. Indudablemente ella le habló de Bannockburn y Kilsyth y el segundo Falkirk que siguió al sitio fútil de los Jacobistas. La narración podía haber sido larga y viniendo de Juana Stirling, en cuyas venas corría la sangre de algunos de los patriotas más ardientes de Escocia, sería tanto romántica como heroica. Quizá, mientras la escuchaba, puede haber crecido en ritmo una balada escocesa de tono vigoroso y desafiante en la mente de Federico Chopin.

También podría haber sucedido que sintiéndose tan exhausto por el lento ascenso hacia las alturas, disponía sólo de la mitad de sus oídos para escuchar historias de aventura, que borbotaban tan ágilmente de los labios de su anfitrión.

Después que hubieron admirado el brillo y la ardiente calidez de los colores otoñales, esparcidos por la campiña y especialmente en los jardines del castillo, se alegraron de sentarse sobre un banco en un rincón guarecido que les protegía del viento este, que gradualmente se tornaba en una áspera brisa salada. Al sentarse ahí, tiritando un poco, el semblante de Chopin se nubló de tristeza. Le gustaban los claros tonos musicales de la voz de la señorita Stirling y eso unida a la espontaneidad de sus modales y la enteramente agradable expresión de su rostro, eran suficientes para hacerle olvidar el tiempo por su salud y su necesidad de dinero. Pero no hoy. Las perplejidades del presente dominaban la mente del compositor.

"Es una locura la idea de volver a Polonia ahora", dijo la señorita Stirling súbitamente, rompiendo un largo silencio.

Chopin suspiró hondamente, mas nada dijo. Polonia había estado lejos de su pensamiento por el momento. Había estado pensando — bueno, quizá — respecto a los años de vida que recién acababa de dejar tras él. Le gustaba esta

sincera mujer escocesa. Le agradaba el carácter tosco, substancial del país de ella y la bondad con que ella y sus parientes le habían recibido. Quizás se lamentaba por no haber "descubierto" antes a Escocia.

"Usted está demasiado enfermo para hacer ese tedioso viaje", continuó la señorita Stirling. "Además, ¿qué le sucederá con toda probabilidad si usted se va? ¡Será metido en un calabozo con uno u otro pretexto!"

"Bien, ¿pues qué?", preguntó Chopin con una sonrisa forzada. "La cárcel ha sido el destino de muchos polacos mejores que yo".

"Pero usted — usted moriría. Usted no podría soportar miseria y privación", exclamó Juana Stirling, palideciendo de ansiedad. No podía remediar de desear que este hombre a quien amaba tan devotamente, olvidara los senderos de su patria por algún tiempo, a lo menos, permitiéndola ayudarle para recuperar sus fuerzas.

"Mi vida no es de mucha importancia", musitó Chopin. "Usted debe darse cuenta, mirando y oyéndome toser, que no me quedan muchos días. Ahora dígame ¿en qué forma podría yo emplear mejor mis años restantes que ayudando a libertar a mi patria? Piense querida mía. Si Escocia estuviera en la posición de Polonia, ¿qué haría usted?"

La señorita Stirling ignoró la pregunta y dijo enfáticamente: "Con su muerte nada puede hacer por Polonia, pero con su vida puede dar a toda la humanidad música exquisita, y eso es más que lo que pueden dar los políticos y los soldados. ¿No comprende usted? Debe vivir. Por todos nosotros, usted debe vivir".

"No lo crea. No puedo sentir que mi vida ahora signifique algo", contestó Chopin, encogiéndose de hombros impacientemente. "Tengo pocos amigos y muchos de mis enemigos se han burlado de mi patriotismo como cosa débil y superflua. Si regreso ahora, les habré demostrado su error. ¿No es bueno razonar eso?"

"De ningún modo", contestó Juana Stirling firmemente. "Sus enemigos no son de importancia alguna. Sus amigos le conocen por lo que es — un hombre con un don superior para la música. Ellos saben que usted debería vivir para poder dar más de ese don al mundo".

Una tos espasmódica fué la única respuesta de Chopin. Hasta largo tiempo después que se calmó la tos, la única nota que rompía el silencio fué el viento silbando por entre los árboles. La tarde otoñal se deslizaba hacia un frío anochecer; simultáneamente y de común acuerdo, los dos amigos se levantaron de su rincón y se echaron a andar hacia el sendero que conducía a los portones del castillo.

"Por favor, no trate más de persuadirse", rogó Juana Stirling. "Olvide sus enemigos y recuerde que aquí en Escocia, únicamente tiene amigos devotos. Quédese con nosotros. No regrese a Francia y a los que le han hecho miserable. Nosotros le cuidaremos y usted se fortalecerá, hasta sus mejillas tomarán un color rosado".

Chopin soltó una risa áspera, luego suavemente susurró: "Estoy agradecido por su invitación, querida Juana, pero, no ve usted, no me hallo lejos de la muerte. Cuando me miro en el espejo cada mañana, pienso que estoy más como sombra que el día anterior".

"¡Una sombra! ¡Usted! ¡Cuán insensatamente habla!", exclamó la señorita Stirling con aparente enojo. Ella conocía bastante a fondo al compositor enfermo y sabía que a veces era necesario hablarle con firmeza y no expresándole simpatía.

"Pero es verdad", contestó Chopin. "Usted debe comprender que estoy muy enfermo. Hay momentos en que me rebelo contra mi destino y me propongo no dejarme dominar por la enfermedad, pero las más de las veces, me reconcilio con ella. Hubiese deseado no haber malgastado mi existencia. . ., haber tenido una esposa e hijos. . . estaría feliz tocándoles mi música. Por cierto, estoy seguro que habría tenido mayor deseo de componer, pero ahora. . . ."

Dejó la frase inconclusa y Juana Stirling pudo ver que buscaba en vano las palabras exactas para expresar sus profundos pensamientos.

"Quédese aquí, Federico", rogó ella mientras subían al coche que les esperaba. "Quédese aquí donde los que le aman pueden cuidar de usted y así ayudarle para dar al mundo más de esa hermosa música. Sus amigos pueden llegar aquí desde París y Varsovia. Nuestro límpido aire escocés le hará muchísimo bien".

Silenciosamente, Federico Chopin tomó la mano de su amiga. Al estrecharla firmemente, trató de expresar su agradecimiento, pero le faltaron las palabras. Si la muerte no pareciera asomarle tan de cerca, habría pedido a ella compartir su vida con él. Sin embargo, estando como se hallaba, sabía sin duda alguna, que el mal que había amenazado a su familia durante varias generaciones, pronto le reclamaría por víctima. Él no podía planear una nueva vida cuando la vida misma le abandonaba.



XXIII

EN EDIMBURGO

Poco después de la visita de Federico Chopin al Castillo Stirling en la casa de la hermana de Juana Stirling, regresó a Edimburgo tan enfermo que tuvo que guardar cama. Esto le desagradaba profundamente porque creía que al estar en cama no podía luchar con la enfermedad que le amenazaba. Día tras día, arguyó con su médico polaco contra la prudencia de mantenerse acostado en una obscura habitación, pero aunque el doctor Lishinski escuchaba pacientemente las protestas del músico, no modificaba su prescripción, consistente en guardar cama, descanso absoluto y aislamiento completo de vientos fríos, y eso realmente significaba no respirar aire fresco. Luego de varios días de intensa fiebre, Chopin convino en aceptar las indicaciones del doctor con menor oposición. Habían momentos, especialmente cuando la casa estaba en silencio durante la noche, que trataba de ponerse de pie y caminar por la habitación en la cual los fríos vientos otoñales frecuentemente pene-

traban, a pesar de las celosias, puertas cerradas y grietas rellenadas con lanilla.

Un día, cuando el médico encontró a su paciente vagando débilmente por su habitación, le ayudó a volver a su lecho. No sólo le hizo cubrirse en sus frazadas, sino que le advirtió del peligro que se cernía sobre él cada vez que abandonaba la cálida seguridad de su lecho. Chopin escuchaba cuidadosamente al doctor Lishinski y luego, con un hondo suspiro, uecía: "¡Qué lástima no haberle conocido años atrás, mi buen señor!. ¡Quizá, de haberlo hecho, viviría muchos más años!"

"Si se vuelve prudente", contestaba el doctor Lishinski, "puede aun tener una vida larga. El descanso y el sueño son los mejores remedios que usted puede tomar, amigo mío, y quiero que ingiera grandes cantidades de ambos". Al hablar el médico permanecía cerca de Chopin, meneando su larga barba grisácea sobre su semblante.

Esa barba del doctor Lishinski delataba su origen polaco, pues aunque muchos tenían barba, únicamente los polacos poseían barbas como la del médico. Era larga, tupida y formada. Este doctor era un médico homeópata que había llegado de Polonia para estudiar en la famosa escuela de medicina de Edimburgo y se había quedado a practicar su profesión en esa ciudad. Habíase casado con una mujer escocesa y simplificado su nombre polaco, de Lyszynski a Lishinski. Su casa en Warrington Crescent era el lugar de reunión de muchos polacos, viajeros y exilados. Era natural para Federico Chopin buscar al doctor Lishinski al necesitar el cuidado de un médico, pues él había venido a la ciudad del norte con cartas de presentación para el facultativo.

Mientras el médico se puso a observar cómo su paciente se empeñaba vanamente en llevar a cabo sus instrucciones de dormir, no podía evitar de pensar cuán parecido era su paciente a un bello óleo. Su rostro estaba rosado de fiebre y sus negros ojos chispeaban. "Quizá si le hubiera atendido

años atrás le podría haber ayudado", se dijo el doctor, meneando la cabeza tristemente. Temía que él y Chopin luchaban por una batalla perdida, no obstante, no estaba dispuesto a reconocerlo. "Mientras aún haya vida, hay esperanza", murmuró suavemente el doctor Lishinski, secando la frente sudorosa del paciente con un pañuelo enjuagado en solución de vinagre y agua.

"No puede ser cierto que yo viva por mucho tiempo", Chopin musitó inesperadamente. "Usted sólo trata de apaciguar mis temores al afirmar tal cosa, pero no es necesario; estoy resignado a morir".

"¡Qué!", exclamó el doctor, fingiendo enojo. "¿Es posible que aun esté bien despierto? Duérmase, le ruego. Duérmase, y seguramente vivirá para tocar su música nuevamente en el conservatorio de Varsovia".

"No puedo dormir", replicó Federico petulante. "No puedo porque la fiebre me quema. Me está sofocando. Además, oigo voces, tristes voces de lamento y una de ellas es la de mi madre".

"¡Duérmase!" murmuró el médico. "Duérmase y el sol brillará otra vez para usted".

"Quizá tenga razón, mi querido Lishinski", dijo repentinamente Chopin, incorporándose levemente sobre su codo. "Viviré por largo tiempo, pero no físicamente; será en mi música. Ah, sí, en mi música" Rióse quedamente mientras dijo esto, como si la idea de vivir en su música fuese nueva y grata para él.

El doctor Lishinski no contestó, pero levantándose puso su mano sobre el hombro del enfermo, presionándole suavemente sobre sus almohadas. Mientras arreglaba las cobijas y traía otra frazada desde la cercana silla, pensaba: "Eso era lo que realmente quise decir. El cuerpo de Federico Chopin no puede vivir por mucho tiempo, pero su música muy ciertamente vivirá".

"Le digo, doctor Lishinski", interrumpió Chopin casi alegremente, "mi vida en música está también en una con-

dición precaria. Muy, muy precaria. Si no separo lo bueno de lo inservible, este último seguramente me anulará. Quizá usted me ayude, mi querido señor, a salvar mi vida en la música, permitiéndome por lo tanto a levantarme de la cama".

"Pero, mi amigo, ¡qué tonterías está diciendo!", dijo el doctor Lishinski riéndose, complacido de que Federico se esforzara en ponerse animoso. "Sé perfectamente bien que toda su música deberá preservarse. ¿Quién oyó jamás que el gran Chopin escribiera necedades? Espere a que venga alguien aquí sugiriendo que ciertas composiciones del renombrado Federico Chopin deberían ser destruídas y le arañaré los ojos".

Los criados asombrados, que estaban al tanto del estado grave del paciente, se sobresaltaron al oír las carcajadas procedentes del cuarto del enfermo. La señorita Stirling y su hermana, que esperaban en la sala, oyeron el alegre sonido y se sonrieron mutuamente de complacencia. Quizá él se estaba reanimando. Posiblemente había motivo por el optimismo del doctor Lishinski. La señora de Erskine y la señorita Stirling dejaron la casa donde Chopin vivía, sintiéndose felices y confiadas. Por primera vez en varios días sus temores les abandonaban y por cierto, había muy buen motivo para ello, pues no habían oído reír a Federico Chopin tan alegremente desde los días en que le conocieron por primera vez en París.

Lástima que la alegría de Chopin tuvo una existencia breve. No pudo sobrellevar una noche de tos y fiebre consumidora. Cuando el doctor Lishinski regresó al día siguiente, le halló cansado y aturdido, pero aun determinado a dejar su lecho. El médico perdió todo menos sus buenos modales mientras trataba de razonar con él.

"Doctor Lishinski, debo poner mis asuntos en orden", dijo Chopin en el instante mismo en que el médico puso sus pies en la habitación.

"Sé perfectamente que mi fin se acerca, y hay papeles innumerables que revisar y algunos que destruir".

"Habrá bastante tiempo para ese fastidioso trabajo de ordenar notas y terminar composiciones que usted haya dejado inconclusas", dijo el doctor. "No hace falta abandonar su cómodo lecho mientras la fiebre se mantenga alta. Descanse, le vuelvo a repetir, y pronto, no mañana ni quizás la semana próxima, pero pronto, no obstante, se mejorará".

Luego, mientras el doctor Lishinski le observaba, tratando de adivinar qué podía hacer para persuadir al compositor que la muerte no tenía por qué llegar a él por largo tiempo aun, si él se cuidaba, la magia inexplicable del sueño tocó los ojos de Chopin, cerrándolos dócilmente. Su respiración, que había sido pesada y trabajosa, se calmó gradualmente. Al fin había llegado el sueño y el doctor salió silenciosamente del cuarto del enfermo. Advirtió en susurros a los criados que no se acercaran a su cuarto ni al pasillo inmediato. "Duerme. Duerme como una criatura", les dijo apresurándose hacia su consultorio.

El sueño es indudablemente uno de los dones más valiosos que la bondadosa y sabia Providencia ha legado a la raza humana. En ese sombrío día de octubre, cuando el viento del Mar del Norte azotaba tempestuosamente sobre Edimburgo, Federico Chopin durmió horas tras horas. La mañana se deslizó hacia la tarde y la tarde se disolvió por la niebla gris del crepúsculo. Un criado se coló en el cuarto, como ladrón en la noche, y agregó leña al fuego, pero el hombre de la cama no se movía. El fuego estalló escupiendo chisporroteos en tropel, pero eso no tenía efecto sobre el durmiente. Era como si un hada cariñosa se hubiera apiadado de él y encantado a la tos que destrozaba su pobre cuerpo. El doctor Lishinski volvió de su consultorio al anochecer y permaneció en las sombras de la habitación, iluminada únicamente por el resplandor del fuego, maravillándose por lo que sucedía. Esto no era un sueño narcotizado; era tan natural como el que llega a un niño después de un

día de juego retozón. Como marea en retirada, la fiebre se desvanecía. La cara que había estado sonrojada, se hallaba blanca ahora y la frente antes arrugada estaba lisa otra vez.

"Es maravilloso", musitó el doctor, y se fué a esperar a la sala inmediata, esperando por ver qué sucedería a continuación.

La buena hada Sueño reinó durante horas en el cuarto de Federico Chopin, e indudablemente, mientras mantuvo su reino silencioso, ella pensó en el hombre a quien había venido a confortar y fortalecer. Posiblemente su hermana, la Noche, se dirigió a ella y las dos hablaron del hombre cuyo sueño era tan dulce.

"¿Quién es éste a quien he dado sueño?", habrá preguntado el hada Sueño.

"No puedo decirte su nombre", debe haberle contestado la Noche, "pues durante las horas que el doctor trataba de atraerte a ti a su almohada, oí decir que le llamaban pobre, enfermo y genio".

"¡Ah, sí, un genio de verdad!", debe haber suspirado el hada Sueño, y en su suspiro habría pena y alegría, pues todas las hadas tienen parentesco con los solitarios, con los enfermos y con los que poseen dotes especiales. Estas criaturas de la magia son sus guardianas y cuando el Sueño habría susurrado inquiriendo algo respecto al carácter de su durmiente, habrá sido fácil para el hada Noche, astuta y de gran experiencia, replicar:

"Un verdadero genio; es uno en cuya mente y corazón el fuego del amor eterno arde con llama constante, y este pobre hombre enfermo cuyo cuerpo físico es tan frágil, ha expresado su amor hacia la humanidad en su música. Ha puesto la alegría de los hombres y sus penas, sus esperanzas y sus anhelos más queridos, en música. Cuando su cuerpo muera, él no estará muerto. Vivirá eternamente en la música que compuso tan magníficamente como sirvió a la humanidad".

Fué en las últimas horas de esa noche que el hada Sueño quitó su mágico encantamiento de los ojos de Federico Chopin y se desvaneció en un leve agitar de sus faldas. La Noche siguió observando por entre las sombras y sonrió al ver que el hombre se incorporaba, haciendo a un lado las cobijas que le cubrían. Ella habría deseado extender una mano para impedir que se bajara de su lecho, vacilante, dirigiéndose al escritorio que se hallaba en un remoto rincón y prender un candil. Ella debe haber secado una lágrima de desilusión de sus ojos de hada. En cambio, puede ser que quizás no se detuvo siquiera a verter lágrimas, pues fué probablemente ella quien hizo venir apresuradamente al doctor Lishinski al cuarto del enfermo.

Federico Chopin había escrito una sola palabra, "Testamento", cuando el buen médico entró en el cuarto. Una lágrima había borroneado la tinta.

"¡Federico! ¡Federico! ¿Por qué ha abandonado el lecho?", inquirió el médico ansioso. "Habrá bastante tiempo mañana para las cartas".

"¿Quién sabe?", preguntó Chopin. "Para mí, quizá no haya mañana y ahora, mientras mi mente está despejada, debo escribir mis notas".

El doctor rehusó discutir el asunto. Guió su paciente de vuelta a su cama y dijo con marcada severidad. "Con su imprudencia va a echar a perder todo el bien que le ha hecho el sueño".

"Pero debo poner mis cosas en orden", contestó Chopin. "Espero croar en algún rincón muy en breve, ahora, de modo que debo escribir mi testamento. No quiero que mis amigos tengan dificultades después de mi muerte".

Una vez que terminó de hablar, Chopin rióse imitando la risa del médico. Oyéndolo, el doctor Lishinski creyó que su profecía se había realizado y que Federico Chopin realmente había dado un vuelco hacia el mejoramiento.



XXIV

EL REGRESO

Federico Chopin respondió al tratamiento de descanso, abrigo y sueño del doctor Lishinski, suficientemente para poder efectuar el viaje tedioso entre Edimburgo y Londres a los principios de noviembre. Una vez llegado ahí, comenzó a hacer preparativos para un concierto. Habría de ser un gran acontecimiento, pues la temporada estaba en auge y Chopin anduvo organizándolo todo con entusiasmo. Aun cuando la neuralgia agregó dolor a la miseria de su debilidad, rehusó abandonar su plan y ni siquiera postergó la fecha. El motivo primordial de su resolución obedecía a que el producto del concierto sería donado a un fondo recientemente creado en Londres para los refugiados polacos. Una vez más se había sostenido y perdido una batalla para la liberación de Polonia y muchos que habían luchado habían huído a Gran Bretaña y Francia. Federico Chopin había seguido la lucha ansiosamente y ahora que se había sufrido una nueva derrota, quería desesperadamente hacer

lo que pudiera para mitigar el sufrimiento de aquellos que habían sido vencidos y forzados al exilio.

El concierto que resultó ser el último de la vida de Chopin, se dió el diez y seis de noviembre. Entre selección y selección el compositor necesitaba descansar sobre un diván en su vestuario y al regresar a la plataforma, frecuentemente tenía que ser ayudado. Eso se debía a que sus piernas se habían hinchado nuevamente como sucedió una vez en París unos años atrás. No obstante, consiguió tocar durante algo más de una hora. Al finalizar la función, su amigo el señor Szulczewski le llevó rápidamente a su casa y le puso en su cama, comenzando las consultas con los médicos inmediatamente al día siguiente.

"Usted debe irse de Londres en seguida", dictaminaron los facultativos. "La humedad y la niebla de aquí le estropearán".

Chopin convino y dijo que regresaría a Francia. Esto motivó las protestas de la señorita Stirling, quien había venido a Londres con su hermana para el concierto. Una vez más le ofreció seguro asilo en su espacioso y cómodo castillo, pero como había hecho en Escocia, él se negó a aceptar. Podría haber alguna cualidad inhospitalaria en el ambiente escocés, pero es más probable que al ver que la muerte se aproximaba, quiso estar rodeado de una atmósfera que le era familiar. Tenía la idea también de que desde París podría intentar el viaje a Varsovia.

"¿Debo morir en tierra extraña?", inquirió a uno de sus amigos polacos. "¿Debo morir aquí, aunque mi anciana madre espere por mí tan lealmente en casa, en Polonia?"

El amigo no tuvo respuesta para esta lastimosa pregunta. Cuando Chopin agregó que él no tenía ni fama ni dinero, el señor Szulczewski, que se encargaba de cuidarle en ese tiempo, exclamó: "Usted tiene gran fama ahora y ésta aumenta diariamente. En cuanto a dinero, eso puede procurarse, tanto para usted como para su familia en Polonia, si tuvieran necesidad de ello".

"Es verdad", dijo la señorita Stirling. "Usted tiene amigos que están prontos a socorrerle".

Federico Chopin sacó su mirada del señor Szulczewski y la dirigió a la señorita Stirling. ¿Había jamás hombre alguno tenido mejor amigo?, pensó, pero más se esforzaba por entender precisamente el motivo de la lealtad de Juana Stirling. No era posible que ella le amara como ama una mujer al hombre con quien espera casarse, pues él estaba demasiado enfermo para despertar ese amor. Tampoco podía haber sido el afecto de una alumna hacia su maestro y tampoco la admiración que un amante de la música pudiera sentir hacia un compositor y pianista de talento. Sentado en su departamento de Londres en esa tarde gris de noviembre, se decidió dejar de meditar para comprender la fidelidad de Juana Stirling. Él la apreciaba; estaba profundamente agradecido a ella, sin embargo, no podía convencerse en aceptar su urgente invitación de regresar a Escocia.

"Les agradezco desde el fondo de mi corazón", dijo él a sus amigas y luego agregó animosamente, "pero deseo regresar a Francia inmediatamente. Después de haber descansado allí, quizás pueda seguir a Varsovia. Quiero estar con mis familiares". La infinita tristeza de su voz trajo tempranas lágrimas a los ojos de Juana Stirling.

Escribió Chopin a su amigo, Wojciech Grzymala, en París, que estaba a punto de regresar y le pidió poner en condiciones su departamento y contratar un criado. Cuando al fin hizo la brava travesía desde Dover a Calais y luego el incómodo viaje desde Calais hasta París, halló el fuego ardiendo alegremente en su sala y dormitorio y las mesas en ambas habitaciones adornadas con violetas, su flor preferida. Fué uno de sus más agradables retornos a casa, en su vida.

La breve travesía entre Dover y Calais había reavivado sus memorias. Recordó otro viaje de mar — el que efectuó años atrás a Mallorca, con Jorge Sand y su hijo Mauricio. Entonces el aire había sido balsámico y el día dorado de

sol. Entonces había subido a bordo jovialmente, ágil el paso y alegre el corazón; ahora el mar era de un gris sombrío; el viento mordaz y frío; y él había perdido su jovialidad; su fuerza; su esperanza. Un camarero del barco le ayudó a subir a bordo, seguido por Juana Stirling con una manta de viaje y un grueso chal de Shetland.

Mientras ella y el camarero trataban de hacerlo sentir cómodo, Chopin dejó de pensar de aquel otro viaje de mar, y empezó a contemplar el presente. Le haría mucha falta la señorita Juana Stirling y sus tiernos cuidados. Extrañaría la sensación de bienestar que le venía al estar con ella. Sin embargo no podía aceptar su invitación, que hallaba eco en los labios de su hermana y su tío, de que volviera a Escocia y quedara allí hasta sentirse fuerte. Él no lo pudo aceptar, pero ahora que el momento de la despedida casi había llegado, estaba apenado por su terquedad.

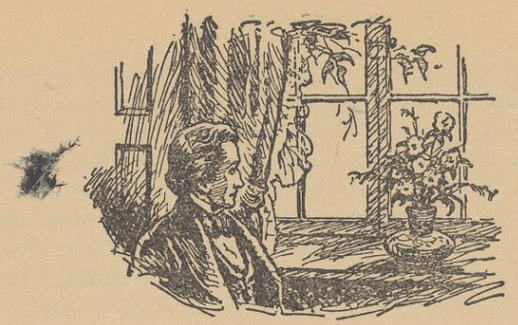
"Pero la señorita Juana me olvidará pronto", se dijo Chopin, "y eso es como debiera ser, pues ninguna mujer podría estar feliz por mucho tiempo amando y cuidando a un hombre que tiene un pie en la tumba". Luego dijo lo mismo a los amigos de París, quienes le preguntaban por qué no se había casado con la buena señorita Stirling.

El pensamiento del matrimonio podía haber estado en la intención de la señorita Stirling desde la llegada de Federico Chopin a Escocia, pero ella probablemente pensaba únicamente en ayudar a salvar la vida de un compositor de asombroso talento. Ella estaría dispuesta hasta a renunciar a su amistad si con ello podría haber contribuído en alargar su existencia. Esto quedó comprobado unos meses mas tarde cuando ella recibió noticias de París de que Chopin vivía en abyecta pobreza y aunque enfermo, trataba de dar lecciones a veinte francos la hora. El día mismo que ella recibió esta información, Juana Stirling remitió a Federico Chopin veinticinco mil francos.

"Él no debe saber quién los ha mandado", se dijo a sí misma, mientras metía los billetes en un sobre dirigido a

la dirección de Chopin en París. El sobre precioso llegó mientras Chopin se hallaba ocupado dando sus lecciones y el criado se olvidó de entregárselo luego. Efectivamente, Chopin no se enteró que se había librado de la pobreza durante varias semanas, hasta que Juana Stirling pidió a un amigo mutuo que averiguara si se había recibido el dinero y ese amigo se fué en busca del sobre olvidado.

¡Veinticinco mil francos! La sorpresa fué casi demasiado grande para el músico famélico. Un gran "pot-pourri" de mazurcas, polonesas y baladas surgió en su mente cuando el amigo le entregó el dinero. Ahora no tendría que luchar con lecciones. La música que esperaba ser escrita sería escrita.



XXV

LA HERMANA LUDWIKA

Luego de recibir el obsequio de Juana Stirling, el temor a la pobreza se alejó de Chopin y sus amigos fácilmente consiguieron convencerle de alquilar una casa veraniega en la calle Chaillot. Su precio para la temporada era de cuatrocientos francos, pero amigos ansiosos de su bienestar, secretamente pagaron doscientos francos y Federico Chopin se regocijó del asombroso bajo alquiler de doscientos francos. Desde las grandes habitaciones del espacioso departamento, podía contemplar el panorama movedizo de la vida veraniega de París. Ahí ante él, veía la vida en sus múltiples modalidades y coloridos y una vez más su corazón se aligeró y casi se sintió feliz. El incesante acercamiento de la muerte perdió algo de su severa opresión y comenzó nuevamente a escribir cartas, con nueva esperanza, a sus parientes. En una de ellas, enumeró los edificios famosos que se esparcían ante su vista cuando se sentaba ante el ventanal de la sala.

"Hoy el tiempo está espléndido, por lo tanto estoy sentado aquí admirando mi panorama de todo París: las torres, las Tullerías, la Cámara de Diputados, St. Germain, 'Auxerrois, St. Étienne du Monte, Notre Dame, el Panteón, San Sulpicio, Val de Grace, los Inválidos. Desde cinco ventanas contemplo el paisaje, y entre ventana y ventana no hay más que jardines. Ya verás cuando vengas".

Antes de haber escrito esta carta a su hermana Luwika, había escrito otra, una nota grave y solícita que debía haber borrado toda la esperanza de los que le amaban en Varsovia. Decía en ella que sabía que su vida estaba cerca de terminar y que no tenía suficientes fuerzas para regresar a Polonia. Rogaba a ella, por consiguiente, venir hasta él, y traer consigo su esposo y sus dos niños. Deseaba ver a Ludwika y Kalasanty antes de morir y anhelaba por el tierno cuidado de su hermana. Poco antes de finalizar la carta, había escrito en tono más jocoso, prometiendo a la familia la elección de su vivienda en los Campos Elíseos o en la Plaza de Orleáns. Concluía con una promesa a su cuñado Kalasanty Jedrzejewicz, de ofrecerle los cigarros más costosos de todo París.

La espera para la contestación de su urgente carta fué difícil de soportar. Sabía él casi el día en que debía llegar a Varsovia y en su imaginación, veía a su madre y sus hermanas y cuñados, sentados y discutiendo. Los dos niños, pensaba él, estarían retozando en el fondo, advertidos de que se consideraba algo extraordinariamente importante. Su madre, muy encorvada y muy anciana, estaría sentada en su baja silla mecedora. A veces secaría las lágrimas de sus ojos. No tendría mucho que decir en la discusión, pero estaría atenta a lo que decían sus hijas y yernos. Ocasionalmente, imaginaba él, su madre indicaría su desagrado en la decisión tomada por los cuatro, pero mayormente estaría complacida con lo que decían ellos, tan complacida como podía, pues sabía Federico cuán profundamente apenada estaría ella sabiendo que él, su hijo, había perdido toda

esperanza de regresar a ella y a su tierra natal. Veía él a su hermana Ludwika escribiendo la respuesta de su carta, pero ahí su imaginación flaqueó; no podía mirar sobre su hombro y leer lo que ella escribía.

Finalmente llegó la respuesta de Varsovia y las manos de Federico Chopin temblaban de emoción al abrir impacientemente el sobre. ¡No le habían desilusionado! ¡Ludwika vendría! Leyó esa parte de la carta una y otra vez. Su esposo e hijos se quedarían en casa para cuidar a la anciana señora de Chopin, pero la hija de Ludwika le acompañaría. Era una carta larga la que había escrito Ludwika, repleta de noticias de Varsovia y sus amigos, y cuando la primera excitación al saber que su hermana estaría pronto con él se hubo calmado, Chopin leyó la carta cuidadosamente. Sus ojos se nublaron de lágrimas al hacerlo, mas él mismo no podría decir si eran lágrimas de tristeza o de alegría. He aquí parte de lo que escribió Ludwika:

"...Pero lo más importante es que toda Varsovia está hablando de tu fama musical. Ando por la ciudad tan orgullosa como un pavo real, pues todos me señalan con el índice, diciendo, "ahí va la hermana de Federico Chopin". Así entonces, debes comprender que no has desperdiciado tu vida. Eres conocido por doquier. Federico, eres grande. ¡Mamá está tan orgullosa de ti! Cada día habla de ti y casi diariamente recuerda cómo empacamos tu baúl cuando nos dejabas para irte más allá de las fronteras".

Los días que transcurrieron entre el arribo de esta carta y la llegada de las dos Ludwikas, fueron, por cierto, tardíos y perezosos, pero al fin un coche rechinó ante la puerta de la casa de Chopin en la calle Chaillot, y el compositor supo que había llegado su hermana con su hija. No hace falta describir el encuentro entre el hermano y la hermana. La pequeña Ludwika, mirándoles, debe haberse sorprendido de que fuese tan tranquilo, pues no habían ni sollozos ni risas, pero si ella hubiera sido una niña obser-

vadora, vería el gozo ardiendo como fuegos luminosos en los oscuros ojos de su madre y de su tío. Al deslizar de los días, ella debe haber tenido algún motivo para quejarse de estar olvidada. Su madre dedicaba toda su atención al "Tío Federico", y "Tío Federico", a veces, parecía olvidar que él tenía una pequeña sobrina impaciente por ver las vistas de París.

La voz de Ludwika resonó constantemente como una campanilla y Federico Chopin amaba su voz argentina y alegre. Amaba la risa que brotaba de los labios de su hermana y su corazón se alegró y se rejuveneció de nuevo mientras hablaban de su niñez y del viejo profesor Zywny quien había sido el tutor de ambos.

"¿Recuerdas cuando íbamos explorando el bosque con él?", preguntó Ludwika.

"Desde luego, recuerdo", replicó Federico, brillándole los ojos. "Y debo informarte, mi querida Ludwika, que Zywny prefería mucho más pasear conmigo solo. "El exquisito bello sexo", decía él, "siempre me atolondra".

Riéronse gozosos y la pequeña Ludwika, sentada en un rincón con un libro en la mano, debe haberse devanado los sesos tratando de saber porqué parecían tan divertidos por algo que ella consideraba como una mera "rara estupidez". Ella recordaba vagamente al viejo Zywny y no opinaba que hubiera algo tan humorístico respecto de él.

"Zywny te quería más que a mí", dijo la señora de Jedrzejewicz, "porque sabía que tú tenías el talento de un genio. Hasta el día de su muerte, habló de ti con adoración y orgullo. "Yo he sido el primer maestro del gran Federico Chopin", decía a todos".

"Pero no fué él", interrumpió Federico. "De ningún modo, porque fuiste tú. Recuerdas, Ludwika?"

Y hubo más risas. La niña, que escuchaba, se quedó completamente confundida. No podía ver motivo de risa en el hecho de que su madre hubiera enseñado música a

su tío. *Ella misma* había tratado de enseñar a *su* hermano, Kalasanty, no hallándolo cosa de reír.

"Fuiste un buen anuncio para Zywny", dijo Ludwika a su hermano. "Los alumnos esperan en fila ante su puerta. Gente rica mandaba sus hijos al "maestro de Chopin" y cuando murió, Zywny dejó una fortuna bastante cuantiosa".

Luego en voz queda, cuya cualidad fascinaba a la pequeña Ludwika, aunque no podía entender, la señora de Jedrzejewicz dijo. "El viejo Zywny murió con tu nombre en los labios, Federico, y sus últimas palabras fueron: "Valía la pena vivir, pues descubrí a Chopin" ".

"Era él un amigo fiel y un maestro consciente", suspiró Chopin, "y siempre le recordaré por lo que fué: honrado, bueno y leal en su dedicación".

largas conversaciones referentes a Polonia. ¿Era aún encanlargas conversaciones referente a Polonia. ¿Era aún encantadora la campiña de Wola? Y el Wisla ¿era su rugido tan incesante y sordo como acostumbraba ser? Y los paisanos ¿seguían siendo sus canciones tan llenas y melodiosas como habían sido cuando los hermanos Chopin paseaban por las praderas? Éstas y muchas otras preguntas hizo Federico y a veces lagrimeaban sus ojos al hacer sus preguntas; frecuentemente la tristeza de su voz era tan punzante como el gemido de un animal herido. Ocasionalmente sus ojos adquirían una expresión fuerte y decisiva y entonces sus labios hablaban de la condición del pueblo polaco; quería enterarse cómo gobernaban los amos extranjeros, y decía: "Dime de la lucha por la libertad de Polonia. ¿Se está haciendo algo?" Era bueno que su hermana estuviera plenamente informada respecto a los asuntos de la política polaca.

"La Primavera del Pueblo", como tú sabes, no se ganó para el pueblo. Los déspotas resultaron victoriosos" dijo ella cierto día, "y el terror se extendió y se aumentó por el país. Todo lo polaco — escuelas, iglesias y muchas ins-

tituciones humanitarias — fueron destruídas, algunas por orden del zar, otras por la del rey de Prusia y aún otras por la del emperador de Austria. Pero el pueblo está organizándose muy calladamente, Federico, y pronto habrán insurrecciones. Verás; estallarán en todas partes del país; sea ésta dominada por zar, emperador o rey".

"¿Y tendrán éxito?", preguntó Chopin, impacientemente.

"Así esperamos", contestó la señora de Jedrzejewicz. "Estamos confiados en que pronto debe llegar la hora de la liberación de Polonia".

"Debe llegar", dijo su hermano vigorosamente. "Debe llegar. Debe llegar", y si no le hubiera interrumpido un acceso de tos, habrían hablado largamente sobre la feliz perspectiva de una madre patria libre. Ludwika tuvo que correr a traer un vaso de agua para su hermano y cuando regresó, se sobresaltó al ver que su semblante había tomado un color amarillento similar al de la cera.

"Ahora debes descansar", dijo ella con firmeza. "Acuéstate y te cubriré con esta abrigada frazada polaca".

"Me tratas como a un niño", protestó él, pero era obvio que le agradaba el tratamiento, pues, dejó que su hermana le ayudara en acomodarle en su diván y sus ojos la siguieron cariñosamente mientras ella se movía por la habitación, trayendo té, y luego, mientras guardaba las tazas, etc., y aseaba la habitación, hablaron en voz baja, pues la pequeña niña ya dormía y no querían perturbarla.

Realmente la pequeña Ludwika no dormía, pues estaba demasiado excitada por el día que se avecinaba. Su tío le había prometido que comenzaría a enseñarle música a las mañanas y terminada su lección, un amigo de Chopin vendría a llevarla por la ciudad. Ludwika, joven viajera impaciente, como lo era, había confeccionado una lista de los lugares que deseaba ver. Ella y su tío la habían preparado juntos, sentados en el sofá próximo a las ventanas de a sala.

Los edificios habían sido elegidos por orden de la atracción que influía sobre Ludwika. Le agradaba la vigorosa y nítida silueta de Notre Dame, poniéndola a la cabeza de su lista. Las Tullerías parecían también intrigantes, por lo tanto, figuraban en segundo término. La Cámara de Diputados parecía fría y demasiado dignificada, por ende, la había colocado al final de la lista. La vasta casa quedó dormida, al fin, y así también quedó la pequeña Ludwika, quizá para soñar las aventuras que le esperaban la mañana siguiente.

El cálido y hermoso verano se deslizó ligeramente y antes de que Federico Chopin se diera cuenta, llegaron los pesados días del otoño para advertirle que debía dejar la graciosa casa vieja de la calle Chaillot y regresar a su departamento de la Place Vendôme. Su hermana Ludwika se encargó de la mudanza y un alumno de Chopin, llamado Gutmann, cooperó con ella. Este joven señor Gutmann profesaba un hondo afecto hacia su talentoso maestro, y dijo a la señora de Jedrzejewicz repetidas veces que, por sobre todas las cosas del mundo, quería ser útil a Chopin. "Lo considero un gran honor", decía fervorosamente.

Fué este joven y diligente señor Gutmann quien llevó la invitación de Ludwika Jedrzejewicz a Delfina Potocki, invitándola a visitarles cuando estuvieran ubicados en su departamento de invierno. La invitación se había hecho para complacer el insistente deseo del mismo Chopin. Aunque los preparativos para la mudanza se efectuaban eficiente y silenciosamente, apenas hubo comenzado, Federico empezó nuevamente a toser y escupir sangre. Por un tiempo después de la llegada de su hermana, la tos había perdido mucho de su cualidad crónica y áspera y el compositor habíase aventurado a esperanzarse de que la proximidad de la muerte estaba frenada en su curso, más, ahora que la tos se renovaba con ímpetu y otra vez la sangre brotaba

de su boca, perdió toda esperanza. Pensó que la muerte le miraba ferozmente como un demonio insaciable, y anhelaba ver varios amigos que no habían estado cerca de él por mucho tiempo. De ahí la invitación a la Condesa Potocki.

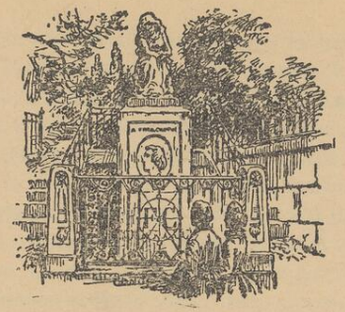
Llegó ella a la vieja casa gris de la Place Vendôme pocos días después de la mudanza y casi lloró de emoción al ver a su viejo amigo. Él nunca había sido fuerte, pero ahora no se parecía a otra cosa que a un espectro. Su voz era ronca y débil. Sólo sus ojos, sus grandes ojos negros, permanecían iguales. Aun seguían sonriéndole y la sonrisa era como siempre había sido: caprichosa y desvaneciente.

"Cante para mí, Delfina", rogó Chopin, y ella no necesitó una segunda petición. Fué al piano y entonó las canciones que juntos habían aprendido años atrás cuando Chopin acababa de llegar a París. Algunas eran originales canciones folklóricas polacas. Otras, aires que les había gustado y que habían olvidado. Otras aún eran de la música de todos los tiempos. Delfina Potocki adoraba el canto y a través de los años había mantenido su voz a tono con las canciones que había cantado para Federico Chopin.

Mientras cantaba ahora ante las personas reunidas en la sala de Chopin, algo extraño comenzó a suceder al compositor. Su hermana probablemente fué la primera en notarlo, pero el devoto señor Gutmann tenía ojos que eran casi igualmente alertas. El doctor Cruveille observó el cambio en el semblante de su paciente y sin alborotarse tomó su delgada mano en su fuerte palma. Lo que parecía suceder era difícil de describir para los presentes. Era como si el gran compositor se hubiera despedido de un mundo que conociera por largo y tumultuoso tiempo, y sobre las alas del canto se hubiera transportado a otro mundo gentil y exquisitamente bello. De la sublime expresión de su rostro, parecía como si el nuevo mundo poseyera toda la felicidad, toda la ternura y toda la música. "En aquel momento", uno de ellos dijo luego: "era como si Federico entrara en

la eternidad y legara su inmortalidad al mundo que dejaba tras él".

La Condesa Potocki terminó su canción. Con un esfuerzo súbito, que sorprendió a los que le cuidaban, Federico Chopin volvió a la realidad en su derredor. La pequeña sobrina, Ludwika, corrió a besar la mano de la hermosa mujer cuyos cantos la habían deleitado, y la conversación fluyó con naturalidad. Pero no para todos, pues la señora de Jedrzejewicz, el señor Gutmann y el doctor Cruveille, no podían deponer la visión de lo que acababan de ver. La gratitud llenó sus corazones, pues habían pensado que Federico en efecto, se despedía del mundo de ellos. Como había sido el caso, las canciones de los bosques, de los trigales, de los ríos de suave curso y el viento en la cumbre de los montes — todas las canciones pertenecientes a su niñez — le habían deleitado tanto que por el momento se había olvidado del mundo de las realidades. Ahora, en cambio, su risa se mezcló con la de los huéspedes. Estaba jovial y alegre y hasta se aventuró a hablar animosamente de sus planes para el futuro.



XXVI

LA MARCHA FÚNEBRE

Federico Chopin levantó su cabeza desde las almohadas de su lecho y miró furtivamente en su derredor buscando papel y lápiz. Estaban sobre la mesa cerca de él y alargó su mano, pero antes de que pudiera cogerlos, fué apresado por una sofocante tos, que sacudía todo su cuerpo y tuvo que volver a reclinarse sobre sus almohadas para descansar. Recobrado con un poco de fuerza, intentó nuevamente y esta vez agarró el papel y empezó a escribir. Su hermana estaba sentada en un remoto rincón de la habitación y Federico sabía por su modo de respirar que estaba dormitando. El señor Gutmann había estado cerca de su lecho, pero habíale dejado por un momento para atender la llamada de la puerta de calle. Febrilmente, pues, Chopin no deseaba ser visto por alguien, escribió: "Esta tos pronto me ahogará y les ruego hacerme abrir mi cuerpo para que no haya posibilidad de que me entierren vivo".

Escrita la nota, el moribundo la ocultó bajo las almohadas. No quería que su hermana la hallara mientras viviera, pero estaba ansioso de que la encontrara muy poco después de su muerte. Este temor de estar enterrado vivo se originó en su niñez, cuando oyó un cuento extraño, y desde entonces, cada vez que la enfermedad le hacía pensar en la proximidad de su fin, se había renovado el viejo temor como fiera irritada, para atemorizarle.

Después de ocultar la nota, Chopin se reclinó nuevamente sobre sus almohadas. Oyó bramar el viento. Chirriaban las ventanas y los árboles crujían y rechinaban. Era como si este poderoso viento doblegara los altos árboles de la Place Vendôme, obligándoles a rendir humilde tributo. La noche parecía estar detenida por orden del viento, y juntos los dos, entraron al cuarto del enfermo, donde Federico Chopin aguardaba a la muerte, pero no obstante, se empeñaba en tener suficiente fuerza para desafiarla. El viento zumbó hacia abajo por la chimenea, desparramando las cenizas por el piso. La noche entró sigilosamente y ennegreció las sombras hasta que Federico no pudo ver los contornos de su hermana en la gran silla. El viento gimió como sacudido de dolor; luego bramó como si una maléfica canción se transportara sobre sus anchas alas. Chopin, empeñándose en controlar su tos, tiritó y cubrióse más con sus cobijas.

El aire de la habitación estaba viciado, pues en esos días había prejuicios en contra de la admisión de aire fresco a la presencia de una persona atacada de tuberculosis. El pesado olor de muchas drogas se sumaba a la pesadez general y a ella contribuía también el olor de un candil amarillento que ardía bajo y chisporroteaba caprichosamente. Tinieblas, espesas y ominosas tinieblas, llenaban el cuart o. El viento gimió nuevamente, como si hubiera tenido conocimiento del triste acontecimiento.

Chopin supo que su vida acabaría en pocos minutos, y al yacer ahí, su mente naturalmente giró hacia el pasado,

y no sólo a su pasado, sino al de todas las personas que él amaba; paisanos que se empeñaban en ganar la libertad que anhelaban; obreros luchando para elevarse sobre la carga que la pobreza les había impuesto. En muchos aspectos su vida había sido como la de un obrero; pero él había tenido que luchar en dos batallas; una era la de convertir en música los pensamientos que llenaba su mente y los sentimientos que surgían de su corazón; la otra era lograr su propósito en música, a pesar de la pesada carga impuesta sobre él por su enfermedad.

De la gente del pueblo había derivado su incesante inspiración. En su infancia había amado a los paisanos de la campiña y había trasladado sus cantos y vidas sencillas a la música. Durante su primera juventud y bajo la tutela del poeta Mickiewicz, el pasado del pueblo de su patria había sido incorporado en baladas. Luego, las estupendas pero aún inmaterializadas luchas de su pueblo por la libertad, habían sido su tema. Sería imposible registrar aquí en detalle todas las fuentes de inspiración que su amor por los pueblos le proveía. En los pueblos se fundaba su concepto del Creador. En ellos contemplaba el arte eterno. En sus mentes y en sus corazones y en la fuerza de sus músculos consistía el logro de una vida plena, y la justicia social, creía él, era la clave de esa vida. Moría ahora con el pensamiento de que esa justicia brillaría por todo el mundo, un mundo que él no conocería, pero un mundo que conocería a él en su música. Nunca pudo luchar físicamente por la Libertad, Igualdad y Fraternidad, pero en su música así lo había hecho con determinación y lealtad, y mientras el hombre viva, la música de Federico Chopin le revelará la pureza y belleza de la vida justa y bella.

Ludwika se despertó de su sueño. Se irguió en la silla. El viento había apagado el fuego; la habitación estaba helada. Buscaba combustible para hacer un nuevo fuego,

cuando oyó una verdadera tempestad de toses. Corrió. El señor Gutmann y el doctor Cruveille la siguieron. Por unos momentos, los tres se inclinaron sobre el hombre moribundo, empeñado vanamente en aliviarse del dolor opresivo que acompañaba a la tos. Su viejo amigo Franchomme esperaba en la habitación contigua, lo mismo que la Condesa Potocki, pero Chopin no se había percatado de sus presencias, pues estaba demasiado ocupado con su última lucha desafiante con la muerte. "Cher ami", susurró a Gutmann. Luego dijo las mismas dulces palabras en polaco: "Drogi przyjacielu". En ese instante, su mano acarició la de su hermana, y así murió, rodeado de amigos y sostenido en los amorosos brazos de la hermana que le había dado su primera lección de música.

Al pequeño grupo de presentes pareció que la pesada atmósfera de la habitación se llenara de música melodiosa y potente. Era música lenta que tenía más tragedia que solemnidad en sus compases. El bramar de la tempestad estaba en ella y el blando agitar de las hojas y el quebrar estruendoso de árboles forestales arrancados de raíz. Habían llamaradas de fuego en esta música y los torbellinos se cortaban con relámpagos devastadores; la lluvia azotaba vigorosamente y toda criatura viviente clamaba contra la destrucción. La música continó su ritmo ensordecedor; la fatiga se deslizó arrastrándose en ella, y también un poco de resignación. Era profunda como el océano y tan potente que ninguna puerta ni ventana podía excluírla. Los presentes, cuyos oídos, en imaginación, escuchaban esta música, la conocían bien, pues era parte de "La Marcha Fúnebre" de Federico Chopin.

Pero esta no era toda la Marcha, y Ludwika, la hermana y Gutmann, el alumno devoto, muy seguramente habrían escuchado más de ella, en imaginación, mientras colocaban el cuerpo de Chopin nuevamente sobre sus almohadas. Posiblemente no habrán oído la risa y la mofa que había dentro del cuerpo inerte, pero el sonido de pies en

marcha debe haberles llegado — pasos cansados, monótonos, caminando incesantemente al sepulcro recién cavado en el patio de la iglesia, y el sonar de las campanas de iglesia en fúnebre canción — la deben haber oído, y el poderoso fragor de algo que cae en un abismo. Luego llegó una canción, funesta, simple, patética y muy desolada, pues ésta representaba campos y bosques despojados de vida humana.

. . . y así Federico Chopin expiró a las dos y media de la mañana de octubre diez y siete de 1849. Cuando amaneció el frío día, se dió cumplimiento a su deseo de ejecutar "La Marcha Fúnebre" en ocasión de su muerte.

El diez y ocho de octubre el cuerpo de Federico Chopin fué trasladado de la Iglesia de Santa Magdalena al cementerio del Pére Lachaise, donde posteriormente su sepulcro quedó coronado con un monumento tallado por John Clesinger, esposo de la hija de Jorge Sand, Solange. El corazón de Federico Chopin fué llevado nuevamente a su tierra natal, como él había solicitado, siendo depositado en la nave de la Iglesia de la Santa Cruz en Krakowskie Przedmiescie, Varsovia. Sobre la pared inmediata superior, están inscriptas estas palabras: "Gdzie skarb twoj, tam i serce twoje", lo cual en español significa: "Donde yace tu tesoro, ahí también yace tu corazón."

Federico Chopin amó a su patria entrañablemente y con toda sinceridad. Amó los pueblos con el mismo pleno amor y les dedicó su música. Su música, en todo tiempo y en cada país del mundo, debe llevar un mensaje de amor y fe; de confianza en los hombres; de lucha y esperanza y de felicidad.

LAS COMPOSICIONES DE FEDERICO CHOPIN

Opus 1. Primer Rondó para piano. (Dedicado a Madame von Linde).
Opus 2. La ci darem la mano, con variaciones para piano y acompañamiento para orquesta. (Dedicada a T. Wojciechowski).
Opus 3. Introducción y Polonesa brillante, para piano y violoncelo. (Dedicada a J. Merk).
Opus 4. Sonata para piano. (Dedicada a Josef Elsner. Publicada póstumamente).
Opus 5. Rondó al estilo de mazurca para piano. (Dedicado a la Condesa Alejandrina de Moriolles).
Opus 6. Cuatro Mazurcas para piano. (Dedicadas a la Condesa Paulina Plater).
Opus 7. Cinco Mazurcas para piano. (Dedicadas al señor Johns).
Opus 8. Primer Trío para piano, violín y violoncelo. (Dedicado al Príncipe Antoni Radziwill).
Opus 9. Tres Nocturnos para piano. (Dedicados a Madame Camille Pleyel).
Opus 10. Doce Grandes Estudios para piano. (Dedicados a Madame Camille Pleyel).
Opus 11. Gran Concierto para piano con orquesta. (Dedicado a Kalkbrenner).
Opus 12. Variaciones brillantes para piano sobre el Rondó favorito de Ludovico de Herold: "Je vends des

scapulaires." (Dedicadas a la señorita Emma Horsford).
Opus 13. Gran Fantasía de Aires Polacos, para piano y orquesta. (Dedicada a M. J. P. Pixis).
Opus 14. Krakowiak, Rondó de Gran Concierto para piano con orquesta. (Dedicado a la Princesa A. Czartoryski).
Opus 15. Tres Nocturnos para piano. (Dedicados a F. Hiller).
Opus 16. Rondó para piano. (Dedicado a la señorita Carolina Hartmann).
Opus 17. Cuatro Mazurcas para piano. (Dedicadas a Madame Lina Freppa).
Opus 18. Gran Vals para piano. (Dedicado a la señorita Laura Horsford).
Opus 19. Bolero para piano. (Dedicado a la Condesa E. de Flahault).
Opus 20. Primer Scherzo para piano. (Dedicado a M. T. Albrecht).
Opus 21. Segundo Concierto para piano con orquesta. (Dedicado a la Condesa Delfina Potocki).
Opus 22. Gran Polonesa brillante precedida por Andante spianato. (Dedicada a la Baronesa d'Est).
Opus 23. Balada para piano. (Dedicada al Barón Stockhausen).
Opus 24. Cuatro Mazurcas. (Dedicadas al Conde de Perthuis).
Opus 25. Doce Estudios para piano. (Dedicados a la Condesa d'Agoult).
Opus 26. Dos Polonesas para piano. (Dedicadas a M. J. Dessauer).
Opus 27. Dos Nocturnos para piano. (Dedicados a la Condesa Apponyi).
Opus 28. Veinticuatro Preludios para piano. (Dedicados a Pleyel). La edición alemana está dedicada a J. C. Kessler).

Opus 29. Impromptu para piano. (Dedicado a la Condesa Lobau).
Opus 30. Cuatro Mazurcas para piano. (Dedicadas a la Princesa de Wüttemberg).
Opus 31. Segundo Scherzo para piano. (Dedicado a la Condesa Adèle von Fürstenstein).
Opus 32. Dos Nocturnos para piano. (Dedicados a la Baronesa Billing).
Opus 33. Cuatro Mazurcas para piano. (Dedicadas a la Condesa Mostowski).
Opus 34. Tres Valses brillantes para piano. (Dedicados a: Nº 1, a Mlle. de Thun-Hohenstein; Nº 2, a Madame G. d'Ivri; Nº 3, a Mlle. A. d'Eschtal).
Opus 35. Sonata para piano.
Opus 36. Segundo Impromptu para piano.
Opus 37. Dos Nocturnos para piano.
Opus 38. Segunda Balada para piano. (Dedicada a R. Schumann).
Opus 39. Tres Scherzos para piano. (Dedicados a A. Gutmann).
Opus 40. Dos Polonesas para piano. (Dedicadas a J. Fontana).
Opus 41. Cuatro Mazurcas para piano. (Dedicadas a E. Witwicki).
Opus 42. Valse para piano.
Opus 43. Tarantela para piano.
Opus 44. Polonesa para piano. (Dedicada a la Princesa Charles de Beauvau).
Opus 45. Preludio para piano. (Dedicado a la Princesa Elizabeth Czernicheff).
Opus 46. Allegro de concierto para piano. (Dedicado a Mlle. F. Müller).
Opus 47. Tercera Balada para piano. (Dedicada a Mlle. P. de Noailles).
Opus 48. Dos Nocturnos para piano. (Dedicados a Mlle. L. Duperré).

Opus 49. Fantasía para piano. (Dedicada a la Princesa C. de Souzzo).
Opus 50. Tres Mazurcas para piano. (Dedicadas a León Szmitkowski).
Opus 51. Allegro Vivace. Tercer Impromptu para piano. (Dedicado a la Condesa Eszterhazy).
Opus 52. Cuarta Balada para piano. (Dedicada a la Baronesa C. de Rothschild).
Opus 53. Octava Balada para piano. (Dedicada a A. Leo).
Opus 54. Scherzo Nº 4 para piano. (Dedicado a Mlle. J. de Caraman).
Opus 55. Dos Nocturnos para piano. (Dedicados a la señorita J. W. Stirling).
Opus 56. Tres Mazurcas para piano. (Dedicadas a la señorita C. Maberly).
Opus 57. Berceuse para piano. (Dedicado a Mlle. Élise Gavard).
Opus 58. Sonata para piano. (Dedicada a la Condesa E. de Perthuis).
Opus 59. Tres Mazurcas para piano.
Opus 60. Barcarola para piano. (Dedicada a la Baronesa Stockhausen).
Opus 61. Polonesa en fantasía para piano. (Dedicada a Madame A. Veyret).
Opus 62. Dos Nocturnos para piano. (Dedicados a Mlle. R. de Konneretz).
Opus 63. Tres Mazurcas para piano. (Dedicadas a la Condesa Czosnowski).
Opus 64. Tres Valses para piano. (Dedicados a: Nº 1, a la Condesa Potocki; Nº 2, a la Baronesa Rothschild; Nº 3, a la Baronesa Branicki).
Opus 65. Sonata para piano y violoncelo. (Dedicada a A. Franchomme).
Opus 66. Fantasía en impromptu.
Opus 67. Cuatro Mazurcas.

Opus 68. Cuatro Mazurcas.
Opus 69. Dos Valses.
Opus 70. Tres Valses.
Opus 71. Tres Polonesas.
Opus 72. Nocturno, La Marcha Fúnebre y Tres Escoceses.
Opus 73. Rondó para dos pianos.
Opus 74. Diecisiete Melodías Polacas.

SIN NÚMERO DE OPUS:

Gran dúo de concierto — para piano y violoncelo — sobre temas de Roberto el Diablo.
Tres Estudios.
Mazurca en Do menor.
Preludio Veintiséis.

BIBLIOGRAFÍA

F. Liszt: F. Chopin (Leipzig, 1852; 6ª edición nueva 1923).

M. Karasowski: Friedrich Chopin, Seine Leben, seine Werke und Briefe (2 volúmenes, Dresden, 1877. Edición en inglés. Londres, 1879).

J. Shucht: F. Chopin und seine Werke (Leipzig, 1879).

A. Audley: Chopin, sa vie et ses oeuvres (París, 1880).

Conde Wodzinski: Les trois romans de Frédéric Chopin (París, 1886).

F. Nieks: F. Chopin as a Man and Musician (2 volúmenes, Londres, 1888).

J. G. Huneker: Chopin - The Man and His Music (Nueva York, 1900, nueva edición 1925).

S. Przybyszewski: Na drogach duszy (Krakow, 1902).

J. C. Hadden: Chopin (Londres, 1903).

H. Leichtentritt: F. Chopin (Berlín 1905).

E. Poirée: Chopin (París, 1906).

A. Weissmann: Chopin (Berlín, 1912).

Ed. Ganche: F. Chopin, sa vie et ses oeuvres (París, 1913).

V. M. Gibert: Chopin sus obras (Madrid, 1920).

H. Bidou: Chopin (París, 1925).

Z. Jachimecki: Chopin (Krakow, 1927; París, 1930).

M. Princet: Chopin (París, 1932).

B. Maine: Chopin (Londres y Nueva York, 1933).
G. Mariotti: Chopin (Florencia, 1933).
L. Binental: Chopin (París, 1934).
W. Murdoch: Chopin and His Life (Londres y Nueva York, 1934).
J. F. Porte: Chopin, the Composer and His Music (Nueva York, 1935).
L. Bonarski: Harmonika Chopina (Varsovia, 1935).
F. Invernizzi: Chopin (Milán, 1935).
P. Egert: Chopin (Potsdam, 1936).
A. Geddo: Chopin (Brescia, 1936).

Correspondencia:

La edición más antigua de cartas escogidas está contenida en la biografía de M. Karasowski.

M. Karlowicz: Souvenirs inédits de F. Chopin (París, 1904; cartas).
G. Petrucci: Epistolario di F. Chopin (Rocca San Casciano, 1907).
B. Scharlitt: F. Chopin gesammelte Briefe (Leipzig, 1911).
F. Hoesick: Chopiniana (Varsovia, 1912).
S. Pereswiet-Soltan: Listy Chopina do J. Bialoblockiego (Varsovia, 1926).
H. Opienski: Collected Letters (traducidas de los originales en polaco y francés, 1931; edición en francés, París, 1933; edición en polaco, Varsovia, 1937).

FRYDERYKA CHOPINA INSTYTUT

INDICE

I. — Zelazowa Wola 7
II. — Con el tutor Zywny 17
III. — Una vacación memorable 23
IV. — En el conservatorio 29
V. — Berlín 37
VI. — Viena y la fama 47
VII. — Amor 55
VIII. — Adiós, mi tierra materna 61
IX. — La ruta a París 67
X. — Federico y Tito 73
XI. — La ciudad del arte 81
XII. — María 89
XIII. — Chopin conoce a Jorge Sand 93
XIV. — Conversación con Mickiewicz 97
XV. — Invierno en Mallorca 103
XVI. — Una velada en casa de Madam Marliani 109
XVII. — Nohant 115
XVIII. — Sol 123
XIX. — El fin de una amistad 127
XX. — El último concierto en París 133
XXI. — Londres 137
XXII. — Una muchacha escocesa 147
XXIII. — En Edinburgo 153
XXIV. — El regreso 161
XXV. — La hermana Ludwika 167
XXVI. — Marcha Fúnebre 177
Las composiciones de Federico Chopin 183
Bibliografía 189

Este libro se terminó de
imprimir el 9 de marzo
de 1946, en los Talleres
MACLAND (S. R. L.)
Córdoba 3965, Buenos Aires

276
Narodowy
Instytut
Fryderyka
Chopina



Derechos adquiridos Ley 11.723
Copyright by BIBLIOTECA NUEVA

PUBLICIDAD ATENEO

Publicidad "ATENEO" * Biblioteca "NUEVA"
Indalecio Angulo e Hijo
DIRECTORES PROPIETARIOS
Agentes en Toda la República - Representantes en Todas las Principales Ciudades del Mundo
Escritorio y Venta:
15 de Noviembre 1149 (R. 88)
U. T. 23 - 2474 BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NUEVA

INSTYTUT FRYDERYKA CHOPINA 276

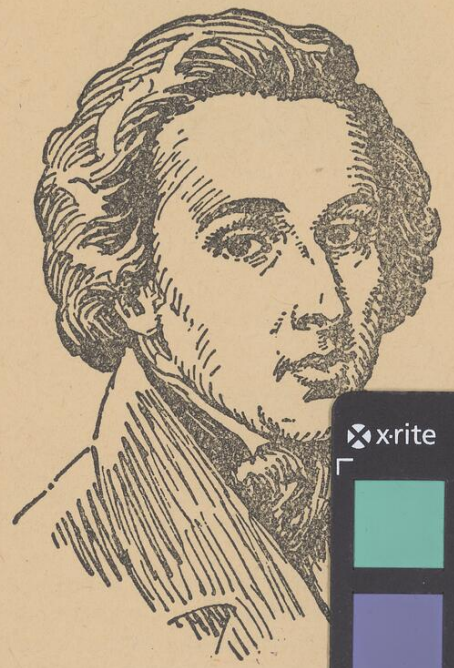
276
Narodowy Instytut Fryderyka Chopina

sygn. 276
akc. br. 1.1.1948

NARODOWY INSTYTUT FRYDERYKA CHOPINA BIBLIOTEKA

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINE



Federico Chopin a la edad de
retrato pintado por Ary Sch

